

28-20 (Am)
W. B.
2. Quere. G.
61

LA MADRE DE FAMILIA,

DIALOGOS INSTRUCTIVOS

sobre la Religión, la Moral y las maravillas de la Naturaleza.

Por la SEÑORITA

DOÑA JOAQUINA GARCÍA BALMASEDA.

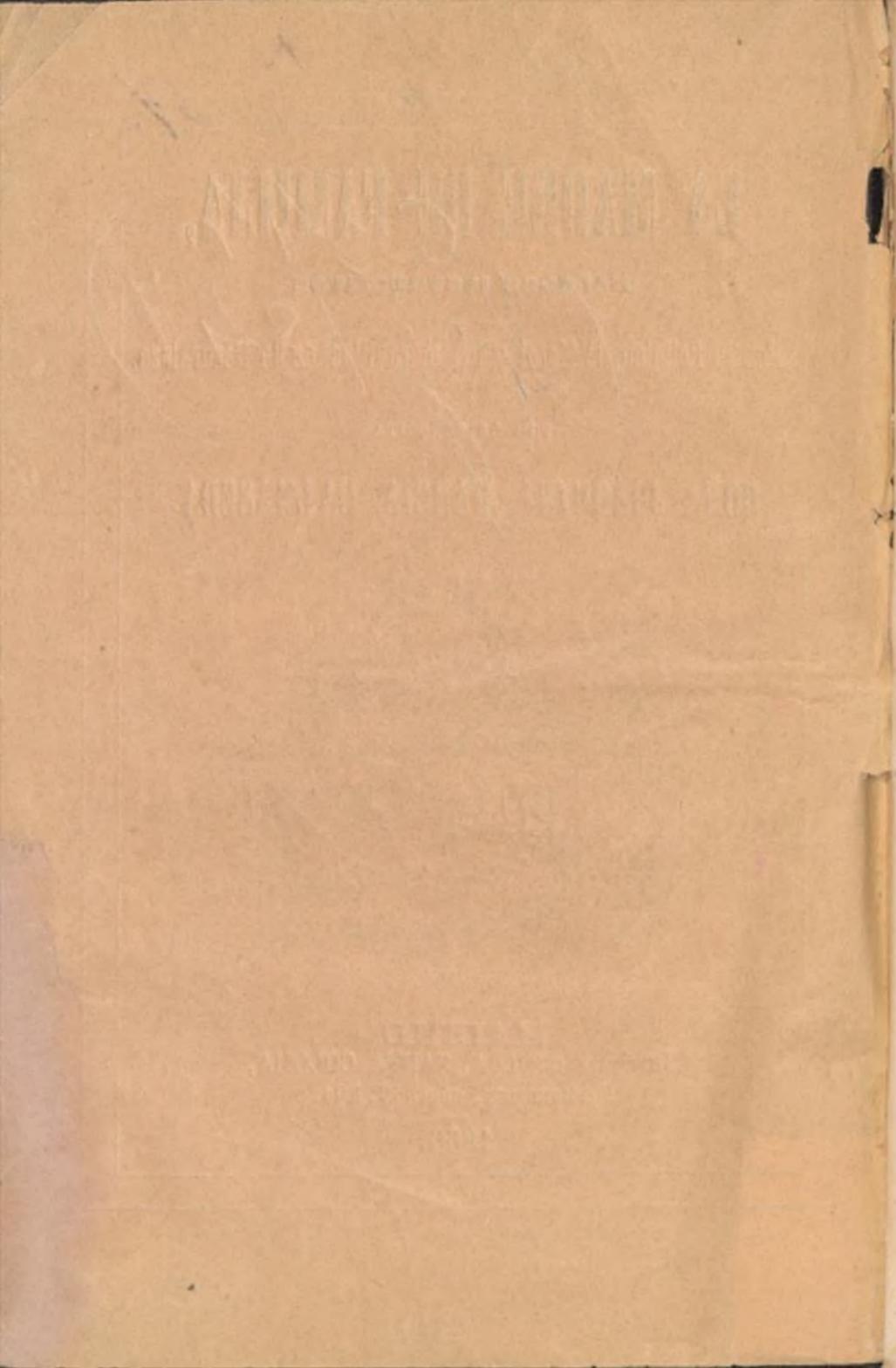


MADRID.

IMPRESA DE D. A. SANTA COLOMA,

Dos Hermanas, núm. 19, bajo.

1860.



247-562

6344

N.º 3

2.ª Quena. 01

(Sep 1847)

3850

LA MADRE DE FAMILIA.

MADRID.
Imprenta de D. A. SANTA COLOMA,
Calle de San Mateo, año 10, 1847

1847

LA MADRE DE FAMILIA,

DIALOGOS INSTRUCTIVOS

sobre la Religión, la Moral y las maravillas de la Naturaleza.

POR LA SEÑORITA

DOÑA JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.



MADRID.

IMPRENTA DE D. A. SANTA COLOMA,

Dos Hermanas, núm. 19, bajo.

1860.

LA MADRE DE FAMILIA.

DIÁLOGOS INSTRUCTIVOS

sobre la Religión, la Moral y las maravillas de la Naturaleza.

Esta obra es propiedad de su Autora, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima sin su consentimiento; para lo que irán rubricados por la misma todos los ejemplares.



MADRID.

Imprenta de D. A. SANTA COLOMA,
de Herrerías, núm. 18, bajo.

1860.

APROBACION.

NOS EL LICENCIADO DON MANUEL DE OBESO, PRESBITERO, COMENDADOR DE NÚMERO DE LA REAL ÓRDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA Y VICARIO ECLESIASTICO DE ESTA VILLA DE MADRID Y SU PARTIDO, ETC., ETC.

Por la presente y por lo que á Nos toca, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse el libro titulado LA MADRE DE FAMILIA, escrito por la señorita DOÑA JOAQUINA GARCÍA BALMASEDA, mediante que de Nuestra orden ha sido reconocido y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral.—Madrid y Julio once de mil ochocientos sesenta.—Ldo. D. Manuel de Obeso.—Por mandado de S. S. Ldo. Juan Moreno.

(Hay un sello que dice: *Vicaría Eclesiástica.—Madrid*).

APROBACION.

NOS el Licenciado Don Manuel de Orsés, Presi-
 TERO, Gobernador de número de la Real ór-
 den Americana de Isabel la Católica y Vicario
 general de esta villa de Madrid y su par-
 tido, etc., etc.

Por la presente y por lo que á vos toca, concedemos
 licencia tácita para que pueda imprimirse y publicarse
 el libro titulado LA MADRE DE FAMILIA, escrito por
 la señora D^{na} D^{ca} Juana García Belmar, medun-
 ta que de vuestra orden ha sido reconocido y no con-
 tiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma
 católico y sana moral.—Madrid y á diez once de jul-
 io de mil ochocientos sesenta.—Ldo. D. Manuel de Orsés.—Por
 mandado de S. M. Juan Martín.

(Hay un sello que dice: Vicaría Real de Madrid.)

A S. A. R.

La Serma. Sra. Infanta

DOÑA MARIA ISABEL DE ORLEANS Y BORBON.

SEÑORA :

No necesita V. A. deber á los estraños
ejemplos de ciencia y de virtud porque la Pro-
videncia se dignó concederlos en sus Augus-
tos Padres, modelo de todas las virtudes. Por-
que el alma de V. A. los alceva tambien en
gran número, me atrevo á colocar bajo su pro-
teccion mi humilde obra como se coloca toda em-
presa noble bajo la de un angel. Sino he tenido
la fortuna de hacer un libro, digno por sus
condiiones literarias de la persona á quien lo

dedico, al menos los sentimientos piadosos que en él resaltan, tan en armonia con los que encierra el corazón de V. A. le harán recomendable á sus ojos.

Permítame, pues, V. A. que la aureola de virtud que rodea su augusto Nombre, sirva de complemento á la que he procurado imprimir á mi obra, y acepte ésta como una débil prueba del respetuoso cariño que le consagra mi corazón:

Señora;

A los R. P. de V. A. R.

Joaquina García Balmaseda.

A LAS MADRES DE FAMILIA.

«Un vaso conserva mucho tiempo el aroma del licor primero que en él se ha vertido,» dijo un antiguo filósofo, y deber es de la madre de familia cuidar del primero que ha de impregnarse en el alma de su hijo, derramando en ella el perfume de la virtud.

Como la semilla necesita del agua y el sol para dar el fruto, así el entendimiento humano sería estéril si en sus primeros años no encontrase libros de una sencilla instrucción, que poco á poco fuesen fecundando la fructífera semilla que á la Divina Providencia debe. Yo, aunque sin títulos para ello, llevo también á rociar esa semilla con algunas gotas, que se unan al benéfico riego que otros están llamados á otorgarle, recordando que no hay ofrenda, por pobre que parezca, que no agrade á los ojos de Dios.

Las primeras impresiones son las que con mas fuerza se graban en el alma y deciden de la suerte futura: solo una madre puede á su antojo disponer de esas impresiones y formar con ellas el corazón del niño con los ojos fijos en su dicha. La madre es la primera que nos habla de Dios, é infunde en nuestros pechos la virtud; la que con lenguaje sencillo satisface mil pueriles preguntas base de nuestra futura instrucción y la que nos marca en la niñez la senda que debemos seguir.

en la juventud, para obtener en la ancianidad la consideracion del mundo y la tranquilidad de la conciencia.

Tal es el objeto de este libro: inspirar á los niños por boca de una madre el amor al Ser Supremo, á la virtud y al estudio, ofreciéndoles diálogos familiares al alcance de su tierna edad.

Noble es mi propósito, pero pocos mis años y escasa mi esperiencia para prometerme un resultado favorable; á fin de conseguirle consultaré cuanto se haya escrito sobre tan importante materia en España y en otros países, donde la biblioteca de la infancia posee joyas de gran valor, y tomando de ellas lo que me parezca mas digno de darse á conocer y enlazándolo á mis propias inspiraciones, realzaré mi libro y haré un bien á los niños á quien le consagro.

Si á pesar de todo no logro hacer una obra que merezca el elogio del filósofo y el crítico, al menos vosotras las que presentais la frente doblemente orlada con el lauro de esposas virtuosas y madres cristianas, vosotras las que vivís olvidadas de los placeres del mundo por velar el sueño de vuestro hijo y dirigir sus menores pasos, acogereis mi libro.

¡Feliz yo si su lectura ofrece algun interés á los niños y mi noble deseo obtiene de las madres un débil sentimiento de gratitud!

INTRODUCCION.

Entre los muchos sitios pintorescos que embellecen nuestra poética España, existe un risueño valle esmaltado de verbenas, violetas y amapolas, al que dá entrada una aldea de pobre aunque agradable aspecto, cerrándole en contorno empinadas crestas de cortadas rocas cual si fuesen otros tantos centinelas que guardasen aquel apartado vergel de las profanas miradas de los mortales.

En el centro del valle, y como si para festejarla hubiera acumulado tantos encantos la naturaleza, se elevaba no hace muchos años una linda casita de forma cuadrada, de fachada blanca como la nieve, de ventanas adornadas de persianas verdes, y á cuya puerta prestaba sombra un frondoso emparrado. En esta casita, que se destacaba entre la verde alfombra como una blanca perla engastada entre esmeraldas, vivía una mujer, jóven todavía, de noble aspecto, de maneras distinguidas, de mirada penetrante, fruto de una clara inteligencia, y cuyo enlutado traje revelaba recientes desgracias de familia.

Llamábase la señora de Alvarez, hacia poco que habia perdido á su esposo, recto y celoso magistrado, y abandonando la córte en cuya sociedad ocupaba un honroso lugar por sus virtudes y su no comun instruccion, se habia instalado en aquel fertilísimo valle, resuelta á consagrarse por completo á la educacion de sus hijos: eran estos Julia, que contaria unos ocho años, Ricardo niño inteligente y travieso de seis, y Maria cuyo angelical semblante revelaba los cuatro que tenia. La viuda y los tres niños acompañados de dos antiguos criados que quisieron seguirlos á su voluntario destierro, vivian únicamente entregados á los dulces afectos de la familia y solo alguna vez se veian agradablemente sorprendidos por la visita del honrado médico del pueblo vecino, hombre de franco carácter y vasta instruccion.

Esta persona era la única estraña á la familia que penetraba en aquella humilde casa, bajo cuyo techo se admiraba la mas encantadora sencillez y el orden mas inalterable: los niños tenian repartidas las horas del dia entre su aseo, sus estudios y sus juegos, indispensables tambien á la educacion y desarrollo de la infancia, y á cualquier hora que se penetraba en aquella mansion, sorprendia la sencilla compostura, la actividad general, la consoladora virtud que reinaba en ella.

LAS ORACIONES.

Hacia pocos días que la señora de Alvarez habitaba su casita del valle, cuando Julia, la mayor de las niñas, después de levantarse, lavarse y dirigir á Dios su oración de la mañana, se encaminó según le estaba prevenido á despertar á su hermana que dormía en su mismo cuarto y vestirla, para luego ambas dirigirse á saludar á su mamá.

Acercóse Julia al lecho de su hermana, y contra su costumbre vió que María estaba despierta y mas dispuesta á vestirse que otros días.

—Así me gusta, las niñas no deben ser perezosas, exclamó Julia con cierto aire de autoridad.

—¡Hoy llega la muñeca! ¡hoy llega la muñeca! replicó gozosa la niña: por eso estoy despierta, porque deseo tanto verla. ¿Cómo vendrá vestida?

Julia participó de la alegría de su hermana, si bien en breve con su natural compostura fué á buscar las ropas de María, y antes de vestirla la arrodilló en el

mismo lecho haciéndola cruzar sus manecitas y principiar su oracion de la mañana.

María, preocupada mas de lo que debiera con la muñeca que aquel dia debia llegar de Madrid con otros encargos, por tres veces principió la oracion y por tres veces se perdió en ella, hasta que exclamó con su natural desenfado:

—Déjame, déjame, no tengo gana de rezar hoy.

—Eso no es posible, María, respondió con cariñoso acento Julia; mamá se incomodará con las dos.

—Luego rezaré, cuando nos sentemos á la mesa.

—Y tambien ahora, mamá nos lo tiene muy encargado.

—¿Pero para que sirve rezar al levantarse, rezar al ir á comer, al ir á dormir y á todas horas? Dime para qué sirve y rezo.

A esta razonada pregunta, Julia no supo que contestar, vaciló un momento y murmuró:

—Yo... yo no lo sé, pero reza y mamá que sabe explicarlo todo nos dirá la razon.

A los pocos momentos ambas niñas estaban en presencia de su madre que las elogiaba por su puntualidad en presentarse, y María despues de preguntar por la muñeca tres ó cuatro veces en cinco minutos, exclamó dirigiéndose á su hermana:

—¿No preguntas eso á mamá?

—Sí, al momento, dijo Julia, bajando los ojos rubo-

rizada al reflexionar que iba á preguntar una cosa que no debía haber olvidado.

María, tomando entonces la palabra exclamó:

—Dime, mamá, ¿per qué rezamos todos los dias al levantarnos, al acostarnos y antes de comer?

—Es un testimonio de respeto á nuestro Padre Celestial, por el cual le pedimos su proteccion y le damos gracias por cada nuevo dia de vida que nos concede, y porque en él no nos falte el pan de cada dia, el alimento necesario.

—¿Cómo, añadió la pequeña María, tenemos otro papá que el que se murió el año pasado?

Al oír esta pregunta, que tan amargos recuerdos despertaba en su alma, los ojos de la pobre viuda se llenaron de lágrimas y continuó con voz conmovida:

—Tienes, hija mia, otro padre infinitamente mejor que el que has perdido: un padre misericordioso y sábio que siempre velará por tí, que nunca te abandonará. Ese padre es el Todopoderoso, que además de serlo tuyo lo es de todo cuanto existe, hasta de la humilde florecilla que ves entre la yerba. Sin su divina voluntad, no creceria el trigo que nos da pan, ni brotarían las fuentes que nos dan agua y todo cuanto sirve para nuestro alimento, para nuestro vestido ó nuestro recreo, son otras tantas señales evidentes del amor que nos tiene. Tu padre, así como yo te amaba mucho, pero Dios, que desde el cielo todo lo sabe, todo lo vé y

todo lo oye, sabe quererte de un modo mejor porque nada es imposible á su poder.

—¿Con que es decir, que cuando yo le hable, aunque no le vea á mi lado me oye como me oyes tu?

—Ciertamente, porque Dios está en todas partes, en la luz que te alumbra, en el aire que respiras. Por eso cuando eres mentirosa, colérica ó desobediente, EL lo sabe y no está satisfecho de tí.

—¿Y puede castigarme tambien?

—Sin duda : cuando cometes una mala acción la inquietud que te agita por si la descubren, el castigo que presientes sin haberle sufrido, la voz que dentro de tí te está diciendo que has hecho mal, es lo que se llama la voz de la conciencia, que es la voz de Dios. Déjate siempre, hija mia, guiar por ella para merecer su bendición y nuestro cariño.

Seguidamente la virtuosa madre hizo arrodillar á las dos niñas, que repitieron su oracion de la mañana, y al terminarla exclamó María.

—Ya se que esto es dar gracias á nuestro Padre Celestial porque nos da un dia mas de vida.

Llegó la hora de comer y su mamá le dijo :

—¿Sabes para qué rezamos ahora?

—Si, para que siempre como hoy nos conceda Dios el pan de cada dia.

Llegó la hora de acostarse, y dijo María.

—¡Ay mamá! ahora si que no me acuerdo porque

rezamos. Entonces Julia con su natural dulzura murmuró:

—Para dar gracias á Dios por los beneficios recibidos durante el día.

—Así me gusta hijas del alma; sed siempre buenas y elevad el alma á Dios en sentidas oraciones que ellas os alcanzarán paz y ventura; é imprimiendo un beso en la mejilla de cada una, salió de la estancia despidiéndose de las niñas hasta el día siguiente.

LOS MANDAMIENTOS.

A los pocos días en la modesta sala de la señora de Alvarez, se veía un cuadro interesante por su misma sencillez.

Junto á la ventana por donde se descubría el dilatado valle matizado de flores é iluminado por los últimos rayos del sol poniente, la señora de Alvarez repasaba la ropa de la semana que se admiraba en un gran ceston, Julia sentada cerca de su madre le ayudaba en aquella ocupacion doméstica, y no lejos de ellas se via un hombre de fisonomia dulce y bondadosa, de cabellos recortados y grises y aspecto venerable, que sentado en el sofá entre Ricardo y María, escuchaba atentamente la doctrina cristiana que los niños

le recitaban. Sus dulcísimos ecos, trasmitiendo con seguridad los sagrados preceptos de nuestra Santa Religión, daban á aquella sencilla escena un carácter de magestuosa dulzura que aumentaba la figura venerable del anciano.

—Ahora, hijos míos, dijo D. Antonio el médico, pues él era, para terminar nuestra lección voy á probaros que aunque sois buenos debéis todavía ser mejores, si aspiráis á merecer la bendición de Dios.

—¿Pues, que, no somos bastante buenos? dijo Ricardo.

—De ningún modo. Vamos á ver: ¿qué parte de la doctrina debéis principalmente cumplir para agradar á Dios?

—Los Mandamientos, según dice mamá.

—Precisamente, los Mandamientos de la Ley de Dios que fueron por él mismo entregados á Moisés, para que cumpliéndolos los hombres se hiciesen dignos de su amor. ¿Y estais seguros de cumplirlos vosotros?

—Si señor, dijo Ricardo. Mire V. el primero, *Amar á Dios sobre todas las cosas.*

—A propósito, exclamó D. Antonio, el otro día al volver de paseo, cuando te dijo tu mamá que las hormigas vivían por la voluntad de Dios, las hollaste diciendo: «¿como se ha de cuidar Dios de estos miserables vichos?»

—Yo no me acuerdo: está V. equivocado.

—No por cierto, lo recuerdo bien.

—Que diga María si yo...

—Es verdad, replicó esta, yo le juro á V.

—Que vas á decir, aturdida, exclamó el anciano con severo acento, tu te habias alejado con Julia cuando esto pasó.

—¡Ay, es verdad! replicó entonces Ricardo.

—Tú, niño, no adorando y reconociendo el poder de Dios en cuanto existe; tú, María, dispuesta á jurar por ignorancia ó aturdimiento una cosa que no sabias, los dos habeis faltado á los primeros mandamientos que os mandan adorar á Dios sobre todo y en todo. En lo sucesivo, hijos míos, creed cuanto los mayores os digan que es obra de la sabiduría de Dios, por mas que vuestra mezquina inteligencia no lo alcance, y contentaos con afirmar una cosa de que estais convencidos, sin esponeros á incurrir en un juramento falso. Decid tercero y cuarto Mandamiento.

—*Santificar las fiestas y honrar padre y madre.*

—Muchas veces he sido testigo, continuó D. Antonio, de cómo vuestra madre os conduce al templo los dias festivos, y os prohíbe trabajar, preceptos, ambos, que se encierran en ese Mandamiento; pero tened entendido, que cuantos beneficios derrameis en esos dias, cuantos pedazos de pan deis al hambriento y cuidados presteis al desvalido, serán otras tantas obras que os realzarán á los ojos de Dios. Respecto de vuestra madre, sé cómo

la quereis: amadla siempre como hoy, porque en el nombre de madre está comprendido todo lo santo y venerable que hay en la tierra, y la mayor desgracia que Dios nos manda es la horfandad. Amad á vuestra madre y respetad á vuestros mayores, si quereis cumplir el cuarto Mandamiento. Decid el que sigue:

—*El quinto no matar.*

Los dos niños se miraron sin comprender, cómo ellos podrian faltar á ese Mandamiento, y D. Antonio tomando la palabra:

—No matar, hijos míos, continuó, quiere decir, que no mortifiqueis á nadie, que á nadie profeseis odio ni guardéis rencor, ni mucho menos maltrateis á nadie de palabra ú obra. Si alguna vez en medio de vuestros juegos, por cualquiera contrariedad levantais la mano á otro niño, tened presente que al hacerlo faltais al quinto Mandamiento, como faltareis al siguiente cuando os dejéis llevar de vuestro capricho, y por satisfacer un deseo que os recrea ú os divierte, desoigais la voz de vuestra madre ó de vuestra conciencia.

—Pues veo que no cumplimos ningun Mandamiento, dijo María.

—Esa es la verdad, y tal debes creer siempre, hija mía, interrumpió entonces su madre, para tratar de cumplirlos lo mejor posible.

—¿Pero qué, tambien en los otros faltamos? murmuró Ricardo.

—En los otros, continuó D. Antonio, también faltáis. ¿No ha sucedido alguna vez que sin atender á la prohibición de vuestra madre habeis tomado una golosina ó economizado las horas de estudio? Pues habeis *hur-tado* el patrimonio de vuestra casa y la instruccion á vuestra inteligencia; ¿no habeis rehusado nunca confesar una falta por leve que fuese? Pues *mentisteis* y levantásteis un *falso testimonio* haciendo que recayesen sospechas sobre otra persona; ¿y no habeis finalmente sentido deseo de ostentar un vestido bonito, solo por que otro niño le llevaba, ó al reparlirse una cosa que os agradaba, mirásteis con ojos envidiosos si á otro le tocó mayor cantidad? En ello faltásteis al noveno y décimo Mandamiento, por los que os manda Dios no *codiciar* lo que otro posee, contentándoos con lo que, sin ningún merecimiento, debeis á su infinita bondad.

—De modo, que entonces... dijo María.

—Entonces, debeis tener siempre en la memoria esas diez máximas, que Dios nos dió para guiar nuestros pasos, y que si con perfeccion las cumpliésemos habríamos llegado á la humana perfeccion. Por eso, hija mia, al tratar de dirigirte por la senda del bien, te recomiendo esos diez Mandamientos diciéndote con el sábio Rey: «Cuando anduvieres vayan contigo, cuando durmieres sean tu guarda, y al despertar habla con ellos.» (1)

(1) Salomon.

EL BIEN Y EL MAL.

Cierto día regresaba hácia su casa despues de dar un largo paseo, la señora de Alvarez con sus tres hijos, y antes de entrar en ella se sentaron debajodel emparrado que protegía la puerta de los ardientes rayos del sol.

—¡Mamá! exclamó vivamente Ricardo. ¿Te acuerdas de aquellos dos chicos que pasaron cerca de nosotros, qué disputa llevaban sobre un relicario?

—Mucho que sí: aquellos *chicos*, como tú dices, y que eran unos *niños* como tú, solo que tienen la desgracia de ser mas pobres, parecían pastorcitos y luchaban en aquel momento entre el bien y el mal.

—No, mamá, no entendiste bien; si hablaban de comprar almendras cuando fuesen á la ciudad cercana.

—Precisamente. El mayor de aquellos niños, que parecia guiado por malos instintos, poseía, sin duda, unos cuartos y aconsejaba á su compañero se apoderase de un relicario de valor que su madre tiene, para venderle y emplear su importe en golosinas: accion muy fea que felizmente *el niño* no se hallaba dispuesto á cometer.

—Es verdad, añadió Julia, y no debió acceder al fin al deseo de su compañero, porque cuando se separaban le oí decir con acento firme: no.

—De modo que su madre conservará el relicario, dijo María.

—¡Y él se quedará sin almendras! añadió Ricardo.

—¿Eso, qué importa? Dios le recompensará su buena acción, y tened entendido, que como esos niños, estamos todos de continuo colocados entre el bien y el mal, éste agradable á la vista pero con frutos muy amargos; el otro de aspecto menos grato, pero que nos otorga como fruto dulcísimo, la divina gracia.

—¿Es posible, mamá?

—Sí, hija querida: no hay obra buena que Dios no premie, no hay obra mala que no castigue, y un día, al comparecer ante su Santo Tribunal, nuestras buenas ó malas acciones serán las únicas que nos acompañen, ¡idiendo para nosotros gracia ó castigo.

—¿Pues no dices, mamá, que Dios perdona nuestros pecados?

—¿Y qué sería de nosotros, hija mia, si no los perdonase? El que mejor se conduce necesita sin cesar de la misericordia Divina. Juzgad, cuál será la suerte del que se precipita por la senda del mal. No basta que creais en Dios y tengais en él verdadera fé, sino estais dispuestos á hacer mil sacrificios por agradarle; sino abrigais en vuestros corazones el amor á la humanidad, á la virtud y al desvalido; sino sabeis, sobre todo, desechar los malos pensamientos que á veces nos inspira Dios para probar nuestra virtud.

—¿Como al pastorcito de esta tarde?

—Cierto, como al pastorcito que ha sabido vencerse y en vez de sembrar en su casa la amargura, sustrayendo la única joya que acaso posea su madre, haciéndose digno del desprecio de sus semejantes y del castigo de Dios, ha sabido conservar su fortuna, el cariño de sus padres y la gracia del Todopoderoso.

—¿Y el otro niño que tan mal le aconsejaba?

—Acaso se corregirá, continuó la señora de Alvarez, pero entretanto todos los buenos huirán de él.

—¿Es decir, mamá, que del malo se debe huir?

—Sí, hijo mío, se debe huir y rezar por él para que Dios le perdone.

Diciendo esto la cariñosa madre, estampó un beso en la mejilla de su hijo, y penetraron todos en la casa, al tiempo que decía Ricardo:

—Esta noche rezaré por el pastorcito de los malos pensamientos.

HIGIENE.

—Hoy ha tardado V. mas que de costumbre, exclamó Ricardo, corriendo al encuentro de D. Antonio que se acercaba.

—Tienes razon, pero no ha sido culpa mia; una madre desconsolada, un pobre niño moribundo me saca-

ron esta mañana de la cama, y he ido ha hacerles mi segunda visita antes de venir.

—¿Cómo? Esclamaron los niños con vivo interés.

—Apenas la aurora asomaba su rosada frente, como diria un poeta, cuando penetró en mi casa Pedro, el hijo mayor de la señora Sabina, diciéndome con entrecortado acento: «venga V. señor, venga V., mi hermano pequeño le hemos encontrado medio muerto.» Y como podeis figuraros sin aguardar mas razones, salté del lecho y me dirijí precipitadamente á ver al enfermo.

—¿Y en efecto?... Dijo la señora de Alvarez.

—Felizmente acudimos á tiempo de darle lo único que necesitaba: *aire*.

—¡Aire! Dijeron Ricardo y María.

—¡Os parece sencilla la medicina! Pues si hubiéramos tardado diez minutos mas en administrársela, no hubiese habido remedio para él.

—¿Pues qué le sucedió? esclamó Julia.

—Que en la habitacion donde duermen la madre y el hijo, se advertia gran humedad de resultas de una reciente obra, y durante todo el dia de ayer, tuvieron un gran barreño con lumbre para secarla: no se le ocurrió á la señora Sabina, abrir la ventana y renovar el aire antes de acostarse, y los gases del carbon cargando la atmósfera han asfixiado casi á la pobre criatura.

—¡Qué descuido! exclamó la señora de Alvarez.

—¿Y su madre? añadió Julia.

—Su madre con mayor robustez y vigor, no ha experimentado mas que una estraña pesadez de cabeza, que desapareció en cuanto respiró aire mas puro. Parece imposible que el aire sea la base de toda buena *higiene*.

—Y por consecuencia de la salud, dijo la señora de Alvarez.

—¿Qué es *higiene*? preguntó Ricardo.

—La *higiene*, hijo mio, es el arte de conservar la salud, y ésta como sabeis es la llave que guarda la vida, la hermosura y la alegría. El Todopoderoso, al darnos la existencia, nos ha dado tambien el medio de conservarla y confrecuencia las enfermedades que alteran nuestra salud, son hijas de nuestra imprudencia ó nuestra ignorancia.

—¿Cómo la del niño asfixiado?

—Precisamente. Las bases de la *higiene* son el aseo y la ventilacion: ellas conservan la salud, y como yo me intereso tanto por la vuestra, voy á daros unas ligeras reglas de *higiene* que espero practicareis siempre.

—Bien, bien, dijeron los niños haciendo corro.

—El aseo del cuerpo, debe ser vuestro principal cuidado, y para esto nada mas natural que los baños de agua fresca ó templada segun la estacion, en

los que debereis permanecer tan solo el tiempo necesario para lavar el cuerpo con una esponja. Estos baños, que deberán ser frecuentes, nunca los tomareis ni con la piel sudosa ni en las cuatro horas siguientes á las comidas.

—Sí, eso ya nos lo ha dicho mamá.

—La cara, siempre espuesta al aire y al polvo, debéis lavarla todos los días en cuanto os levanteis con agua del tiempo, así como el cuello y las orejas, pasando despues al cuidado de los cabellos, que por ser uno de los mas bellos adornos que debéis á la Providencia, merecen especial cuidado: en primer lugar los peinareis suavemente, desprendereis luego la caspa con un cepillo y pasareis á trenzarlos, usando para suavizarlos de cualquiera pomada.

—Eso no va conmigo, yo no tengo pelo que trenzar, dijo Ricardo.

—Debes conocer que no por ser corto, exige menos aseo, exclamó D. Antonio. La boca, que dando paso á los alimentos dilata nuestra vida y sirve además para espresar nuestros deseos y afecciones, es otra de las cosas que mas debéis cuidar, lavando diariamente los dientes, y enjuagándola cada vez que en ella penetren alimentos, porque nada hay mas repugnante que unos dientes poco limpios, ó una boca que exhala mal olor. Debéis tambien lavaros las manos con mucha frecuencia á fin de que estén siempre limpias, así como

las uñas constantemente cortadas y sin ningun polvillo que las ennegrezca. Los vestidos que useis, deberán ser...

—Esos corre mamá con ellos, dijo tímidamente Julia.

—Ya lo sé, pero habiéndome propuesto que sepais las principales reglas, no puedo omitir ésta aunque no dependa directamente de vosotros: mudarse con mucha frecuencia, gastar ropa de hilo en verano, de algodón ó lana en invierno, y tenerla siempre limpia y cuidada, debe ser otra de vuestra atenciones, así como no permanecer nunca, como ya os he dicho, en una habitacion cuya atmósfera esté cargada de gases, por mas que estos sean emanados de exahumerios agradables ó de aroma de las flores.

—¿Qué, tambien ellas?... dijo María.

—Ejemplares ha habido de perder la vida algunas personas asfixiadas, como el niño con el carbon, con el perfume de algunas flores si se encerraron con ellas en una habitacion. Respecto del aire, no lo olvideis, el puro es el único saludable.

—Bien, bien.

—Réstame solo recomendaros el ejercicio como uno de los medios indispensables de conservar la salud y desarrollar vuestros miembros. La *digestion*, la *respiracion*, la *inteligencia* misma, reciben su benéfica influencia, y entre los ejercicios útiles, se encuentran los

juegos del volante y la comba, de la gimnasia, hoy admitida en muchos colegios como un ramo de educacion, y los paseos por huertas y jardines: vosotros que viviendo en el campo no respirais el aire emponzoñado de las grandes ciudades, levantaos temprano, corred al jardin y cultivad las plantas, que en recompensa, harán brotar rosas en vuestras mejillas.

A estas palabras siguió una breve pausa.

—Pues señor, la leccion de hoy dijo Ricardo al ver que se pasaba la tarde, ha consistido en recomendar-nos lo que hacemos todos los dias.

—En efecto, exclamó su mamá, felizmente nada os ha dicho á lo cual yo no os haya acostumbrado: pero esa leccion aprendedla, practicadla y tendreis inmensas probabilidades de ser robustos. La limpieza es tan necesaria á la salud, tan agradable al cuerpo, que los que la desatienden es porque no la han conocido nunca: los que disfrutan una vez sola sus ventajas no saben prescindir de ella jamás.

DEBERES DE LOS NIÑOS.

—Mamá, dijo una tarde Julia penetrando en el cuarto de aquella con los ojos encendidos de cólera, Santiago acaba de faltarme al respeto.

La señora de Alvarez miró sorprendida á su hija,

no tanto por sus pretensiosas palabras, como por la agitacion que alteraba su dulce y de continuo sereno rostro, y despues con ternura, aunque con severidad, exclamó :

—¡Cómo! ¿faltarte al respeto Santiago, que te adormió en sus brazos, meció tu cuna y llevaba cuarenta años de vida cuando tu naciste? Repara que si el cariño no aleja de entre nosotros el respeto, eres tú quien se le debes á él.

Julia bajó los ojos desconcertada y añadió:

—Pero mamá, lo que acaba de hacer conmigo...

—¿Qué ha sido? ¿vamos á ver?

—¡ No es nada! paseaba yo por ese pequeño jardín que él nos ha improvisado, cuando advertí que los jacinintos ostentaban ya abiertas cuatro flores hermosas, azules como el cielo. Eran las primeras y al punto me ocurrió formar con ellas y algunas violetas un lindo ramo para tí. ¡ Ya ves, que mi intencion no podia ser mejor! Pues hé aquí, que cuando iba á cortar la primera, aparece Santiago, diciéndome que el me prohibia tocarlas; insistí y él tambien, esclamando que no permitiria que se cortase una, mientras en cada planta no se contasen media docena de flores. ¡ Ya ves que ridiculez!

—¿Y tú, qué digiste?

—¡ Toma! Que el jardín era mio y mias las flores; él me ha amenazado con echar la llave á la puerta, y

yo le he dicho que es un viejo extravagante y que ahora mismo vendria á quejarme á tí de su insolencia.

—Siento mucho, señorita, dijo su madre con severidad, que á un anciano á quien tanto debemos, le haya usted tratado con semejante altanería: para repararla irá usted á justificarse á sus ojos, diciéndole, que fué un acaloramiento del que ya está arrepentida.

—¡Yo, mamá!

—Julia, Julia, exclamaron Ricardo y María, penetrando á la sazón en la estancia; ven á ver que castillo hemos hecho con las sillas del cuarto.

—No puede ir, dijo su mamá, está ocupada.

—Pues si no hace nada, replicó María.

—Hace mucho, dijo su mamá, está aprendiendo los deberes de los niños para con los criados; y como advierto en vuestros semblantes estrañeza, quedaos y recibireis los tres la lección que iba á recibir ella sola. Escuchadme y os daré una idea de vuestros deberes en general.

Los niños se sentaron entonces alrededor de su mamá, quien pausadamente, dijo así:

—Vuestro primer deber, es para con Dios que os ha dado además de la vida, todo cuanto nos rodea. A ese Ser infinitamente bueno, sabio, poderoso, principio y fin de todas las cosas, le debeis amar infinito, aspiracion de merecer sus beneficios y adoracion perpétua como á suprema perfeccion. A él le debeis, hijos, vues-

tra vida, vuestra madre, vuestra luz y vuestro sustento, y un día le debereis la eterna felicidad si perseverais por la senda del bien y le rezais de continuo para que os proteja, porque la única escalera para subir hasta su escelso trono es la oracion. Vuestro segundo deber es para con los padres: éstos, que á mas de daros la vida velan constantemente por vosotros, merecen un cariño tan escesivo que no reconozca límites, ni sacrificios; un cariño que sea todo sumision y respeto, para que el obedecerles sea porque el cariño os arrastre á complacerlos y el amarlos pór la obligacion de hacerlos felices.

—Bien, como te amamos á ti, exclamó Maria.

—Eso es, como me queris á mí, que estais buscando siempre en mis ojos el modo de agradarme, juzgándoos felices si lo conseguís. ¿No es esto?

—Sí, sí, digeron los niños.

—Respecto de los maestros que se encargan de instruiros y cultivar en vuestros corazones la semilla de la virtud, les debeis cariño y reconocimiento, porque os dan la luz de su inteligencia para que os ilumine en el camino de la vida: grabando en vuestra mente sus consejos, siguiéndolos fielmente durante vuestra vida, formareis la corona de noble orgullo que en la ancianidad ha de orlar su blanca cabellera.

—Pero mamá, dijo Ricardo, nosotros no tenemos maestros.

—Acaso los tendreis mañana y debeis saber las consideraciones que merecen. Pasemos ahora al respeto que debeis á los mayores, aunque no sean maestros ni parientes.

—¿Cómo D. Antonio? dijo Ricardo.

—Justo, como D. Antonio, que es solo un amigo, pero que os quiere mucho y se interesa por vuestro bien. Siempre que una persona de su edad os dirija la palabra, obedecedle y respetadle, que los mayores solo por serlo nos imponen á todos sumision y respeto. En cuanto á los criados, que es por lo que se ha suscitado esta conversacion, tened entendido que son hermanos vuestros ante Dios como el resto de la humanidad, que el nombre de criado no tiene nada de humillante para quien le lleva, y que la honradez y la virtud merecen las mismas consideraciones en todas las clases de la sociedad. ¿Sabeis además lo que debemos á los buenos criados? Ellos contribuyen al bienestar de la familia y la prosperidad de la casa; nos asisten en nuestras enfermedades, y sufren de continuo nuestras impertinencias: ya veis si por tanta abnegacion es justo que les tratemos con estimacion y dulzura. Si se tienen hijos amables guiándolos con cariño, si se adquieren amigos por medio de la solicitud y los servicios, del mismo modo se obtendrán buenos criados, dándoles ejemplo de prudencia y de estimacion. Y si esto es con todos los criados en general, cuando hay uno que como San-

tiago ha tomado parte por tantos años en nuestras penas y en nuestras alegrías, que ha consentido en dejar la corte por seguirnos aquí donde á fuerza de cuidados os proporciona flores y juguetes, le debeis mas que consideracion, amistad. Julia le ha faltado indignamente y para reparar tu falta, el dia de su santo que llega pronto le llevareis cada uno una memoria.

—¿Qué le llevaremos? dijeron Ricardo y María.

—Vosotros, flores.

—Y yo mamá, dijo Julia bajando los ojos, le regalaré un bolsillo hecho por mí, para que no lleve el dinero en un papel como ví el otro dia.

—Eso borrará tu culpa, hija mia; tratad con cariño á los criados y no os olvidéis de que todos lo somos de Dios.

—¡Toma! dijo Ricardo en aquel momento sacudiendo con su pañuelo en cuya punta habia hecho un nudo, un latigazo al perrillo de lanas con quien de centínuo jugaba.

—¿Qué es eso? dijo su mamá volviendo la cabeza al oír el ahullido lastímero del perro.

—Que Alí queria jugar conmigo y distraerme, cuando yo escuchaba con tanta atencion eso que nos decias.

—¡Siempre le estas martirizando! exclamó Julia.

—¡Déjalo! Este me debe á mí respeto, dijo el niño, queriendo ya aplicar lo que acababa de oír.

—No creas, se apresuró á decir su mamá, que por

ser superior á ellos, tienes facultad para martirizar á los animales. Hacia todo cuanto Dios ha criado, tenemos deberes que llenar y hasta los animales venenosos á los que hay necesidad de dar muerte, es el nuestro hacerles sufrir lo menos posible.

—¿Y para qué ha criado Dios esos animales que para nada sirven?

—Te engañas, todos son necesarios sobre la tierra, y ni aun los mas temibles acometen al hombre si éste no los ostiga: además, los animales domésticos son mas bien amigos-verdaderos que de continuo espresan con signos inequívocos su cariño, y ni nosotros, como tú haces con frecuencia, debemos llenarlos de caricias que solo las merecen nuestros semejantes, ni martirizarlos, lo cual endurece el corazon y crea malos instintos para el porvenir. Un dia al dar cuenta de tus acciones, la darás tambien de tu conducta con los animales.

—De modo, que los niños tenemos deberes hácia todo lo que nos rodea, y nadie los tiene para con nosotros?

—El hombre, por lo mismo que Dios le hizo mas perfecto é inteligente, tiene mayores deberes que llenar, los que debe acostumbrarse á cumplir desde niño y hácia vosotros se reconocen tambien deberes, como por ejemplo, guiaros y quererlos mucho. ¡Decid si este último deber, no le llenan con gusto cuantos os conocen!

EL VALOR DEL TIEMPO.

María, á pesar de su corta edad, era de una inteligencia precoz, de un carácter vivo en demasía y una facilidad de comprensión extraordinaria. Por esta razón su mamá la ocupaba ya en algunas labores sencillas, á mas de los primeros estudios que cultivaba con fruto á pesar de luchar con un gran defecto. Era este su excesiva viveza que le hacía atender á dos ó tres cosas á la par, dejando una para acudir á la otra, sin lograr ver ninguna terminada.

Ricardo por el contrario, era indolente, perezoso, y las horas que tenía marcadas para el estudio (que á no tenerlas nunca hubiera encontrado cuando estudiar), tomaba el libro, y al lado de sus hermanas ó de Santiago en el jardín, mas que estudiarlas, leía las lecciones, dando por resultado que cuando sentía llegar á D. Antonio, que era el encargado de tomárselas, se encontraba turbado, violento, y no conseguía recitar sin mil tropezones un corto trozo de gramática castellana, única que hasta entonces se hallaba en estado de estudiar.

—¡Holgazán! exclamaba un día María, viéndole con el libro medio cerrado en la mano. ¡Mire usted qué modo de estudiar la lección!

—Pues de seguro la sabré tan bien como tu, dijo el niño con extraordinario aplomo.

Esta observacion, que tenia gran fondo de verdad, hizo asomar el rubor al hermoso rostro de María. Entonces, su mamá, tomando parte en la conversacion exclamó:

—En verdad, hijos míos, que no sé como podeis resignaros á que un dia y otro se os riña por la misma falta. Raro es el que podeis quedar satisfechos de vosotros mismos, despues de dar la leccion.

—Pues, mamá, añadió María, yo estudio, coso, rezo, apenas si deixo tiempo para jugar.

—Si, pero cuando estás haciendo una cosa, siempre la dejas para hacer otra; cuando estudias, estás impaciente para ir á coser; cuando coses, para ir á estudiar, y no haces nada con sosiego, dijo Ricardo.

—Pues nó, que será mejor jugar todo el dia como haces tú.

—Los dos, exclamó su mamá, estais haciendo mutuamente vuestro perfecto retrato: ambos por distinta causa, malgastais el tiempo que corre sin cesar.

—¿Yo malgastarle? dijo María.

—¿Quién lo duda? Tú por querer aprovecharle demasiado le desperdicias, y temo hija mia, que si no te corriges, pasarás una vida atareada sin cojer nunca el fruto de tu actividad.

—Pero mamá, no tengo yo la culpa, sino el tiempo que corre muy de prisa.

—Te enganas; corre de prisa para quien le malgas-

ta, pero con lentitud para quien sabe aprovecharle.

—Mamá, si no me engaño, replicó Ricardo con su natural oportunidad, el tiempo debe correr por igual para todos.

—Corre en efecto, pero como el tiempo que se vá no vuelve, el que se ha desperdiciado ha desaparecido como un sueño del que no se conserva ni la memoria. Por eso debeis aprovechar todos los instantes en trabajos útiles, porque el trabajo nos fué impuesto por la Divinidad, y esto debiera bastar para que le aceptásemos con alegría.

—Si; sin duda, exclamó Ricardo suspirando.

—Además, el trabajo nos proporciona aprecio, prosperidad y salud, la cual perderiamos con una completa inaccion.

—Eso no, mamá, cuando juego es cuando hago mas ejercicio.

—Veo que tu natural pereza se rebela contra mis razones: ten entendido que para todo hay tiempo en la vida; y sobre todo, ¿el ejemplo de los seres que te rodean, no te avergüenza? ¿Cómo te presentarás ante tus padres, ante tus criados, ante el honrado artesano, que pasan una vida laboriosa para proporcionarte bienestar y comodidad? ¿Cómo podrás sin rubor admirar, el buey que ara, el caballo que trasporta la carga, el perro que guarda el rebaño, la humilde abeja que al posarse en la flor te prepara la delicada miel que te recrea

y las bujias que te alumbran? Hasta la miserable hormiga pasa la vida en conducir á su morada, labrada en el seno de la tierra, cuanto útil encuentra en su camino, y solo tú, dotado de mayor inteligencia, ¿serías el que admirase esta universal actividad sin tomar parte en ella? ¡Imposible!

—Pero, mamá, la vida es tan larga, que hay tiempo ..

—Por el contrario, es muy corta, segun D. Antonio, replicó entonces Julia, porque le oí decir el otro dia, que aun pasándola en un constante estudio, no aprende uno la mitad de lo que debía saber.

—Hé ahí, dijo Maria, con su natural viveza, por qué yo me afano tanto para atender á todo.

—Sí, dijo su mamá, pero tu eres semejante á la ardilla, que corriendo sin cesar de una á otra parte, no hace nada de provecho.

Julia y Ricardo principiaron á reir al escuchar aquella exacta comparacion, y Maria bajó avergonzada los ojos.

—Ahora basta ya, y entregaos cada uno á vuestros quehaceres. Tened entendido que el tiempo es precioso y la vida muy corta: ahora sois niños; dos lustros mas y sereis jóvenes; con pocos años que corran llegareis á la edad madura, y en breve vuestros cabellos blancos os anunciarán el término de vuestra vida. Si entonces quereis tener familia, amigos y criados, si quereis te-

ner satisfecha la conciencia y feliz el corazón, aprovechad en útiles estudios vuestros años juveniles.

—De modo, que el tiempo...

—Figuraos que el tiempo es un capital que os ha entregado la Providencia para emplearle provechosamente, y teneis que dar cuenta hasta de un momento que malgastais.

Con esto terminó la conferencia y cada niño se entregó á sus ocupaciones diarias: gracias á las palabras de su madre, Ricardo mereció aquel día un premio por sus lecciones, y María concluyó un lindo feston que tenía empezado hacía mucho tiempo, reuniéndose á jugar ambos niños, antes de la hora acostumbrada, mas satisfechos que de costumbre.

LAS CUATRO ESTACIONES.

Corría apacible, bello y florido el mes de mayo: en una de sus hermosas tardes, salieron á dar un largo paseo la señora de Alvarez y sus tres niños, acompañados de D. Antonio el médico, á cuya mano se agarró con encantadora franqueza el pequeño Ricardo, dispuesto á preguntar á su bondadoso amigo cuanto llamase su atención é impresionase su mente: porque Ricardo, á pesar de su natural indolencia, era de una

imaginacion despejada y una inteligencia precoz, por cuya razon anhelaba esta clase de paseos en los que satisfacía mil curiosidades.

Dirigiéronse al vecino pueblo, oraron algunos momentos ante la Santa Virgen, su patrona, y despues de dar una pequeña vuelta por sus calles, tomaron un estrecho sendero que conducia por entre viejos álamos al frondoso valle que circuia su morada.

En él, principió Ricardo á tirar al aire un volante, Julia y María á cojer florecillas, y de este modo, sin direccion fija, llegaron á encontrarse á la misma falda de la montaña que cerraba como una elevada fortaleza aquel feracísimo sitio.

Seguidas hasta allí las niñas por su mamá y D. Antonio, propusieron á estos descansar algunos momentos sobre la verde yerba, interin formaban con las infinitas flores que habian reunido en su falda, dos hermosos ramilletes: accedióse á su deseo y la bondadosa madre y su venerable amigo reposaron un momento, admirando detenidamente aquella vasta llanura matizada de caprichosas flores y terminada por aquel contorno de empinadas rocas, débilmente iluminadas por los últimos rayos de un hermoso sol de primavera.

—¡Qué bello espectáculo ofrece la campiña en la presente estacion! exclamó D. Antonio: al aproximarse, la naturaleza dulcemente conmovida despierta de su largo sueño, las flores abren dulcemente sus cálices,

los valles se cubren de matizada alfombra, el cielo de purísimo azul, el aire se impregna de suaves perfumes y las golondrinas vienen de lejanos países, á prestar con sus gorjeos nuevos encantos á la primavera.

—¡Oh! sí, murmuró la señora de Alvarez, que en todo encontraba motivo de manifestar su gratitud al Criador. ¡Que bello es el campo en esta estación y que magnífico Dios en todas sus obras!

Julia entonces que habia estado atenta á estas últimas palabras, exclamó con su natural dulzura:

—En verdad, mamá, que al contemplar lo hermoso de la primavera, al admirar que ella dá vida á las plantas, fertilidad al campo y sustento al hombre, le ocurre á uno preguntar ¿Para que nos mandará Dios las otras estaciones?

D. Antonio tomando al punto la palabra, dijo así:

—Tu pregunta, hija mia, que seria impía si tu inocencia no la escudase, está fundada en que la presente estación atesora encantos que cautivan la vista, doblemente bellos, porque nos lo ofrece Dios, despues de un invierno árido y triste. Todos estos encantos, sin embargo, son debidos á esas otras estaciones cuya bondad desconoces. La Primavera, que como tú dices, nos ofrece sol, perfumes y alegría, es solo precursora de otra estación que participando tambien de casi todos sus tesoros, es mas rica de animacion y vida. Ya comprenderas que hablo del Estio que no debe su hermosura como la Pri-

mavera al canto de las aves, al aroma de las flores, ni al brillo de los insectos: lo que le dá su aspecto seductor, es el acento de la naturaleza, qué rica de frutos, llama al labrador para entregarle sus tesoros; es el himno que entona el pobre á la estacion de la abundancia; es la bendicion del hombre, del animal y del insecto, que sacan todos su parte de trabajo, de alegría y de alimento. Sin ese ardiente sol, cuyos rayos abrasadores tu no puedes resistir, no madurarian los frutos ni se agostaria el trigo, llegando á ser todas las plantas que Dios crió de mucha belleza, pero de ninguna utilidad.

—Sí, sí, dijo Julia, eso lo comprendo, y no es al Estío á la estacion que yo me referia, ni al Otoño que le sigue y que además de una agradable temperatura, nos brinda deliciosas frutas. Yo amaria esa estacion aunque solo fuese por las fiestas de la vendimia. A la estacion que yo aludia era al Invierno. En el Invierno todo muere y ni el pobre tiene que comer, ni el labrador que labrar.

—El Otoño, como tu has dicho muy bien, nos brinda deliciosos frutos y en él Dios recompensa al labrador todas sus fatigas dándole el fruto de la tierra que sazónó el Estío para que pueda pasar el Invierno: además en esa estacion templada y suave, en la que reblandecen la tierra benéficas lluvias, el labrador vuelve á enterrar la semilla que le dará nuevo fruto al año si-

guiente. Tal, es hijos míos, el orden admirable que se advierte en la naturaleza.

—Sí, pero el Invierno, como decía Julia, añadió Ricardo que unido á sus hermanas escuchaba también atentamente.

—Hablemos del Invierno, en cuya estación á vuestro parecer se ha olvidado Dios de nosotros: tal cree en efecto el hombre ignorante, al contemplar que al soplo helado de esta estación el sol desaparece entre blancuecinas nubes, los árboles pierden sus últimas hojas, la tierra se cubre de una dilatada alfombra de nieve, y hasta los ríos, helada su superficie detienen su curso; pero el que reflexiona y trata de descubrir la mano de Dios en cuanto le rodea, no encuentra palabras con que alabar sus beneficios. El aire que te asusta transporta en alas las nubes que fertilizan nuestros campos; el intenso frío que te estremece, congela el agua y la convierte en nieve que cayendo como un espeso manto sobre la tierra se deshace sobre ella y la empapa como no lo haría la mas copiosa lluvia; y la tristeza que por todas partes impresiona tu alma, está labrando la alegría y la prosperidad con que en breve te sorprende la naturaleza. Sin viento no se despojaría de maleza la tierra, sin frío no habría nieve, sin nieve no se fecundaría la semilla y finalmente, sin Invierno no habría Primavera.

—¿Es posible? murmuraron los niños atónitos.

—Sí, hijos míos, continuó D. Antonio: en todo reina esa admirable armonia, esa continua actividad que preside en el universo. Por ella nuestro globo girando sin cesar alrededor del sol, sin que nada detenga su infatigable marcha, recibe el calor y la luz, forma las diferentes estaciones y dá vida en su seno á infinitas criaturas. En ese movimiento de rotacion, iluminando unas veces el sol oblicuamente su superficie, nos priva del sol y del calor ofreciéndonos el árido Invierno; otras mandándonos mas verticalmente sus rayos, nos presta el calor y disfrutamos de la Primavera; continúa la tierra recibiendo mas directamente los vivificantes rayos del sol y obtenemos el Estio; y en breve el Otoño, estación que vuelve á conducirnos á la oblicuidad con sus bellos dias y frias noches, nos prepara á los dias penosos del Invierno, en que de nuevo aparecen la nieve, el hielo y la tristeza. Estos cambios debidos, como os digo á la rotacion de nuestro globo, alrededor del sol, son inmutables, y si por la voluntad de Dios la tierra detuviera su curso, un eterno Verano abrasaria cuanto existe ó un eterno Invierno helaria la naturaleza y todos, hasta nosotros, dormiriamos el sueño de la muerte.

—Pero eso no sucederá nunca, dijeron los niños asustados.

—No es creible: Dios que es la bondad misma, dijo entonces su mamá, conservará cuanto ha criado. Aca-

tadle en todas sus obras y bendecid desde hoy el Invierno, padre de esta hermosa Primavera.

Con esto se dirigieron todos hácia la casa y Julia y María, entregaron dos hermosos ramos á su mamá y su bondadoso amigo, diciendo María:

—Dignense ustedes aceptar estas flores, que aunque criadas entre la yerba, son hijas de las lluvias, de las nieves y del sol.

—No, dijo Julia, lo son de Dios que combinó todos esos elementos para darles vida.

FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD.

—Mamá, mamá, son las cuatro, dijo una tarde María entrando de repente en la pieza donde cosían su mamá y hermana.

—¡Ya vamos, dijo su mamá, todavía hay tiempo!

—Es que si no vamos temprano no veremos la procesion.

—En efecto, recoje tu labor, y disponeos á salir, dijo á Julia y María su mamá.

A poco se dirigian ésta y los tres niños al pueblo inmediato donde se celebraba la fiesta de la Virgen y

habia procesion, puestos en la plaza y gran concurrencia de forasteros.

Despues de pasear por él largo rato, orar á la Virgen y admirarla en el lujoso carro deslumbrador de luces y de flores que la conducia, la señora de Alvarez, con sus niños regresaban hácia su casa, cuando de repente llamó la atencion de María un eco infantil que murmuraba una copla conocida. Volvieron todos la cabeza y á un lado del camino sentaditos en el suelo, vieron una niña y un niño, ambos de muy corta edad: el niño, que era ciego, tenia entre sus manos una guitarra en lo que procuraba coordinar algunos tonos, vulgares quizá, pero á los que su tierna edad comunicaba suficiente poesía.

—¡Pobres niños! exclamó María.

—¡ Tan pequeñitos y uno ciego! añadió Julia.

Acercáronse á ellos la mamá y sus niños; la primera les dió algunos cuartos que llevaba en el bolsillo y les preguntó.

—¿Sois hermanos?

—Si señora, contestó con humildad la muchacha.

—¿Teneis padres?

—Madre no mas.

María animada con este corto diálogo preguntó con su habitual franqueza:

—¿Donde vivis?

—En el pueblo cercano.

—¿Y quien os lleva á vuestra casa?

—Mi hermana me lleva de la mano, contestó el ciego.

—¡Y no teneis miedo!

—¡Miedo! exclamó la niña sonriendo, no por cierto: acostumbrada á guiar á mi hermano desde que sabe andar, nunca le hemos tenido ni de dia ni de noche, porque segun dice mi madre, Dios vela siempre por los que como nosotros, confian en él.

Aquella niña, rodeada de privaciones y amarguras, condenada á vivir de la caridad pública y servir de escudo á un ciego, aquella criatura cercada de tantos infortunios y confiando en Dios con tal seguridad, tenia algo de grande é imponente,

Ricardo, que hasta entonces habia permanecido mudo, dijo al oido á su mamá.

—Parece que está contenta con su suerte.

—Es que el Todopoderoso recompensa su *fé*, dándole la santa resignacion que mitiga los dolores del alma.

Y con esto reunió las últimas monedas que llevaba en el bolsillo, y exclamó dirigiendose á los infantiles mendigos:

—Hé aquí mas de lo que quizá podreis reunir en las pocas horas que restan de dia. Ya que la fortuna ha querido que mis hijos se fijen en vosotros, volveos hoy mas pronto á vuestra casa, que es el único bien que ellos pueden proporcionaros.

Los niños, despues de manifestar su gratitud se levantaron para marcharse, cuando Maria sin poder disimular el deseo que tenia de continuar la conversacion, exclamó:

—Sentirás mucho ser ciego.

Cubrióse el semblante del niño de una nube de tristeza y murmuró.

—¡Oh, si, mucho! pero no crea V. que seré siempre ciego, no, un caballero que nos socorrió el otro dia como Vds. hoy, me estuvo examinando los ojos y me dijo que si mi madre me llevaba á la ciudad cercana donde él vivia, me daria la vista: mi madre ha ofrecido llevarme á pesar de las diez leguas que nos separan, y, si viera V., desde ese instante se me figura que es menos triste la oscuridad que me rodea, y al pensar que un dia se han de abrir mis ojos á la luz del sol, siento una felicidad, que yo no acierto á esplicar, pero que segun dice mi madre es la *esperanza*.

—Cierto, repuso la señora de Alvarez, asi se llama ese manantial de infinita dulzura que Dios coloca al nacer en nuestro corazon, y nos consuela en todos nuestros pesares, nos alienta en todos nuestros propósitos y termina con el último soplo de nuestra vida.

Con esto se despidieron unos de otros, y Ricardo, mientras continuaban el camino que guiaba á su morada, exclamó muy pensativo:

—¿Dime, mamá, podrá ese niño dejar de ser ciego?

—Sin duda: ese caballero que le ha prometido curarle, será algún médico que vá á poner en práctica *caridad*.

el mas grande de los deberes de su ciencia: *la ca-*

—¡Qué feliz será ese caballero que puede hacer una caridad tan grande! añadió María.

—Es verdad: la medicina ejercitada por una alma generosa, es el mas bello intérprete de esa virtud, porque ella ofrece inmediatos consuelos á los que sufren. Pero no creais, hija mia, que solo el médico que presta su ciencia es agradable á los ojos de Dios: el poderoso que consagra una parte de sus riquezas al socorro de los necesitados, y hasta el que falto de recursos ofrece sus cuidados á los que gimen en el lecho del dolor, practican otras tantas obras de *caridad* que Dios recompensa desde el cielo. ¿Qué mas? si vosotros que tan poco valeis, reunis vuestros ahorros y se los entregais á la madre de ese pobre niño, para que le asista con esmero en los dias que ha de sufrir la peligrosa operacion, habreis contribuido cuanto os es posible para aliviar su desgracia y ayudar al médico en su buena obra.

La idea fué acogida con gran contento por los niños que ofrecieron realizarla, y su mamá dijo así:

—Ahora, vosotros que tambien sabeis la doctrina, habreis observado lo que valen la *Fé*, la *Esperanza* y la *Caridad*. Habeis visto que esos niños á quien creiais

tan desgraciados, no lo son tanto la una, por que tiene *Fé* en Dios, el otro porque la *Esperanza* mitiga su infortunio y en breve deberá el más inmenso de los beneficios á la *Caridad*.

—Es verdad, dijeron los niños.

—Nunca olvidaremos esta provechosa lección de doctrina cristiana, añadió Julia.

En esto llegaron á su casa y penetraron en ella muy satisfechos de su paseo. Ricardo y María habian conocido el precio de esas tres virtudes inseparables de un alma cristiana, y Julia, con razon más perfecta, comprendió que el alma que las atesora encuentra la recompensa en la misma dicha de practicarlas.

LOS CINCO SENTIDOS.

Julia y su mamá, escuchaban á la tarde siguiente la relacion que D. Antonio les hacia de la suerte del ciegucecito y su pobre hermana, pintándoles el cariño de la madre de ambos, que á pesar de su miseria no omitia sacrificio para endulzar la existencia del pobre ciego; cuando Ricardo y María penetraron corriendo en la estancia trayendo el primero un pañuelo cogido por las puntas en el que ocultaba algo.

—¿Sabes lo que traemos? dijo María saltando sobre las rodillas de su hermana.

—No lo digas, no lo digas, exclamó Ricardo.

—Vamos, no seáis locos, y decidme lo que encierra ese pañuelo.

—Adivínalo, dijo Ricardo.

—Cierra los ojos, añadió María.

Los cerró Julia en efecto, y tomando entonces María su mano la introdujo en el pañuelo diciendo:

—A ver si lo aciertas.

—¡Toma! dijo al punto Julia, albaricoques. María se echó á reir y Ricardo un poco pensativo, añadió:

—¡Cualquiera diría que tenemos ojos en los dedos!...

—¿Ignoras, dijo su mamá, que el sentido del *tacto* suple al de la *vista* en muchas ocasiones?

—¿Es posible, exclamó el niño?

Apoderándose al punto D. Antonio de este incidente, para sacar de él su parte de instruccion, exclamó:

—Verdaderamente admira la sabiduría de Dios al examinar la maravillosa organizacion del hombre.

Criado éste á su imájen y semejanza, rodeado por do quiera de las maravillas de la naturaleza, los diversos

grados de temperatura, el trabajo continuo, y hasta los escollos que por todas partes le cercan son otros tan-

tos medios preparados por la Providencia para desarrollar sus *sentidos*, esos delicados intérpretes que le

ha dado el Criador para comunicarse con cuanto le rodea. La *vista*, el *tacto*, el *oído*, el *gusto* y el *olfato* son los cinco agentes de que Dios se sirve para satisfacer nuestras necesidades, para procurarnos gratas impresiones, para hacernos dichosos ó desgraciados, siendo tal su solicitud que nos ha concedido dobles aquellos órganos mas necesarios como los ojos, los oídos y las manos.

—Es verdad, exclamó Ricardo.

—Los *sentidos* estan tan hábilmente combinados que auxiliándose los unos á los otros nos guian al verdadero conocimiento de las cosas, como acaba de suceder con el acierto de Julia que tanto te ha sorprendido.

—¿Y diga V., añadió Julia, en que consiste la *vista*?

—Para explicártelo y que lo entendieras necesitarías poseer algunos conocimientos que te faltan, y que de cierto no adquirirás nunca: pero como deseo que sepais cuanto pueda comprender vuestra infantil inteligencia, os haré una ligera reseña de las causas y los efectos de los cinco sentidos en lo cuál creo que doy una alegría á nuestro curioso Ricardo.

—Sí, sí, dijo éste.

—Y á mí, añadió Julia.

—Pues bien, cada dia nos ocuparemos de uno hasta terminar los *cinco*, principiando por el mas importante, que como desde luego comprendereis es la *vista*.

LA VISTA.

—La *vista*, hijos míos, cuyo órgano son los ojos, continuó D. Antonio, es el primer auxiliar del hombre para sus trabajos, el conducto por donde recibe sus mas bellas impresiones, y el amigo que le guía á la perfeccion en todas sus obras. Desde luego sorprende la admirable estructura del ojo, en medio del cual colocó el Criador el sentido de la vista; una transparente *película* cubre su parte exterior, y la pupila protegida por ella, se mueve á nuestra voluntad por medio de músculos que sólidamente la retienen; otra porcion de fibras estremadamente delicadas y combinadas con una materia húmeda y trasparente forman el globo del ojo en cuyo centro existe la *retina*, membrana fina y nerviosa, á la cual se enlazan los nervios ópticos de nuestro cerebro. En la *retina*, especie de cámara oscura, es donde por medio de la luz se reflejan los objetos, como los refleja en la pared de una habitacion oscura, el cristal de la linterna mágica. Tan admirable órgano colocado en una gran cavidad, está además protegido por un párpado movable guarnecido de sedosas pestañas, que además de templar la demasiada fuerza de la luz, preservan el ojo del polvo y de los insectos que con su contacto le dañarían.

—Y diga V., D. Antonio, ¿por qué el ciegucecito de ayer no ve, teniendo los ojos abiertos como nosotros? exclamó María.

—Puede perderse ese precioso *sentido*, continuó D. Antonio, por insensibilidad de los nervios que acabo de citaros, ó por ser demasiado espesa la película ó cristal que cubre el ojo: en este último caso, que es en el que se encuentra el niño que citas, puede adquirirse la vista cortando esa película que impide el paso de la luz, lo cual se llama *balir la catarata*, operacion difficilísima que no siempre se intenta con buen resultado.

—Y dígame V., exclamó Ricardo con mucho interés, ¿todos los animales, hasta los mas pequeños, tienen ojos?

—Todos, hasta los mosquitos los tienen proporcionados á sus dimensiones y sus necesidades. Considerad, hijos míos, de qué tamaño serán los músculos de esos ojos.

—¡Es admirable!

—¡Cierto, admirable, como todo lo que Dios crió! Bendecid sin descanso á quien nos dió los ojos colocando en ellos el espejo del alma, dijo su mamá.

—¡Cómo! exclamó Ricardo.

—¡Oh! sí, continuó aquella, los ojos revelan nuestros sentimientos; ved sinó los del colérico animados por un brillo feroz; los del culpable, lanzar vagas mi-

radas, temiendo que ellas mismas descubran su delito; y los del hombre honrado que nada tienen que temer, ni que disimular, abrirse tranquilos y mirar con serenidad y dulzura; ¡ojalá los vuestros brillen siempre como brillan hoy, animados por la inocencia y la virtud, único encanto que realza esos preciosos órganos!

EL OIDO.

Al día siguiente de la conversacion que antecede, penetró D. Antonio en la sala á tiempo que Julia, sola con María, entonaba una dulcísima cancion que aprendiera de su madre, cuando esta brillaba por su hermosa voz y escelente método de canto en mas de un concierto de la Côte.

—Bravo, así me gusta, exclamó D. Antonio con jovialidad.

—¿Ay, es V.? dijo la niña bajando los ojos.

—Yo, que he llegado á tiempo de escuchar las últimas notas de esa bella cancion y advertir que tienes escelente oido.

—¿Cómo, mejor que el mio? añadió vivamente María echando mano á sus orejas.

D. Antonio riéndose de la candidez de la niña, la sentó sobre sus rodillas y dijo:

—Cuando tu seas mayor y cultives el divino arte de la música, te lo podré decir, porque no se trata de la forma exterior que constituye la oreja, sino del órgano delicado del oído que reside en su interior.

Por medio de este noble sentido comunicamos nuestros pensamientos, se ponen en contacto vuestras almas, se estrechan nuestras amistades y se hacen comunes las alegrías y los pesares. Pero ahora que me acuerdo, llamad á Ricardo, porque con su ausencia está perdiendo parte de la esplicacion de hoy, que como sabeis era el segundo sentido: El *oído*.

María corrió á buscar á su hermano que no tardó en presentarse acompañado de su mamá, y entonces D. Antonio principió así:

—Todas las obras de Dios son admirables y el oído como una de ellas, es una máquina acústica de la mas sábia construccion: ante todo trataré de esplicaros como llegan hasta nosotros los sonidos. ¿Habeis tirado alguna vez una piedra á un estanque?

—Sí, sí, repuso María, con su natural vivez, el otro día tiró una Ricardo al pilon de la fuente.

—¿Y recordais lo que el agua hizo al recibirla?

—Si por cierto, exclamó Ricardo, una porcion de ondas que fueron agrandando hasta que no teniendo mas espacio, se deshicieron al chocar con la pared del pilon.

—Perfectamente: pues del mismo modo que la piedra hace ondular el agua, una palabra nuestra arrojando de nuestra boca un poco de aire, hace ondular el que nos rodea, que de onda en onda lleva hasta el oído los sonidos. El *oído* se compone de tres partes: la primera y mas exterior es la *oreja* especie de concha que tiene en el centro una abertura llamada *conducto auditivo*: la segunda es una cavidad llamada *tambor* en cuyo centro hay una especie de anillo huesoso y una membrana delgada que se llama *timpano* y trasmite sus vibraciones al interior; y la tercera, llamada *laberinto* por sus tortuosidades, termina en una especie de cono donde se perfeccionan los sonidos. Como veis, tenemos dos oídos sin que por estos oigamos sonidos distintos con cada uno, lo cual prueba, que si ellos son dos la sensacion es una. De otra manera cuando hay entre ambos la mas pequeña diferencia, resulta confusion en los sonidos, lo que llamamos en la música mal oído. Por este hermoso sentido adquirimos la mayor parte de nuestros conocimientos, nos proporcionamos el hermoso placer de la música que nos alegra, nos eleva ó nos entristece, segun la espresion de las notas, y por último, nos permite esplicarnos y entendernos.

—Yo creia, D. Antonio, dijo Ricardo, que esplicarnos lo haciamos con la palabra.

—Es que la palabra depende tan directamente del oído, que los *sordo-mudos* no son mudos porque les fal-

te la voz ó la pronunciación, sino porque sordos desde su nacimiento, no han aprendido á articular palabras.

—¿Es posible, dijeron los niños?

—Sí, hijos míos, el oído es el más importante de nuestros sentidos después del de la *vista*: y ahora para que yo vea si conserváis cuanto os explico, decidme como llegan hasta nosotros los sonidos.

—En el aire, dijo Ricardo.

—Conforme á la comparación de la piedra en el estanque, añadió Julia, nuestra palabra es la piedra, el aire el agua y los oídos las paredes del pilón.

—Sí, sí, eso es dijeron los niños.

—Pero, continuó Ricardo, me ocurre que en esta sala cerrada como está no entra aire.

—El aire, niño, existe hasta en una botella tapada, si está vacía y si pudiéramos encerrarnos en un armario desprovisto completamente de aire, faltos de respiración moriríamos.

—¿De veras?

—No lo dudes: al aire debemos la existencia, á él le debemos los sonidos y á él la mayor parte de las maravillas que nos rodean. Día llegará en que os explique todo lo que debemos al aire: entre tanto, suspendamos nuestra conferencia, hasta mañana que nos ocuparemos del *tacto*.

—No, corresponde el *olfato*, dijo Julia.

—Sí, así se dice vulgarmente, pero siendo ese senti-

do de menos importancia que el anterior, le dejaremos para despues.

EL TACTO.

A la misma hora del siguiente dia, esperaban los niños reunidos el momento que penetrase en la estancia D. Antonio, sosteniendo interin llegaba el siguiente diálogo:

—¿Con que hoy nos explicará el olfato? dijo Maria.

—No, el sentido que ofreció explicarnos es el *tacto*, repuso Julia.

—Cierto, porque dijo era el mas importante de los tres que faltaban, y no sé por qué añadió Ricardo.

—Te lo explicaré, dijo su mamá: ese sentido es tan importante, porque los nervios del *tacto* se estienden por todo nuestro cuerpo, como podeis convenceros observando que al tocar con el pié ó con el brazo desnudo cualquier objeto, comprendeis si este es duro ó blando, húmedo ó seco. El nos proporciona además agradables sensaciones; por él nos consuela el aura en Estío y el fuego en Invierno; por él apreciamos la dulzura del beso maternal y por él finalmente utilizamos los otros

sentidos que sin el auxilio de este casi nos serian inutiles.

—¿De veras?

—No lo dudes: ¿de qué nos serviria que la vista y el oido cultivasen nuestra inteligencia, si la mano no podia acudir á dar forma y realizar lo que concebía la mente? ¿Tú mismo, qué sacarías con admirar bellos modelos de escritura y comprender por medio de la *vista* y el *oído* las esplicaciones de D. Antonio y mias, si tu inesperta mano no pudiese ir practicando esas lecciones que te dán seguridad y perfeccion?

—Muy bien; dijo D. Antonio que habiendo llegado un momento ántes, oyó esta última parte de la esplicacion, veo amiga mia, que me reemplaza V. con ventaja.

—¡Oh! de ningun modo, dijo la cariñosa madre; notando su tardanza, quise entretenerlos y les esplique lo que mi ignorancia alcanzaba.

—Sí, se lo esplicaba V. como no sabremos hacerlo nunca los hombres, no con el lenguaje de la ciencia, sino con el lenguaje del corazon. Ahora, ya que por reclamar un enfermo mis cuidados, me he retardado mas que de costumbre, y puesto que habeis oido lo mas bello de la esplicacion, solo os diré queridos niños, que el aparato sensitivo ha sido por Dios distribuido con tal profusion por todo nuestro cuerpo, que solo carecen de él las uñas y los cabellos, por lo cual no sentís el me-

nor dolor aunque los corteis, lo que no hariais impunemente en cualquiera otra parte del cuerpo, donde lastima la sola punta de un alfiler ó el picotazo de un mosquito. El *sentido* del *tacto* reside en una multitud de nervios ó filamentos estraordinariamente delicados, y casi invisibles, que se hallan repartidos por todo el cútis y transmiten al alma las sensaciones de frio ó de calor, de placer ó de disgusto que ellos experimentan: la mayor perfeccion de este sentido existe en las puntas de los dedos, donde los nervios se dividen en tan delicadas partes que sienten la mas leve impresion, estando en los ciegos tan perfeccionado por el uso que conocen por medio del *tacto* todos los objetos, hasta las notas de la música y las letras de ciertos libros impresos para su uso, como nosotros con el auxilio de la vista.

—¿Es posible, dijo Ricardo?

—Sí, hijo mio, el *tacto*, como todos los *sentidos*, es origen de infinitos beneficios y una muestra palpable de la bondad de Dios.

EL OLFATO Y EL GUSTO.

—Hoy me teneis aquí con mas anticipacion, decia D. Antonio al dia siguiente, porque quiero dar fin á mis

explicaciones sobre los sentidos, ocupándome de los dos que faltan.

—Bueno, bueno, dijeron los niños colocándose al rededor de su respetable amigo.

—Cual será el primero, continuó Julia *¿el gusto?*

—No, el *olfato*. Este sentido, cuyo órgano es la nariz, le colocó Dios sobre nuestra boca, como un constante centinela que advirtiéndonos un mal olor, ya en una vianda, en una habitación ó en una calle, vela por nuestra conservacion. La nariz como podeis observar, tiene dos cavidades, estas se comunican con la boca y están tapizadas de una membrana esponjosa, sobre la cual se tienden algunos nervios, que tienen relacion con el cerebro: el aire introduce por ellas las partículas odoríferas, y por eso observareis que cuando estais constipados y obstruida por esta causa vuestra nariz, no percibis los olores.

—Es verdad, dijo Julia.

—Este *sentido* que obra mas sobre la materia que sobre el espíritu, está mas desarrollado en algunos animales que en el hombre; en el *perro* por ejemplo, que por el *olfato*, si se pierde, acierta el camino que ha seguido su amo y encuentra cualquier preda que á él pertenezca por escondida que esté.

—En efecto, dijo Ricardo, la otra tarde en el jardín escondimos diferentes veces mi pañuelo y siempre le descubrió Ali.

—¿Y por qué Dios ha preferido á los animales dándoles mejor *olfato* que á nosotros? dijo María.

—Porque quiso que el hombre fuese superior al bruto, no por la perfeccion de sus sentidos sino por el desarrollo de su inteligencia: privados de ésta los animales, deben á los sentidos su propia conservacion. Ahora, si escuchais á vuestra madre, ella os dirá con su dulce lenguaje que al *olfato* debemos agradables sensaciones, como la que produce el perfume de las flores y de las aguas aromáticas, así como el inmenso beneficio de conocer por él las viandas buenas ó malas, pues rara vez sabe mal una cosa que huele bien.

—Es verdad, amigo mio, todo eso les diria, así como la ventaja de anunciarnos el tufo de una lámpara ó un brasero que perjudica nuestra salud, y hasta, nos costaria la vida si el *olfato* no previniese el peligro. Ahora principie V. con el último sentido, que todos esperamos con impaciencia su esplicacion.

—El *gusto* consiste en algunos nervios dilatados por la lengua y paladar que perciben al gustar una cosa si esta es dulce, amarga ó ácida: este sentido, por el que Dios multiplica nuestros goces, haciéndonos saborear los deliciosos frutos del mar y de la tierra, le concedió Dios igual al hombre y los animales, para que cada uno sepa discernir el alimento que le conviene.

—¿De veras? Pues al ver como las mulas en la cuadra se atracan de paja yo creí que los animales no te-

nian el *sentido del gusto*, exclamó la pequeña María.

—No dudes que le tienen, y que si prefieren ese á otro alimento es porque el Supremo Hacedor se le destinó como mas conveniente á sus necesidades.

—Lo tendré presente.

—Sin embargo, dijo Ricardo, no siempre lo que mas nos gusta es lo que nos conviene, segun dice mamá.

—Ciertamente y todos los manjares abusando de ellos son perjudicales; por eso en la mesa es donde mas principalmente se recomienda la moderacion. Con esto he concluido de hablaros de los sentidos.

—Nunca olvidaré lo que ha dicho V.

—Sí, hijos míos, tenedlo presente, dijo entonces su mamá y cuando admireis un paisaje pintoresco pensad en que debeis tan bella impresion á la vista: cuando escuchéis una música agradable ó vuestros mayores os adviertan un peligro inminente, meditad que debeis ese beneficio al *oído*; cuando elogien un trabajo vuestro, reflexionad que debeis ese bien al *sentido del tacto* y cuando comais una deliciosa fruta ó aspireis el aroma de una rosa, considerad que os serian inútiles sin el *olfato* y el *gusto*. Reconoced, pues, la sabiduria de Dios que á mas de rodearnos de maravillas, nos dió *sentidos* para poder apreciarlas, y bendecid, hijos míos, su Santo nombre.

LA MUÑECA.

—Hay un personaje real y verdadero, caprichoso y fantástico, que ejerce gran influencia en la educación de la mujer. El os ha precedido en los brazos de vuestra madre, y descansará en vuestras rodillas, antes que vuestros hijos; él tiene el feliz privilegio de escuchar vuestras primeras frases cariñosas, de enjugar vuestras primeras lágrimas y despertar en vuestra alma infantil todas las virtudes de la MADRE DE FAMILIA. Ese ser misterioso es la *muñeca*. ¡Qué de cuidados no os merece! ¡Qué de privaciones no os impone! ¡Qué de ejemplos saludables no os proporciona!

Así discurría la señora de Alvarez cierto día, que las niñas recibieron de Madrid una hermosa *muñeca* que les remitía un tío suyo.

Estas, después de contemplarla con éxtasis y tributarle mil elogios, pasaron á bautizarla eligiendo para ella el poético nombre de Herminia y á examinar todas las prendas que componían su traje.

—Está muy bien vestida, exclamó Julia, pero si la dejamos así nos veremos privadas de jugar con ella por no estropearla y además no podrá solemnizar las fiestas no teniendo mas que un vestido.

—Cierto, repuso su mamá, debéis hacerle otro.

—¿Y sabremos nosotras? añadió María.

—Yo me encargaré de cortaros todas las prendas que componen una muda completa, vosotras las coseis y cuando esten terminadas le podreis quitar ese traje ceremonioso, dijo la cariñosa madre.

Instantáneamente se buscó tela, y la Señora de Alvarez dió forma en pocos minutos á una camisa, enaguas, pantalones, almilla y una sencilla bata. Las niñas se encargaron de coser en breve término esta ropa y pasados algunos dias se dispusieron á desnudar á la muñeca, disputándose ambas el gusto de ser la primera en quitarle los lazos, los encajes y por último la camisa... ¡Aquí fué el desencanto!

El ebúrneo seno que asomaba por el escote de su lindo traje continuaba en un toscó cuerpo de carton; sus torneados brazos estaban sujetos al hombro con un clavo, y sus bien formadas piernas se unian al cuerpo por medio de otro clavo, pudiendo decirse que al desnudarla, las niñas se encontraron poco menos que con miembros esparcidos.

La mas profunda sorpresa se pintó en el rostro de ambas y á Maria casi se le saltaron las lágrimas, cuando Santiago acertó á pasar por la puerta del cuarto.

—Qué teneis, exclamó, ¿porqué esos rostros tan afligidos?

Refirióle las niñas su cuita, le mostraron la

descoyuntada *muñeca* y él, soltando una carcajada:

—¡Gran motivo de pesar! añadió, ignorando que lo mismo sufre el niño que pierde un juguete favorito que el hombre á quien arrebatan su mas preciosa joya: tan amargas son las lágrimas del uno como las del otro.

—Pero no os disgusteis por eso, continuó el anciano, dádmela y yo me encargo de engrudarle unos papeles que le sostengan los brazos y piernas en su posición natural.

No quedaba otro recurso, y Julia y María entregaron á su querida Herminia para que le hiciesen aquella ignominiosa compostura. Cuando la hubo compuesto, Santiago volvió á entregarsela á las niñas, á tiempo que estas referian á su mamá el chasco que acababa de sucederles.

Al ver los remiendos que confortaban todas las coyunturas de la *muñeca*, Julia se hecho á reir y María casi sintió asomar lágrimas á sus ojos. La prudente madre, tomándola en su mano, exclamó:

—Aquí teneis, hijas mias, la imagen de una mujer. Los bellos atavios con que en breve cubrireis estas deformidades, significan la belleza, el lujo y la ostentacion que encubren los defectos de una mujer ignorante, vanidosa y egoista. La que oculta su falta de virtudes y talento bajo atractivos pasajeros, se encontrará cuando menos lo espere con que pasó su hermosura y per-

dió sus riquezas, mostrándose en toda su desnudez, tanto mas horrible, cuanto es mas inesperada. Cuidad, hijas mías, de adquirir instruccion, de abrigar buenos sentimientos y manifestar modestia en vuestro porte, adornos de gran precio que nada podra arrebatáros; la que falta de ellos trata de fascinar con galas mentidas, ostenta como vuestra muñeca, remiendos repugnantes á la vista y al corazon.

Las niñas escucharon con mucha atencion tan prudentes consejos; prometieron seguirlos y acordaron que cuando comprasen otra *muñeca* la eligirian desnuda para convencerse de la solidez de su armadura, porque sobre sólidas bases se pueden llevar á cabo todas las reformas que exigen las circunstancias y el gusto

LAS CUATRO PARTES DEL DIA. (1)

Hacia tiempo que Santiago se ocupaba en construir con cañas y follaje un hermoso cenador en una de las eminencias de la montaña, sitio predilecto de los niños por aquellas cercanías: el noble designio del anciano era llevar á término su obra con el mayor sigilo y sor-

(1) Este artículo está tomado de una obra francesa.

prender á toda la familia con un sencillo desayuno, plan que le frustraron los niños descubriendo su obra y publicándola antes de estar terminada.

La Señora de Alvarez, despues de manifestar á Santiago su gratitud, se asoció al proyecto y ofreció que asi que estuviere concluido el cenador, se celebraría en él un almuerzo, oferta que entusiasmó á los niños y en particular á Ricardo que desde aquel dia se propuso ayudar á Santiago en su obra.

Llegó el dia deseado, y al despuntar la aurora la mamá, los niños, los criados con los cestos de las provisiones y D. Antonio, con el cual se habia contado para la fiesta, se pusieron en marcha hácia el sitio designado.

En aquel instante el valle iluminado por los primeros albores, se mostraba bañado de esa luz vaga y melancólica que imprime á la naturaleza misterioso encanto; los árboles y las flores húmedas de rocío, doblaban con languidez sus hojas; en las cumbres de las montañas se reflejaba vivísima luz; el cielo parecia cubierto de gasas blanquecinas en las que se marcaba débilmente la forma de la luna y cerrando el horizonte se estendía una faja rosada de precioso matiz.

—¡Ay! mamá, exclamó la pequeña María, parece que anochece.

—Por el contrario, hija mía, es el crepúsculo de la mañana el que admiramos, algo semejante al de la tarde

que tú conoces, pero aun mas encantador, porque el aire es mas puro, el cielo está mas limpio y las plantas se van animando sucesivamente. Aquel es el crepúsculo de la naturaleza que muere y éste es el de la naturaleza que renace.

Diciendo esto apercibieron el cenador que ofrecia un aspecto muy bello; á falta de enredaderas que cubriesen sus arcos se habian tapizado con verde follage; lindas guirnaldas de flores formaban pabellones, y aromáticas macetas trasladadas del jardin, adornaban su entrada.

Cuando los niños se instalaron en aquella altura no sabian que admirar mas, y despues de elogiar cuanto les rodeaba todos como impulsados por un mismo sentimiento, dilataron su vista por el ameno valle, por las lejanas cumbres, por el hermoso cielo.

Las plantas reanimadas por los primeros rayos del sol, principiaban á salir de su dulce sueño y abrian suavemente sus hojas; las golondrinas entonaban ya sus dulces trinos y el ladrido del perro, el canto del gallo y el tañido lejano de la campana de la aldea, formaban ese delicioso concierto con que la naturaleza saluda al naciente día.

Poco á poco la faja sonrosada, fué adquiriendo un color rojo subido hasta que en medio de ella asomó el sol su disco refulgente, mostrándose en breve en toda su magestuosa grandeza.

—¡Oh! qué hermoso! exclamaron Ricardo y Maria:

—¡Qué magníficas son todas las obras de Dios! añadió Julia.

—Si, magníficas, hija mia, continuó D. Antonio, exaltado por una religiosa emocion; la mas insignificante de sus creaciones es un manantial de beneficios para el pobre mortal, que solo puede manifestar su reconocimiento por medio de la oracion. Este hermoso sol, sea que le admireis como hoy en medio de una fertil naturaleza, sea que penetren sus rayos por vuestra humilde ventana, siempre llegará á decirnos que Dios os permite gozar un dia mas de vida felices: vosotros si en cambio le despedis por la tarde con la conciencia tranquila, porque habeis cumplido vuestro deber.

Cortó este interesante diálogo la invitacion para el desayuno, en el cual reinó la mas franca alegría: cuando terminado, volvieron á ponerse en marcha, dijo á los niños su mamá.

—Habeis disfrutado de la mas bella parte del dia en la cual á mas de los encantos que Dios nos muestra, el alma está satisfecha y con esperanza de cumplir con su deber: cuidad, hijos queridos, de que al venir la noche no conozcais el remordimiento de no haberle cumplido.

Los niños animados por los mejores deseos, regresaron á su casa dispuestos á completar, con su buen proceder, el dia de aquella hermosa *mañana*.

—¿Que tienes? exclamó su mamá dirigiéndose á María al tiempo de sentarse á comer.

—Que no he sabido mi leccion; repuso medio llorosa la niña.

Es de advertir que la señora de Alvarez cõmia siempre á las doce, hora que convenia mas á la salud de sus hijos, y que aquel dia los acompañaba á la mesa D. Antonio.

—¡Es posible! dijo su mamá.

—Vea V. exclamó, D. Antonio, con qué rapidez se desvanecen los buzaos propósitos. Los que formaste esta mañana, nobles y puros, no los has realizado porque fueron hijos de un momento de capricho y no de la fé y la conviccion que animar deben al verdadero cristiano.

—No lo crea V., se apresuró á añadir María, yo conservo mi buen deseo, pero creí aprender mi leccion en un cuarto de hora y cuando llegó el momento de darla, me ha dicho V. que no la sabía.

—Tú misma te convenciste de ello: eso te prueba que con frecuencia nuestra presuncion produce los mismos resultados que la indolencia. Tú confiaste demasiado en tu memoria y le has exigido mas de lo que ella podia darte. Por fortuna aun está el dia en la mitad de su carrera y puedes estudiar de nuevo tu leccion para dár-mela esta tarde.

—¡Ay! exclamó Ricardo, el dia que empieza mal, mal acaba, y para que repare su falta ya es tarde.

—Nunca es tarde, dijo entonces su madre con severidad, para tratar de obrar bien: además que lejos de em-

pezar mal para nosotros el dia de hoy, ha comenzado mostrándonos Dios sus mayores maravillas, é ingratos por demás seríamos si un dia que tan bien empezó contribuyésemos á que acabase mal. Sigue María el consejo de D. Antonio; estudia de nuevo su leccion, entregaos vosotros dos con mayor cuidado á vuestras ocupaciones, que para tomar una resolucíon virtuosa, ningun momento mas á propósito que el del *medio dia*, hora en que el sol brilla en mitad del firmamento, hora en que la naturaleza se ostenta rica de vida, y en que la campana del templo pidiéndonos un *Ave-María*, nos hace volver los ojos al cielo.

Con esto y despues de dar gracias á Dios como de costumbre, dejaron la mesa.

A la caída de la tarde de aquel mismo dia los niños fueron reunidos en el salón, donde su mamá y D. Antonio les anunciaron que para recompensar lo bien que habian cumplido sus deberes, María sobre todo, que dando bien su leccion por la tarde habia borrado su falta de la mañana, tenian dispuesta una merienda en el mismo cenador, para que el dia terminase para ellos como habia empezado, al aire libre.

Una exclamacion de alegría fué la respuesta, y todos emprendieron alegremente el camino de la montaña. En el cenador se veia la misma mesa, pero ostentando diversos platos: la sazónada perdiz habia sido susfituida por queso y vizcochos, el esquisito asado por

delicado almíbar, y la campestre ensalada por uvas y melocotones.

—¡Ah! dijo Julia; ¡qué hermoso es terminar un día tan bien como se empezó!

—Sí, sobre todo para quien no ha hecho nada malo en él; añadió Ricardo mirando á María con intención.

—María ha reparado su falta con su posterior aplicación, dijo entonces su mamá; por eso os he conducido aquí de nuevo, para que en el mismo sitio que pedisteis á Dios aciertó al comenzar el día, le deis gracias ahora que termina y le admireis en la magestuosa dulzura del crepúsculo de una tarde de verano.

En aquel momento el sol trasponiendo el lejano horizonte, iluminaba débilmente la cumbre de las montañas; en el sereno azul del cielo se veían algunas nubes que reflejando los últimos rayos del sol parecían de fuego, y parte del horizonte por donde aquel había desaparecido resplandecía con viva claridad.

—¡Qué diversidad de colores, exclamó Ricardo.

—Todo es obra del sol, cuyos postreros rayos al luchar con las sombras de la noche proyectan esos matices bellos, semejantes á los de la aurora.

—Hermosa es una tarde de verano, dijo Ricardo.

—Sin embargo, añadió Julia, una fría y nebulosa tarde de invierno, tiene también su belleza, mas triste acaso, pero no menos imponente.

—Tienes razón, dijo D. Antonio; así en una como

en otra, nos muestra Dios su maravillosa grandeza y nos convida en esta hora de reconocimiento á elevar al cielo nuestro corazón.

En este instante la campana de la iglesia cercana tocó á la oracion, y descubriéndose Santiago y D. Antonio, doblando todos la rodilla, saludaron con un *Ave-Maria* al Criador en la solemne hora del crepúsculo de la tarde.

Profundas tinieblas se extendieron en breve por todo el valle, y la mamá de los niños al notar lo exclamó:

—Volvamos á casa; la noche se echa encima, y pronto la plateada luna será la única que ilumine esta fértil naturaleza.

—Mamá, exclamó Julia; permite que todavía permanezcamos aquí algunos momentos y podamos admirar también el poder de Dios en los astros de la noche.

—Convenido: esperaremos una hora mas, en la que podeis entregaros á vuestros juegos.

—No, no, estamos bien aquí, á tu lado, dijo Maria.

—¡Calla! ¿tienes miedo como de costumbre? añadió Julia.

—¿Es posible, hija mia? dijo su mamá, miedo, y ¿de qué?

—Yo no sé, pero no tengo gana de jugar.

—Ni yo, añadió Ricardo.

—Fuerza es que abandoneis ese miedo, indigno de niños que obran bien y están educados en la religion

cristiana. Cuentos inverosímiles con que en mal hora tratan de distraerós, os infunden temor en euanto la noche se aproxima, ¿pero Dios acaso no es padre nuestro lo mismo de noche que de dia? ¿No vela nuestro sueño, no nos salva de mil peligros, y no es su bondad nuestra constante salvaguardia? La presencia de Dios que no os abandona, debé tranquilizaros: ella os proteje lo mismo entre las tinieblas de la noche que ante la clara luz del sol.

—Sí, todo eso es verdad, pero yo quisiera mamá que no hubiese noche, dijo Maria.

—La noche sin embargo, es tan bella como necesaria, exclamó D. Antonio. Ella proporciona reposo al cuerpo y vigor al alma; es la madre del *pobre*, la amiga del desgraciado; y su silencio otorga la paz y convida á la meditacion.

—Eso es verdad, y cuando yo sea mayor aprovecharé la noche para mis estudios, dijo Ricardo.

—Harás muy mal, dijo D. Antonio; porque Dios nos dió la noche para que en ella descansemos de el trabajo del dia. Las flores cierran de noche sus capullos; los animales pierden parte de su fuerza y audacia, y no es el hombre, dotado de clara inteligencia, el que debe trastornar el órden de la creacion.

—Mirad, exclamó Julia; ¡qué hermoso está el cielo, qué clara la luna, qué brillantes las estrellas!

—Y diga V., D. Antonio, ¿por qué corren algunas estrellas por el cielo? exclamó Ricardo.

—Esplicacion es esa un poco larga para este momento. Mañana os diré por qué, así como la razon de sucederse el dia y la noche.

—Bueno, bueno, exclamaron los niños.

—Ea, vámonos: en este dia consagrado á admirar á Dios en las maravillas de la naturaleza habreis podido apreciar su poder. ¿En cual de las *cuatro partes del dia* os ha parecido mas magestuosa su grandeza?

—Por la mañana.

—Por la tarde.

—Por la noche, dijeron á un tiempo los niños.

—¡Bravo! Esclamó su madre; así vacila el entendimiento humano al querer preferir unas á otras las obras de la creacion. En todas nos muestra Dios por igual su grandeza, y en todas se ostenta omnipotente y misericordioso.

Despues de esto emprendieron el camino de su morada satisfechos todos del buen empleo de aquel dia, y dejándolos en el camino D. Antonio se dirigió á la aldea y á su casa.

EL DIA Y LA NOCHE.

Todo el día siguiente le pasaron los niños elogiando las maravillas admiradas durante el anterior, y cuando llegó la tarde principiaron á notar la tardanza de don Antonio, cuya venida anhelaban mas que otros días por la interesante esplicacion que les habia ofrecido.

Llegó por fin el momento de verle aparecer en el dintel de la puerta, y Ricardo y Maria corrieron á su encuentro exclamando:

—¡Bien venido! ¿Cómo se ha hecho V. hoy esperar tanto?

—¿Me he hecho esperar? Pues habeis de saber que mi tardanza ha sido voluntaria.

—¡Me gusta! Dijo Julia con tono de amistosa recon-
vencion.

—Sí, porque la esplicacion que voy á hacer os se fijará mas en vuestra mente á la vista de los mismos objetos que la motivan.

—¿Cómo? exclamaron los niños:

—¿No vamos á hablar de las estrellas? Pues mejor comprendereis lo que os diga admirandolas que si os las muestro sobre cualquier grabado, por mas que exactamente represente el sistema solar.

—Entonces aun debemos esperar, observó Ricardo, porque todavía no es de noche.

—No importa, replicó D. Antonio; interin se acerca esa reina de la paz con su manto de estrellas, y su frente coronada por la pálida luna, nosotros iremos observando cómo se suceden la noche y el día, ocupándonos del astro principal que Dios creó, dándole tan maravilloso esplendor, que oscurece a todos los demás. Ya comprendereis que quiero hablaros del sol, rey de todos los astros y padre del día.

—¡Ah! tengo gran deseo de saber de qué está hecho el sol, dijo María.

—El sol, como todo lo que nos rodea, está hecho de la nada y por la voluntad de Dios: pero lo que tu deseas saber, esto es, de las materias que se compone su luz, no puedo decírtelo... Lo único que los sabios han podido descubrir, es que tiene luz propia y que está fijo en un sitio.

—¿Cómo fijo, exclamó vivamente María, si se vá todos los días por la derecha y aparece al siguiente por la izquierda?

—Pues no obstante tu observacion, el sol está fijo, y si dejais de interrumpirme lo comprendereis. Ya creo haberos dicho que la tierra es redonda, redonda como esta naranja, dijo D. Antonio tomando una que había sobre la mesa, y la tierra lanzada en el espacio como otros tantos planetas, es la que gira sin

cesar alrededor del sol, cuyo encendido globo es infinitamente mayor que el de la tierra, apareciendo á nuestros ojos tan pequeño porque nos separan de él veinte y siete millones de leguas.

—¡Ave-María! exclamó María.

—¡No callarás! murmuró impaciente Ricardo.

—Siendo la tierra redonda y girando alrededor de sol, comprendereis que éste no puede iluminar sino una parte de ella, participando el resto de absoluta sombra y resultando de aquí el día y la noche. Por ejemplo, dijo viendo que por ser ya de noche colocaban una lámpara en medio de un velador cuyo círculo marcó con cuatro señales. Figuraos que la lámpara es el sol y esta naranja la tierra: ésta dando así vueltas recorre todo alrededor del velador y cada vez que el sol la ilumina por una parte es un día y cada vez que llega á una de estas señales una estación.

—Diga V., preguntó timidamente Ricardo, y si el sol nunca deja de alumbrar, ¿cuándo es de noche á quién alumbra?

—A otros habitantes que en la tierra ocupan la parte opuesta en que nosotros vivimos, como muestra la superficie de la naranja.

—Es verdad, no me había ocurrido.

—Ahora, dijo D. Antonio, vamos á ocuparnos de los astros de la noche que con su hermosura han motivado esta esplicacion.

Y diciendo esto se dirigió á la ventana, la que abrió completamente permitiendo ver el cielo tachonado de estrellas y penetrar en la sala la plateada luz de la luna.

—La luna, hijos míos, dijo D. Antonio, es el planeta que mejor conocemos porque es el que está mas cerca de nosotros, no obstante que nos separan de él mas de sesenta mil leguas. Este planeta carece de luz propia...

—¿Pues y esta luz que ahora nos alumbra?

—Esta luz, habladorcilla, la recibe del sol que en ella refleja y con su reflejo nos ilumina. La luna tiene tambien como la tierra un movimiento de rotacion, aunque mucho mas lento, y por eso no admiramos siempre la luna llena, sino la parte de ella que el sol baña. Con auxilio de magníficos anteojos se han descubierto en la luna montañas y valles, por lo que la creemos otro planeta semejante al que nosotros habitamos; pero hasta ahora no se han podido descubrir en ella moradores. Respecto de las estrellas...

—Esos, observó Julia, serán otros infinitos planetas...

—Te engañas, dijo D. Antonio, esos no son planetas, son otros tantos soles que brillan por su propia luz.

—¿Tan pequeñitos?

—Considera á que distancia estarán cuando tan pe-

queños parecen. Si fuera posible que un ferro-carril recorriese el espacio, se ha calculado que tardaría ochenta y tres millones, ciento setenta mil años en llegar á la estrella mas cercana.

—¿De veras? exclamó Julia con admiracion.

—¡Es maravilloso! murmuró Ricardo.

—Fáltame tan solo hablaros de un acontecimiento, cuyos efectos admiramos con frecuencia, y del cual quiero haceros conocer las causas. ¿Sabeis lo que es un *eclipse*?

—Sé, murmuró Julia, que un eclipse nos priva momentáneamente de la luz del sol ó de la luna, pero ignoro la razon.

—Pues es muy sencilla; cuando el eclipse es de sol, consiste en que interponiéndose la luna entre su globo y el nuestro nos roba por un instante su luz: por el contrario cuando es de luna, consiste en que la tierra se interpone entre el sol y la luna y roba á ésta el resplandor del sol. Suponed por ejemplo, que la luz de la lámpara es la luz del sol y tú Ricardo la tierra; pasa tú por en medio Julia.

Así se hizo, y un momento el cuerpo de la niña quitó la luz al de su hermano, que exclamó:

—Entendido. Ha sido por un momento la luna que me ha eclipsado la luz del sol.

Entonces Maria acercándose muy pensativa á D. Antonio, exclamó:

—Y diga V., ¿quién ha subido hasta el cielo para contar todo eso?

—Nadie, repuso aquel sonriendo, pero no en vano la humanidad viene desde la creación estudiando las maravillas de la naturaleza, y las ciencias con sus constantes experimentos, la industria inventando instrumentos y aparatos que permiten observar los astros á pesar de su inmensa distancia, han logrado probar todo cuanto acabo de decirlos.

—Sí, pero lo que yo queria saber que era, de qué se compone la luz del Sol...

—Eso todavía de un modo cierto no se ha llegado á descubrir: físicos modernos aseguran sin embargo, que el sol es un cuerpo opaco como los otros planetas y rodeado de una atmósfera fosfórica que combinada con los gases inflamables de la tierra, produce la luz y el calor. Otros afirman que está cubierto de capas ó nubes luminosas ¿quién sabe? Acaso en breve dando otro gran paso la ciencia, nos pruebe de que se compone ese inmenso globo de fuego colocado por la mano de Dios en medio del universo, para derramar en él luz, calor y vida.

—¿Y todos esos planetas que V. llama estrellas? dijo Ricardo.

—Yo no he llamado planetas á las estrellas, se apresuró á interrumpirle D. Antonio, sino á la tierra que habitamos, á la luna y á otros que en el espacio tienen

sitio y nombre conocido, y cuyo curso han podido observar los astrónomos.

—Pues bien, eso queria preguntar: ¿en qué se diferencia el sol y las estrellas que no son planetas, de los que lo son?

—En que el planeta es un cuerpo opaco que brilla porque recibe la luz del sol; y las estrellas por el contrario, tienen luz propia otorgada á cada una por el Criador siendo en el espacio otros tantos soles que iluminarán acaso mundos desconocidos.

—¿Y no nos ha dicho V. por qué corren algunas estrellas por el cielo? dijo Maria.

—Cierto, murmuró Ricardo, yo las he visto correr y esconderse.

—Esas no son estrellas; son planetas diminutos que giran tambien alrededor del sol y que cuando encuentran otro cuerpo mas poderoso que ellos, como por ejemplo nuestra tierra, los atrae á sí incendiándose con la rapidez de su caída.

—¡Oh! que maravilloso es todo cuanto nos rodea, dijo Ricardo.

—El alma se suspende confundida al admirar ese inmenso espacio, donde se mueven tantos mundos sostenidos por la mano de Dios; añadió Julia con religioso éxtasis.

—Si, hijos míos, sus obras son todas grandes, añadió D. Antonio, y ante ellas el incrédulo vacila, cree y

se prosterna pronunciando su Santo Nombre. Cuanto mas os acerqueis á las obras de Dios, mayores motivos hallareis de bendecirle y amarle.

JUEGOS.

—¿Julia, Julia, no vienes al jardin? exclamaban una tarde Ricardo y Maria penetrando en la pieza donde bordaba aquella cerca de su mamá.

—Callad, aturridos, y dejad á Julia terminar la rosa que tiene empezada.

—Eso es, repuso la traviesa Maria, cuando acabe su tarea ya se habrá pasado la tarde.

—Te engañas: en un cuarto de hora la habrá concluido, y entonces irá á tomar parte en vuestros juegos, doblemente gustosa, porque habrá cumplido su deber, y un deber cumplido llena el alma de purísima alegría.

—Además, jugar no es preciso, y el tiempo que en jugar se gasta, es un tiempo que se desperdicia, añadió Julia con cierto énfasis.

Para mal de Julia las recomendaciones de D. Antonio sobre la *Higiene* habian quedado muy grabadas en la memoria de Ricardo, que se apresuró á decir:

—En eso te engañas, porque los juegos, según dijo D. Antonio, son saludables y necesarios.

—Pero has de entenderlo así, después de haber llenado todos tus deberes, cuando los tomes como descanso al trabajo, y como recreo á tu imaginación fatigada por el estudio, exclamó su madre.

Los niños callaron, quedándose un poco cabizbajos y su mamá continuó.

—Vamos, eso no es nada; yo estoy satisfecha de vuestra aplicación y me complace en veros entregados á esos sencillos juegos que contribuyen poderosamente á vuestro desarrollo físico y moral.

—Como dijo D. Antonio, exclamó Ricardo afirmativamente.

—Yo creía que los juegos no servían más que para divertirnos, exclamó María.

—Es un error: los juegos de acción como por ejemplo, el columpio, el aro, la comba, el volante, cuatro esquinas y otros mil, que mantienen el cuerpo en perpetuo ejercicio, á más de prestaros el necesario calor os robustecen y dan flexibilidad á vuestros miembros: los sedentarios, los que dependen del entendimiento, como los juegos de prendas, las charadas y enigmas ejercitan vuestra inteligencia y á veces una sencilla adivina os instruye más que una larga lección de Geografía ó de Historia.

—¿Qué son adivinas? dijo María.

—Acertijos, dijo vivamente Ricardo, no recuerdas aquel de

¿Muchas damas en un corral
y todas lloran á la par?

—Sí, sí, las *tejas*.

—Pues bien, dijo su mamá, las *charadas* proponen tambien un sentido oculto, aunque mas complicado, razon por la que se necesita mayor agudeza para descifrarlas.

—¡Ay! yo no acertaria ninguna, dijo María.

—Por el contrario, el deseo de acertarlas te haria discurrir y aprender.

—A mi el juego que mas me gusta es el *corro*, continuó María.

—Es uno de los mas caracteristicos de las niñas y contribuye á perfeccionar vuestro oido con esos sencillos cantos que los completan, y que acaso en breve serán sustituidos por otros mas dignos de la niñez. (1)

—Pues á mi me gusta la *pelota*, los *soldados*.

(1) El conocido escritor D. Antonio de Trueba, principió no ha mucho á escribir unos cantos con este objeto, que vieron la luz pública en un periódico dedicado á la infancia y merecieron la aprobacion de cuantos se interesan por los niños. Si un dia este notable escritor continúa su obra, las Madres de familia tendrán mucho que agradecerle.

—Cada uno, hijo mio, siente las inclinaciones segun su sexo y su carácter. El hombre, llamado siempre á una vida activa, á ejercicios violentos; siente desde la infancia inclinaciones belicosas: la mujer, cuyas costumbres y ocupaciones, son siempre dulces y sencillas, desde que nace siente afición á recreos tranquilos. Tal es la sabiduría del Todopoderoso que dota á cada uno de los instintos que han de labrar su ventura, guiándole por la senda que le conviene.

Durante este diálogo Julia, habia recogido sus estambres y bordado, disponiéndose á seguir á sus hermanos, y Ricardo exclamó.

—¡A que no me cogéis!

Las dos niñas echaron á correr detrás de su hermano, que bajó en dos brinco los escalones que conducian al jardin, teatro de todas sus diabólicas invenciones.

LA PRIMERA FALTA.

La casa de la señora de Alvarez estaba toda abierta para sus hijos: por todas partes se les permitia entrar y correr y lo mismo de la sala que de él último rincon del pajar, disponian á su antojo.

Habia sin embargo un cuarto, uno solo, cuya lla-

ve guardaba siempre su mamá y donde rara vez permitía á los niños poner el pié ni aun estando ella dentro.

Era éste un pequeño cuartito, alegre y risueño, donde la señora de Alvarez tenia reunidas multitud de prendas que pertenecieron á su difunto esposo. Allí al lado de su magestuosa toga, se veía su magnífica escopeta de caza; junto á su rica librería, la repetición que siempre usaba; y al lado de la escribanía de la cual como un respetuoso homenaje se servia su viuda; las severas figuras de Cervantes y Jovellanos, varones que con su rectitud y erudición honran á la madre pátria, y cuyas estátuas de una media vara de altura esculpidas en marmol, cran en Madrid el mas bello adorno del despacho del magistrado.

Cierto dia estaba la señora de Alvarez contestando á unas cartas, en el referido cuarto, cuando uno de los criados la llamó para un asunto urgente, saliendo ella sin cuidarse de cerrar, en la seguridad de volver muy pronto.

En aquel instante, Ricardo atravesó por delante de la puerta, y al verla entornada asomó tímidamente su cabeza, con objeto de saludar á su mamá, que no dudó estuviere allí; recorrió con la vista la estancia, no vió á nadie, y al punto llamaron su atencion los diversos objetos que allí se veian en caprichosa confusion, y que él nunca habia podido admirar despacio.

—¡Gracias á Dios! exclamó. Siquiera veré una vez con tranquilidad lo que encierra este dichoso cuarto.

Y empujando suavemente la puerta penetró en la estancia: no con tranquilidad, porque esta huye en cuanto faltamos á nuestro deber, y el de Ricardo era no haber penetrado allí, sino con azoramiento, fué examinando las paredes del cuarto que adornaban multitud de retratos de hombres célebres, y se fijó por fin en las dos figuras de escultura que se elevaban sobre la mesa.

—¡Calla! murmuró; ¿quién serán estos dos personajes, tan graves, tan serios y tan indigestos? ¿Pero qué veo? al pié tiene cada uno un letrero que me lo dirá. Veamos.

Y el niño se acercó resueltamente á uno de los retratos, y procuró con sus pequeñas manos darle un poco la vuelta para leer mejor; pero en aquel instante vaciló la figura, y vencida por su elevacion cayó sobre la mesa derramando sobre ella el tintero. Ricardo, trémulo de terror, acudió presuroso á socorrer á D. Gaspar Melchor de Jovellanos que se levantó con un brazo menos, y su blanquisimo ropaje bañado en tinta, y colocándole en su sitio se dirigió al punto á su cuarto para ponerse á estudiar con gran apariencia de tranquilidad.

En breve volvió su mamá para continuar su ocupacion, y al acercarse á la puerta encontró en ella á

Juan, mozo de la aldea vecina, que hacía recados en la casa, y á quien la señora de Alvarez protejía mucho.

—¿Donde vas? dijo esta al ver á Juan en aquella puerta.

—Me ha dicho el señor Santiago que estaba usted aquí y venia á traerle este cesto de manzanas que cogió ayer mi madre.

—Gracias, entrégasele á Santiago, y no vuelvas hoy, que nada hace falta.

Y diciendo esto entró en el despacho.

Al notar lo que en él habia sucedido quedó muda de estupor, mas que por el daño que habian causado, por convencerse de que alguien habia faltado á sus órdenes penetrando allí.

Reflexionó quién podria ser el culpable, y al punto sus sospechas recayeron en Juan, á quien habia hallado á la puerta, no dudando que su torpeza fuese la causa de aquel destrozo.

Al instante le llamó á su presencia, y Ricardo que poseido de gran susto escuchaba desde su cuarto, al ver que su mamá acusaba de su culpa á otra persona, respiró con libertad, y salió á apoyar con sus propias palabras la creencia de su madre.

Ricardo habia sido *desobediente* al penetrar en el cuarto, y esta primera falta lo hizo cometer la de *hipócrita* y *calumniador*, delito enorme que arrebatando á los otros la reputacion, roba la tranquilidad al que le

comete. ¡Así una falta, leve al parecer, es origen de otras infinitas!

Julia y María, atraídas por las voces al sitio de la disputa, la presenciaban silenciosas, y solo Ricardo con objeto de alejar de sí las sospechas de su madre, murmuraba:

—Tú habrás sido, Juan, porque ninguno de casa penetra en ese cuarto.

Mientras Juan sin poder presentar á nadie en su defensa, porque nadie le habia visto, murmuraba:

—Yo no he sido, yo no llegué á entrar.

De repente María se dirigió á Ricardo, exclamando:

—¿Qué tienes aquí?

Y levantó el brazo del niño en cuya manga hacía el codo, tenia una gran mancha de tinta húmeda todavía.

Ricardo se puso encendido de vergüenza; en breve á su carmin sucedió una mortal palidez, y por fin rompió en un copioso llanto.

—¡Es posible! exclamó su mamá, ¡has sido capaz no solo de faltar á mis mandatos, no solo de romper un objeto precioso, sino de permitir que se calumniase á este honrado jóven, que acaso hubiera perdido por tu causa su bienestar! ¡Quita, aparta, tú no eres mi hijo!

—Perdon, mamá, murmuraba Ricardo con entrecortada voz, yo juro que entré creyendo encontrarte allí.

—Y cuando viste que no estaba, cuando rompiste sobre todo la estatua, ¿por qué no volaste á darme parte de tu culpa, evitando que á otro se atribuyese?

—¡Ay! mamá, murmuraba el niño sollozando; como nadie me vió...

—Y creiste insensato, que Dios no te veía y que El que vela por el inocente, habia de permitir que éste sufriese por tu voluntad? ¡Nunca! La Providencia tiene ocultos medios para descubrir nuestras maldades, y cuando ningun mortal puede revelarlas, las descubre la mas leve huella como ha sucedido con la mancha de tu vestido. Al instante, continuó la virtuosa madre llevando al niño violentamente delante de Juan; pida usted perdon á ese criado, déle usted parte de sus ahorros en desagravio de su falta, estudie hoy doble leccion para que yo le perdone, y rece sobre todo para que le perdone Dios.

El niño hizo todo cuanto se le pedia, y pasadas algunas horas, ya con el espíritu mas tranquilo, se acercó á su mamá, y dijo:

—¿Creés mamá, que Dios me habrá perdonado como me has perdonado tú?

—Dios perdona al que de corazon se arrepiente. Pero al cometer tu falta, ¿no sentiste una turbacion interior que te azoraba?

—Sí, sí, mamá.

—Pues bien, era la voz de la conciencia: si enton-

ces la hubieras seguido confesando tu culpa, habrias evitado todas las demás.

—Yo te prometo decir otra vez cuanto me ocurra.

—Sí, hijo mio, no temas nunca revelar tus faltas, y ten presente que á veces las infinitas que amargan la existencia, son consecuencia de haber querido ocultar la primera. Evita cometerla, pero una vez cometida confíesala, que para eso Dios te rodeó de personas que con su esperiencia pueden corregir tus errores: adviérte que guiándote por tu propia voluntad ofendes á tu madre á quien debes *honrar*, te espones á levantar como hoy *falsos testimonios*, y desobedeces á Dios que te ordenó *amar á tu prójimo como á ti mismo*.

—Basta, mamá, basta: yo te ofrezco confesarlo todo otra vez.

—Si así lo haces, hijo mio, Dios te perdonará está primera falta, porque su misericordia es infinita.

NOCHE BUENA.

Habian pasado muchos dias desde que tuvo lugar la escena anterior y en ellos la naturaleza se despojó de sus últimas galas, ostentándose el invierno en toda su imponente magestad.

Era el 24 de Diciembre y el crepúsculo de la tar-

de : en la casa de la señora de Alvarez se notaba un misterio extraño , al que contribuía Santiago , entrando y saliendo sigilosamente en un cuarto donde estaban encerradas Julia y su mamá , y en el cual habian prohibido penetrar á Ricardo y María , que bien á pesar suyo , hacian compañía á don Antonio en la sala .

— ¡ No seas curiosa ! dijo éste á María que se acercaba á observar hácia la puerta cerrada para ella .

— Sí , ¡ como si yo no supiera lo que estan haciendo ! Estan poniéndonos el *nacimiento* .

— ¿ Y qué vamos á hacer entre tanto ? añadió Ricardo . Ya no vemos jugar .

— Cuéntenos usted un cuento , dijo María á don Antonio .

— Convenido , dijo este , sentaos á mi lado y os contaré no un cuento sino una historia tan seneilla , tan interesante que conmoverá vuestro corazon .

— ¿ Como se llama esa historia ?

— Esa Santa historia , se llama hijos míos , el *Nacimiento del niño Jesus* .

Ambos niños se sentaron en unas banquetitas á los piés de don Antonio , quien despues de una breve pausa , dijo así :

— Hace muchos , muchos años , que Dios castigó las maldades de los hombres enviándolos un diluvio que los hizo perecer á todos con cuantos animales poblaban el mundo : solo la familia de Noé que halló gracia de-

lante del Señor, pudo salvarse encerrándose por orden suya en un arca de madera, de la cual no salió hasta que estuvo enjuta la tierra. La memoria de aquel castigo vivió muchos años entre los descendientes de Noé, pero poco á poco las generaciones se sucedieron y los hombres volvieron á apartarse de la senda de la virtud llegando hasta á desconocer á su Dios y doblando impios la rodilla ante ídolos de barro: en su fatal ceguedad preguntaban al *mar*, á las *nubes*, á los *ásteros*, á las *flores*, y hasta á los *animales*: ¿sois vosotros el Dios que buscamos? Pero el *mar* los ahogaba en su seno, las *nubes* anegaban los campos y destruían las mieses, los *ásteros* seguían su curso sin responderlos, y los *animales* se morían... El Dios que se revela en todo lo criado, no le veían ellos en ninguna parte.

Entonces, hijos míos, Dios se compadeció de los mortales y envió sobre la tierra á Jesús, su Unico Hijo, para que les iluminase y enseñase á servirle de un modo digno de El, otorgándoles en cambio la vida eterna. Entre los hebreos, únicos hombres que en medio de la ceguedad universal aun conservaban el culto del verdadero Dios, nació Jesús rodeado de la mas humilde pobreza y tuvo por madre á la Inmaculada Virgen María, á esa Virgen á quien dirigis vuestras oraciones.

El Hijo de Dios, llevó á cabo su santa obra; enseñó á los hombres su admirable doctrina, les hizo comprender que no había mas Dios que el Sér Supremo, Señor

de cielo y tierra, y por último se sacrificó muriendo en la Cruz por redimir á la humanidad de sus pecados.

Aquí llegaba el anciano en su relato, cuando aparecieron Julia, que colocó la lámpara sobre la mesa, y su mamá que principió á acariciar á sus dos niños menores, como si indemnizarles quisiese del rato que habia pasado lejos de ellos, y con cariñosa solicitud exclamó:

—Antes que os entregéis á la fiesta que os preparo, debo recordaros que hoy es día de buenas obras. Vamos á ver, dadme cuenta de las que habeis hecho.

Los niños se miraron unos á otros en silencio y su mamá continuó.

—Comprendo por vuestra espresion que no teneis ninguna que revelarme. No importa, todavia es tiempo. En el pueblo vecino sabeis que existen familias desgraciadas á quien socorremos con frecuencia: reunid vuestros ahorros y mandadles una corta ofrenda con don Antonio, que no dudo será con gusto portador de vuestro presente.

Así se hizo en efecto: los niños entregaron sus ahorros á don Antonio que ofreció dar cuenta de su reparto y destinar la mayor parte de él al niño cieguécito, y la señora de Alvarez continuó.

—¿Y qué haciais cuando yo entré?

—Nos contaba don Antonio una historia muy bonita, repuso Ricardo.

—Tóma, esa historia ya la sabemos, añadió María.

—No lo dudo, replicó don Antonio, porque es la primera que debe aprender un niño virtuoso. Sin embargo, como no me habeis dejado continuar, iba á deciros que en el dia de hoy se solemniza el *Nacimiento del Redentor* y es celebrado en casi todo el mundo. En este dia son mas gratos á Dios los beneficios que se dispensan: hoy es mas meritorio dar limosna: hoy deben olvidarse los rencores y despreciarse las riquezas. ¿Cómo odiar ante un niño que ofrece la paz, y como desdeñar la humildad ante un Dios que nace en un pesebre? Celebremos pues su nacimiento, celebradle sobre todo vosotros, hijos míos, porque él os prefirió en su alta sabiduría, pronunciando estas divinas palabras. *Dejad que los niños se acerquen á mí.*

Cuando terminó de hablar D. Antonio, penetraron los niños en el cuarto misterioso donde se veía entre luces y follaje el Nacimiento del Niño Jesús en el portal de Belen, representado por sencillas figuras.

Los niños entonaron espresivas coplas al compás de pastoriles instrumentos, y despues pasaron al comedor donde se sirvió una colacion abundante en esquisitos dulces.

EL AIRE.

Era un hermoso dia de invierno: el cielo limpio y despejado ostentaba un purisimo azul, el sol brillaba

en todo su magestuoso esplendor y la naturaleza parecia sacudir momentáneamente el letargo á que estuviera sometida por espacio de muchos dias. Solo al fijar la vista en el valle cercano y en los árboles del jardin, encontrando al primero sin alfombra de cespced y á los segundos desnudos de follaje, pudieron conven-erse los niños de que no habian sido trasportados á un hermoso dia de primavera.

—Mamá, ¡qué hermoso dia! exclamó María, que corregida de su exajerada actividad, cosía con sosiego cerca de su mamá y hermana.

—¡Oh! sí, tanto mas bello cuanto mas abatido estaba nuestro espíritu por la continuada lluvia.

—Ya que tan estraños son en esta estacion los dias buenos, añadió Ricardo, podiamos salir hoy á tomar el sol.

—¿Ignoras que don Antonio debe venir á que le deis las lecciones?

—¡Es verdad! Pero don Antonio es tan bueno que nos acompañará á nuestro paseo y al pié de una roca ó al lado de un arroyo, improvisaremos la clase.

—Sea enhorabuena: prevenid vuestros libros y estad prontos para cuando llegue.

La una acababa de sonar, cuando la señora de Alvarez y sus hijos no bien se habian levantado de la mesa, salieron de la casa acompañados de don Antonio.

Recorriendo el valle en distintas direcciones se trató al cabo de un rato de buscar un sitio resguardado para descansar, y la prudente madre designó un ribazo que se veía á la falda del monte mirando al Mediodía.

—Di, mamá, exclamó Ricardo, ¿no tomaríamos mejor el sol en la cumbre de aquella montaña?

Su mamá y don Antonio sonrieron á esta candida observacion, mientras Julia respondia con viveza.

—¡Qué disparate! Allí no nos dejará parar el aire.

Ricardo miró á su hermana sorprendido, despues á su mamá y don Antonio, y viendo que estos lejos de tomar parte en la cuestion parecian abandonársela á ellos, murmuró:

—¿Qué sabes tú?

—Sí, continuó Julia, que todo el mundo busca en el invierno sitios resguardados del aire para tomar el sol.

—Eso será cuando hace aire, no hoy que nos ha abandonado por completo ese importuno huesped.

—Mala memoria tienes, dijo don Antonio entonces, ya te dije otro dia que sin aire no podíamos respirar y puesto que respiras, no dudes que estas rodeado de aire.

—¡Ah! sí, ya me acuerdo.

—¿No ves ese azul del cielo que parece una inmensa cortina vaporosa? pues es obra del aire. ¿No adviertes ese agradable olor á tomillo? pues te le trae el aire en sus alas. ¿No oyes finalmente mi voz? pues la oyes porque el aire te la introduce en el oido.

—Pero, ¿qué es el aire que no le vemos y en todo toma parte? ¿Sucede como con la luz, que no se sabe tampoco de que se compone?

—¡Oh! sí, el aire ha sido sometido por los físicos á curiosos esperimentos que han dado por resultado la perfecta descomposicion y composicion del aire.

—¡Cómo! ¿La composicion?

—Cierto: la inteligencia del hombre que á fuerza de esperimentos profundiza los mas ocultos arcanos, ha llegado á descifrar de que se compone el aire, y reuniendo los gases necesarios, ha encontrado el modo de hacer aire como el que respiramos.

—¿Es posible? exclamaron Julia y Maria.

—¿Y con que se hace? preguntó el curioso Ricardo.

—El aire se compone de dos gases, el uno llamado AZOE y el otro oxígeno: cualquiera de ellos que respirases solo te daría la muerte en el instante, y reunidos los dos no dan la vida.

—¿Cómo se explica eso? ¿Solo por la voluntad de Dios?

—Esa preside á todas las maravillas de la naturaleza, pero además la ciencia lo explica diciendo que siendo esos dos gases de contrarios efectos, el uno desvirtua la accion del otro.

—¿Y es cierto, como dijo Julia, que en la cumbre de aquella montaña hace mas aire?

—Sigueme, dijo don Antonio, y te convencerás.

Dispusiéronse á trepar por la montaña seguidos de María, que no quiso perder el hilo de la esplicacion, y á poco Julia y su mamá, que permanecieron sentadas, los admiraron en la cima: conforme iban ascendiendo, Ricardo sintió que azotaba su rostro un aire fresco, y acabó por levantarse el cuello del capotillo para abrigar el suyo.

—¡Hola! exclamó don Antonio, parece que te var convenciendo.

—Vaya, vaya, volvamos con mamá, que aquí hace frio, dijo María.

—¿Y en qué consiste esto? murmuró Ricardo.

—Consiste en que el aire, á medida que se aleja de la tierra, va perdiendo el equilibrio necesario para la respiracion. La cumbre de esta montaña cuenta muy poca elevacion, pero en aquellas tan altas donde la nieve no se deshace jamás, como las de los Alpes y la Suiza, el aire es tan enrarecido que nos sería imposible respirar y faltos de respiracion moriríamos.

—Pero, ¿no ilumina el sol esas montañas?

—El sol, cuanto mas se asciende, va perdiendo calor y brillo, y los que en globos se han elevado á fabulosa altura, aseguran que el cielo toma un color negrozco, en el cual el sol se destaca como un globo rojizo, y la tierra parece un punto negro perdido en el espacio. Sucede con el calor del sol como con el eco de una campana: cuanto mas en bajo la escuchais, mas

resonará en vuestro oído; conforme vayais ascendiendo, su voz irá debilitándose por grados, hasta perderse por completo.

En esto comenzaron á descender de su altura y Ricardo continuó:

—Y diga usted, ¿cual es la causa de que el aire que apenas sentimos hoy, se transforme algunos días en impetuoso huracan que nos asusta?

—Eso lo causa la falta de equilibrio en una parte de la atmósfera.

—¿Cómo! ¿Qué es equilibrio? dijo María.

—El nivel de dos fuerzas iguales.

—¿Y qué tiene que ver el viento...?

—Bien sabeis que todos los países del globo no tienen la misma temperatura; pues bien, el aire combinándose con el calor que se eleva de la tierra, si éste es excesivo, se dilata y empujándose unas á otras las imperceptibles partículas que le componen, producen ese viento fuerte que nos molesta, siendo así mismo mas frío ó mas caliente segun los países que recorre.

—De modo, que cuando es muy frío...

—Es que sopla en direccion del *Norte*, punto del globo en el cual son perpétuas las nieves y los hielos.

—¿Y cuando es caliente? exclamó María.

—Viene de la parte del *Sur*.

—Entonces me gusta mas, murmuró la niña.

—En esto llegaron los tres á donde estaban Julia y su mamá, y la primera exclamó:

—¿Te has convencido ya de que cuanto mas alto te coloques, sentirás mas el frio?

—No solo me he convencido, sino que he aprendido la razon que hay para ello y que tú ignoras.

Julia se puso un poco encarnada, y su mamá dijo:
—Sepamos cuál es la razon.

—Es que el aire á medida que toca mas de cerca al sol, se *enrarece* y hace mas difícil de respirar, y además que en una altura no hay nada que nos resguarde y nos azota doble.

—Así me gusta.

—¡Toma! añadió el niño; y he aprendido de qué se compone el aire, la causa de los vientos...

—Sí, sí, es verdad dijo D. Antonio, pero ahora dejando á los sábios las causas que producen el aire, quiero hacerte conocer sus efectos. El aire fué por el Criador pródigamente repartido por todo el universo, como el primer elemento vital y el mas fecundo en maravillas. Ya sabes que nosotros no podríamos vivir sin aire; pues así los animales y hasta las plantas deben al aire su existencia.

—¿Es posible?

—¿Por qué?

—Uno de los oficios mas importantes que el aire ejerce en la naturaleza, es convertir en vapores parte

de las aguas de los mares y de los rios, y luego en preñadas nubes que trasportándolas de una á otra parte, les hace derramar copiosa lluvia sobre los campos, que se cubren de flores y de frutos por esta causa.

—¿Y sin el aire?...

—No visitarían jamás las nubes nuestro cielo, ni se fecundarian nuestros campos. A él le debemos ademas multitud de sublimes espectáculos: en alas del aire van y vienen esa multitud de pájaros cantores que alegran nuestros valles; el aire nos trasmite la luz y los sonidos; él forma el azul del cielo; él hinche las olas del mar; él distribuye con admirable acierto las lluvias y el rocío; y ya haciendo ondular el follaje, nos trae suavemente el perfume de las flores; ya soplando impetuoso con horrisono bramido, nos anonada con su inmensa grandeza.

—¡Es verdad! dijeron los niños.

—Este poderoso agente, recorre de una á otra parte el confin del *universo*, provee á todas sus necesidades, mantiene la armonía en la naturaleza y dispone á su antojo de la vida de cuanto existe; si un instante faltase el aire en el espacio perecería en el mismo punto todo lo criado.

—¡Pero el aire no nos faltará nunca!

—Así es de creer, puesto que siendo obra de la voluntad de Dios, no podemos dudar de su infinita bondad.

—Volvamos á casa, dijo entonces la señora de Alvarez, que el sol va trasponiendo las cimas de las montañas, y en breve el frio nos molestará.

—¡Ay! dijo María, no hemos dado leccion.

—¿Te parece corta haber aprendido alguna de las causas y los efectos del aire, primera de las maravillas de la creacion? No hay trozo de gramática que valga tanto, exclamó con dulzura su mamá.

Diciendo ésto todos se encaminaron á la casa, y los niños continuaron largo rato discurrendo acerca del aire, y proponiéndose hacer á D. Antonio mil preguntas al siguiente dia.

LA NIEVE.

Dos ó tres tres días habian trascurrido desde aquel en que dieron tan agradable paseo, cuando al levantarse los niños una mañana encontraron el valle, las rocas que le circundaban, las ramas de los árboles y hasta los antepechos de sus ventanas, cubiertos de una dilatada alfombra de nieve: ni el canto del labrador, ni el ladrido del perro, ni el vuelo de un pájaro, se atrevian á turbar la calma de aquel inerte paisaje que despedia suave y melancólica claridad!

—¡María, Julia! exclamó Ricardo que fué el primero

que admiró tan bello cuadro; ¡mirad que bonito está hoy el campo!

—¡Qué bonito!

—Digo, no, añadió Julia; la nieve me da tristeza.

—A mi no, continuó María; luego bajaremos al jardín, haremos bolas y castillos de nieve y la comeremos con azúcar.

—De ningun modo, dijo su mamá, que llegando á la sazón oyó sus últimas palabras. La nieve que para los campos se considera un beneficio del Criador, para el estómago es muy perjudicial, y no os permitiré comerla.

María se quedó un poco cortada, y su mamá continuó con mas dulzura:

—Vamos, ya no es nada; ve en efecto á buscar al jardín gran cantidad de nieve y en lugar de comerla repartidla entre los tiestos de la estufa: juego por juego, este es mas provechoso.

—No es cosa de matar las plantas por nuestra diversion, dijo María un poco repuesta de su turbacion.

—Por el contrario, esa diversion vuestra, los fertilizará.

—¿Es posible? dijeron los niños, ¡pues si la nieve es tan fria!

—Aunque lo es en efecto, su misma frialdad promueve el calor. ¿Despues de jugar con ella, no habeis

sentido vuestras manos mas calientes que si hubiesen estado al fuego?

—Sí, es verdad.

—Pues de la misma manera templá la tierra ó por lo menos intercepta el paso del aire y la sostiene en su temperatura natural.

—Y dime, mamá, esclamó Ricardo, ¿de qué se forma la nieve?

—Eso, hijo mio, te lo explicará D. Antonio mejor que yo: te diré no obstante, que el rocío, la niebla, la lluvia y la nieve, son vapores húmedos que se elevan de la tierra y vuelven á descender sobre ella líquidos ó cuajados conforme el grado de frio que reina en la atmósfera.

—No lo entiendo bien, mamá, ¿cómo se eleva el agua de la tierra sin que la veamos?

—Ya te hé dicho que en forma de vapor. ¿No ves el que se eleva de un puchero puesto á la lumbre?

—¡Eso que parece humo!

—Exactamente; pon tu mano encima y en breve la sentirás mojada.

—Sí, como se moja la tapadera, repuso vivamente Julia.

—Eso es. Pues del mismo modo se elevan al espacio vapores de los rios, de los lagos, de los sitios pantanosos y de los mares. Cuando esto es en gran canti-

dad se forman las nubes que nos ofrecen benéfica lluvia...

—Sí, repuso Ricardo, y que van á donde hacen falta por medió del aire.

—Exactamente; cuando son en menor cantidad y hace mucho calor descienden en rocío como sabeis que sucede en el verano, que amanecen las plantas cubiertas de gotitas de agua cristalina; si es mayor la cantidad de vapor y hace frio, resulta la niebla que no es otra cosa que un vapor muy espeso que se dilata por la atmósfera: y finalmente si hace un frio excesivo, los vapores de las nubes se condensan y caen en helados copos sobre la tierra, cubriéndola de ese saludable manto.

—¡Y yo que habia creido que la nieve era muy mala para el campo! murmuró Maria.

—¡Qué tonta! anadió Ricardo, si ya en otra ocasion nos ponderó D. Antonio sus ventajas.

—Tanta ofrece, hijos míos, que es para el labrador objeto de iumensa alegría ver cubiertos sus campos de esa blanca alfombra, porque al verla cuenta asegurada una buena cosecha.

—Pues siendo así, vamos á cubrir la tierra de las macetas con nieve, á ver si ellas nos dan luego matizadas flores, exclamó Ricardo.

—Vamos, vamos, dijeron las niñas; y descendiendo todos al jardin pasaron parte de la mañana ocupa-

dos en jugar con la nieve, despues de haber admirado en su belleza y utilidad la sabiduria de Dios.

Pasaron dias y tocó á su fin el triste y árido Invierno, llegando á despedirle la alegre y risueña Primavera, coronada de rosas, con el cielo azul sobre su frente y la fertilidad bajo su pié.

En esta bella estacion los niños sintieron renacer su alegría, y volvieron á sus escursiones por el valle y sus correrías por el jardin, ocupándose en formar mil planes y proyectos con que celebrar cierto dia que se acercaba, solemne para la familia. Era el cumpleaños de María.

Llegó la aurora de este suspirado dia y desde muy temprano los niños saltaron del lecho dispuestos á aprovechar en sus juegos todas las horas, ya que les era permitido suspender sus estudios, sus labores y sus trabajos. María sobre todo, que esperaba presentes y regalos de cuantos la rodeaban, pudo apenas conciliar el sueño durante la noche y saludó gozosa el primer rayo del sol que penetró por su ventana.

Asi que estuvieron los tres niños vestidos se dirigieron como de costumbre á saludar á su mamá, quien los recibió con efusion, permitiéndoles desde aquel momento bajar al jardin y discurrir por todas partes á su antojo, hasta la hora de almorzar. Llegó ésta y despues de terminado el almuerzo, tomó á María de la mano su mamá y la llevó á su habitacion, donde la

puso un lindo vestido que para ella habia mandado llevar de Madrid. Su color celeste hacia resaltar la blancura de su cútis y el rubio claro de sus cabellos, que caian en bucles ensortijados alrededor de su cabeza.

Apenas habia terminado su mamá de sujetar sus cabellos con una cinta de terciopelo negro, que terminaba con un lazo al lado, cuando oyeron llamar á la puerta de la habitacion, penetrando en ella Julia y Ricardo, vestidos tambien con mas esmero del que acostumbraban, aunque no con trajes nuevos como María.

—¡Oh! qué linda estás! exclamó Julia con dulzura,

—¡Qué vestido tan bonito! murmuró Ricardo con sorpresa.

—Me le regala mamá, repuso María muy contenta.

—Pues bien, nosotros que no podemos regalarte vestidos, acabamos de bajar al jardin y hemos hecho para ti estos ramos de flores.

—Gracias, gracias, exclamó María tomándo los que le presentaban sus hermanos.

Salieron juntos los tres niños y en breve los dos criados, ofrecieron á María en prenda de su cariño, Santiago un lindo corderillo lleno de lazos de colores, y su antigua compañera una gran fuente de natillas que habia hecho por su propia mano para su niña, como ella llamaba á María. Esta lo aceptó todo, su mamá dió las gracias conmovida y á poco la her-

manilla de Juan, el mozo, que hacia mandados en la casa, entró muy engalanada preguntando por María, y le presentó una gran torta hecha por su madre con aceite y anís, regalo que la niña aceptó con mayor alegría por ser el mas inesperado; rogando á su madre que Inés, que así se llamaba la niña, se quedase todo el dia con ellos, á lo cual la señora de Alvarez accedió gustosa.

Pasaron con rapidez para los niños las horas de aquella hermosa mañana, y cuando se reunieron para comer, se acercó María pensativa á su mamá y la dijo:

—Quien no ha venido á darme los días es D. Antonio.

—Es cierto, pero vendrá porque está invitado para una merienda que dispongo esta tarde en el jardín.

El rostro de la niña se animó con una satisfactoria sonrisa, y su mamá esclamó:

—Creo sin embargo, que es un poco egoista tu cuidado.

María bajó los ojos ruborizada, y la comida se terminó sin otro incidente.

Cuando á mitad de la tarde estaban los niños entregados á sus juegos, llegó Santiago á advertir á María que D. Antonio estaba en la sala y queria verla.

A estas palabras la niña lo dejó todo y echó á correr hácia donde la llamaban, siendo seguida por todos los niños.

—Ven acá, ven acá, exclamó al verla D. Antonio: ¡Qué güapa estas! ¡qué lindo vestido!

—Me le ha regalado mamá. Y me han regalado también flores, dulces, tortas....

—Así me gusta: yo también voy á regalarte algo y mejor que eso, porque no se romperá como el vestido, ni se marchitará como las flores.

Las imágenes de dulces, aros, combas, y sobre todo de una hermosa muñeca se presentaron en tropel á su imaginacion y exclamó:

—Sí, ¿y qué es?

—Esto, dijo D. Antonio sacando un precioso librito del bolsillo, encuadernado en terciopelo color de grana.

—¿Y qué es eso? dijo María sorprendida.

—Esto es un *Devocionario*. Tú sabes leer, y como te oí decir el otro día que deseabas un libro para ir á misa como le tiene Julia, he cumplido tu deseo.

—¡Qué bonito! exclamaron todos los niños escepto María.

—Sí, sí, muy bonito, añadió esta con frialdad; y volviéndose medio llorosa á los otros niños, murmuró: ¡y yo que esperaba una muñeca!..

—Repara en que eso vale mucho mas, replicó Julia.

—¡Y qué importa! Mira cómo á Ricardo le trajo una caja de soldados. A mí, mamá me hubiera comprado devocionario, mientras que la muñeca...

Su mamá se apercibió de este diálogo, y sin darse

por entendida al parecer, llamó cerca de sí á Inesita, y exclamó:

—¿Ves cuántas cosas han regalado á Maria? ¿Te regalan á ti tanto cuando son tus días?

—¡Ay! no señora, murmuró la niña tristemente.

Ahora poco pasaron, y ni mi hermano que es el que suele llevarme higos ó queso, pudo hacerlo, porque no habia trabajado en muchos días.

—¿De modo que nada te regaló? exclamó Ricardo.

—Nada, repitió la niña.

—Para regalarte higos, vale mas que nada te regale, exclamó Maria como con desden.

—A mi me gustan, y como es inútil que desee otra cosa, con eso me contento.

—Aprende tú, exclamó Julia al oido de Maria.

Esta bajó los ojos, y su mamá exclamó:

—De modo que tú con lo que te dan...

—Me contento, exclamó alegremente la niña.

—Pues posees, hija mia, una de las primeras virtudes agradables á los ojos de Dios, dijo la señora de Alvarez en tono sentencioso. Sus santos Mandamientos nos ordenan no codiciar los *bienes ajenos*, contentándonos con lo que él nos dá, que por poco que sea, aun es mas que merecemos, y en el cumplimiento de este precepto, se encuentra la verdadera riqueza: mas rico es el pobre que vive satisfecho con su humilde fortuna, que el poderoso que ansia siempre mas de lo que

posee. Trata siempre, pobre niña, de contentarte con lo que tengas, y vive agradecida á quien te lo proporcione, si quieres merecer la bendicion de Dios y alcanzar felicidad sobre la tierra, porque la dicha jamás se anida en el alma del ambicioso.

Durante este diálogo, María había sufrido distintas impresiones; primero de admiracion, despues de pesar, por último de rubor, y al terminarse, se acercó á don Antonio, murmurando:

—Yo tambien, aunque indigna del regalo que usted me ha hecho, le agradezco con todo mi cerazon.

—Bien, asi me gusta; veo que has aprovechado la indirecta leccion que acaban de darte, y espero que ella te servirá para limitar en lo sucesivo tus deseos.

—¡Oh! sí, yo ofrezco contentarme tambien con lo que me quieran dar.

—Si lo haces así, hija mia, dijo su mamá, llevarás siempre la calma en la conciencia y la felicidad en el alma. La verdadera dicha está cifrada en esta máxima que nunca debes olvidar.

Vale mas querer lo que se tiene, que tener lo que se quiere.

En esto llegó Santiago á advertir que ya la merienda estaba servida en medio del jardin y todos se dirigieron á él donde terminaron alegremente el dia.

LA TORMENTA.

Era una hermosa tarde del mes de julio.

Bajo el emparrado que protegía de los rayos del sol la puerta de la casa de la señora de Alvarez, se veía á ésta cosiendo en blanco, á Julia bordando con estambres un precioso perro que destinaba para un almohadon, y á Maria terminando las últimas ondas festonadas de un pañuelo de la mano. No lejos de ella se veía á Ricardo con una cartera de dibujo sobre sus rodillas, sobre la cual trazaba una copia del paisaje que descubria, tal como se le dictaba su deseo que era su único maestro.

—Hé concluido, dijo Maria doblando su labor.

—Gracias á Dios que logras terminar algo que empiezas; dijo su mamá sonriendo.

—Pues yo tambien he concluido, porque no dibujo mas; exclamó Ricardo cerrando su cartera.

—Mucho tarda D. Antonio esta tarde, replicó Julia.

—De seguro se dirige hácia aquí ya, replicó Ricardo.

—Podíamos salir á su encuentro, se apresuró á decir Maria, buscando en los ojos de su madre la concesion de su deseo.

—¿Solos? murmuró aquella con temor.

—¿Y qué importa? ya sabemos el camino que trae.

—De ningun modo: si Santiago puede acompañaros reis, si no, no.

Corrió, María, á prevenir á Santiago quien con su habitual solicitud se ofreció gustoso; y los dos niños y el anciano se dirigieron camino de la Aldea.

Corriendo y jugando los primeros, embelesado con ellos el segundo, no advirtieron que el aire se iba tornando pesado, ni repararon en una nube negra y amenazadora que se presentaba sobre las montañas que cercaban el valle, y terminaban el horizonte.

Unos y otros avanzaron pues en su marcha, el criado y los niños hácia el término del valle y la nube sobre sus cabezas, y no fué poca la sorpresa de los niños y Santiago, cuando al apereibir á D. Antonio y correr á su encuentro, dijo este:

—¿Como os habeis alejado hasta aquí teniendo encima la tormenta?

Todos levantaron la cabeza y Ricardo y Santiago exclamaron.

—¡Es verdad!

Mientras María, á quien daban algun pavor los truenos, repetia un poco medrosa.

—¡Es verdad!

—Pues nada, no perdamos tiempo, que acaso la nube nos dejará llegar á casa.

Diciendo esto se pusieron en marcha no sin oír á

Los pocos pasos un sordo trueno que estremeció ligeramente á María, y era présago de otros mayores.—

—Ya estás muerta de miedo, exclamó Ricardo contemplando risueño á su hermana.

—No por cierto, dijo María disimulando.

Otro trueno prolongado retumbó en aquel instante y María sin poder dominar su emoción, corrió á esconderse entre los brazos de Santiago, lo cual causó una carcajada general.

—No seas niña, exclamó D. Antonio, ni te asustes por una cosa que lejos de aterrarnos solo debe despertar en nuestras almas la admiración. La tempestad es uno de los espetáculos mas magestuosos de la naturaleza.

—Si, es verdad, murmuró María sin abandonar la mano de Santiago, pero ese ruido tan horroroso, y además la idea del rayo, no lo puedo remediar, me estremece.

—Considera que Dios para quitarnos la vida que nos otorga no tiene necesidad de acudir al rayo: un alimento indigesto, un vaso de agua intempestivo ó un soplo de viento recibido en mala ocasion, le bastan á El para arrebatarnos esta vida que creemos tan apegada al cuerpo; de modo que el temor de morir no justifica el que tu tienes á la tempestad.

Un nuevo relámpago hizo cerrar los ojos á María que exclamó:

—Pues yo no se como se esplica entonces mi miedo.

—Se esplica por ignorancia ó irreflexion. Considera que cuando oyes el ruido del trueno, el rayo si ha de caer cayó ya, porque el rayo sale del relámpago y este da al mismo tiempo que el trueno, solo que la luz llega á nosotros antes que el ruido, y por consiguientemente la persona á quien el rayo hiera no tiene tiempo ni de ver el relámpago ni de oir el trueno. Ya ves que lejos de asustarte su eco te debe tranquilizar, puesto que te anuncia que pasó el peligro.

—María calló y siguió á este razonamiento una breve pausa durante la cual nuestros cuatro personajes continuaron cruzando el valle, el que iluminaban repetidos relámpagos seguidos de terribles detonaciones que hacian vacilar á Maria. Ricardo por el contrario, con su vista fija en la nube examinaba atentamente cada culebrina, hasta que por último exclamó.

—Diga V, D. Antonio ¿en qué consiste el relámpago?

—El relámpago, asi como todos los efectos de las tempestades, son hijos de la electricidad.

—¿Y qué es la electricidad? repitió el niño.

—Una sustancia invisible, un fluido que se halla repartido como el calórico por la naturaleza; os esplicaré lo que es el relámpago y el trueno, pero antes debeis saber como se forman las nubes.

—Eso ya lo sabemos, dijo Maria.

—Se forman de vapores acuosos que se elevan de los ríos y los mares.

—Ciertamente, y de todo sitio que contiene humedad.

—¡Tambien!

—Tambien; en un estanque donde no se remueve el agua, observareis que se disminuye, y es que se eleva en forma de vapor.

—Diga V., ¿ha podido llegar alguien hasta las nubes? preguntó cándidamente el buen Santiago.

—Muchos las han atravesado porque las nubes estan cerca de nosotros: no solo los que ascienden en globos han llegado á ellas, sino cualquiera que sube á una elevada montaña suele atravesarlas, sacando de este encuentro completamente empapadas sus ropas y contemplando á sus piés la nube que como una niebla oculta la campiña, y despejado el sol que antes no veia.

—¿Pero cómo en invierno hay nubes sin tempestad? pregunto María con acento trémulo.

—Eso iba á deciros. En verano el calor desarrolla la electricidad cuyo fluido se condensa entre los vapores húmedos de las nubes, y la electricidad de una nube al chocar con la electricidad de otra ó con la que se eleva de la tierra, se inflama ocasionando esa luz y ese ruido que tanto te asusta.

—Pero, cuando cae un rayo ó una centella es al-

go mas que fluido , añadió oportunamente el niño.

—Eso, exclamó sonriendo don Antonio, consiste en que la descarga eléctrica es mucho mayor y segregándose de la nube busca otra corriente que la atrae, y por lo cual hiere con preferencia los árboles, los campanarios y demás sitios elevados que son los mas cargados de electricidad.

En este momento dió un trueno tan fuerte que arrancó un grito á María y estremeci6 ligeramente á Ricardo, dando además otro giro á la conversacion.

—Ea, apretemos el paso, dijo don Antonio, por que con la conversacion hace un rato que no hacemos caso de la lluvia que nos cae encima.

—Mi vestido no se hecha á perder, dijo Maria.

—Ni incomoda el agua en verano, añadió Ricardo.

—Mirad á mamá y Julia á la puerta, exclamó Santiago.

—¡Habrán estado con cuidado por nosotros!

Y diciendo esto, ambos niños echaron á correr descansando en breve entre los brazos de su madre.

—¡Cómo venis de igual exclamó esta.

—Y á María que tanto le asusta la tempestad, añadió Julia.

—Te engañas, se apresuró á decir Maria, desde hoy no me asustaré, porque nos ha probado don Antonio que lo que me asusta, que es el trueno, viene á decirnos que ya pasó el peligro.

—Así es, en efecto, hija mía, dijo su mamá, y además el hermoso espectáculo de la tempestad no le creó Dios para causarnos miedo; por el contrario en el brillar de los relámpagos, en el bramido del viento, y en el estampido de los truenos, se admira la grandeza de Dios y debemos elevar himnos de bendición al que supo crear tantas maravillas.

—Eso mismo les he dicho yo, exclamó don Antonio que llegaba en este momento.

—Gracias, mi buen amigo, murmuró con reconocimiento la señora de Alvarez, la educación de mis hijos será siempre objeto de mi gratitud.

—Miré usted, mire usted el *arco-iris*, exclamó Ricardo.

—Y ya que yo no he disfrutado de la anterior explicación, dijo Julia, ¿me quiere usted decir lo que es el *arco-iris*?

—Sí, en cuatro palabras. El *arco-iris* resulta de que las últimas gotas de agua interponiéndose entre los rayos del sol, que vuelven á mostrarse, los descomponen, resultando los siete colores de que se compone la luz.

—¿Cómo? ¿la luz que es blanca?...

—Tiene esos siete colores, solo que la reunión de todos le hace tomar ese color blanco y brillante que nos deslumbra.

—¡Es posible!

—No lo sabiais.

—No, yo lo único que sabia dijo María, era que el arco-iris sale cuando ya ha pasado la tempestad.

—En efecto, dijo don Antonio.

—Pues bien, hijos míos, dijo su mamá con inspirado acento, así como llega el *iris* á despedir la tormenta, así en las desgracias de la vida, verdaderas tempestades del alma, llega siempre la tranquilidad á sobreponerse á la desgracia. Tenedlo presente y esperad en todas ocasiones con resignacion el *iris* de ventura que Dios tiende sobre nuestro abatido espíritu.

MUJERES CÉLEBRES.

Terminada con las anteriores palabras la escena á que dió origen la tempestad, penetraron todos en la sala atendiendo al punto la solícita madre á mudar la ropa de los dos niños, que no en vano habian arrostrado en el campo la tormenta.

Entretanto Julia se quedó acompañando á don Antonio que todavía continuaba esplicando las maravillas de la luz, impresionando mas y mas el ánimo de la estudiosa niña.

—¡Ah! exclamó ésta en un arranque de admiracion, ¡qué bello es estudiar cuanto nos rodea! ¡Qué felices son

los hombres que tienen mas talento y saben todas esas cosas!

—No mas talento, dijo don Antonio sonriendo, debieras decir mas instruccion.

—¿Pues por qué á nosotras no nos han de enseñar lo mismo que á ustedes?

—En primer lugar, porque el destino de la mujer y el hombre son diversos, aunque iguales en importancia; despues porque la constitucion de la mujer, mas delicada, se resentiria de un estudio constante.

—¡Qué lástima!

—No por eso esta prohibido á la mujer cultivar ciertos estudios, siempre que por ellos no abandone sus primitivas y naturales ocupaciones; y algunas ha habido que con inteligencia muy superior á la de muchos hombres, han dado dias de gloria á su país, alcanzando para su nombre la inmortalidad.

—Sí, alguna reina...

—No por serlo desmerecerian sus relevantes dotes, replicó don Antonio, pero muchas sin ser reinas, por el contrario de oscura condicion, han alcanzado un nombre glorioso.

—¿Qué es eso? replicaron María y Ricardo, que volvian acompañados de su mamá.

—Que trataba de probar á Julia, que las mujeres pueden valer tanto como los hombres y adquirir como ellos celebridad.

—¿Quién lo duda? añadió la señora de Alvarez; la historia de la humanidad, cuenta un largo catálogo de mujeres célebres en ciencias, artes y hechos heroicos, cuyo conocimiento sería para vosotros de mucho interés y de no poca utilidad.

—En efecto, se apresuró á decir don Antonio, y yo me prometo dárosle á conocer.

—¡Es posible! exclamaron los niños, agrupándose á su alrededor.

—Si, pero no ahora, dentro de algunos dias yo os avisaré.

Quince á lo mas habrian pasado, cuando los niños, en aquella misma sala, se disputaban el puesto para mirar por los anteojos de un estereoscopio.

—Vamos, orden, orden, exclamó don Antonio, sentaos y yo os lo iré mostrando.

—Yo he visto ya esto, exclamó con su viveza habitual Maria, tiene vistas de palacios, de ciudades, de iglesias...

—Te engañas, nada de eso contiene.

—¿Pues que va á mostrarnos entonces? dijo Julia.

—Va á esplicaros, mejor que pudiera hacerlo yo, la celebridad de algunas mujeres. Es mi leccion ofrecida.

Una exclamacion general acoció estas palabras, á las que siguió un silencio profundo. Don Antonio pasando el estereoscopio á manos de Julia, quien á su vez le pasaba á las de sus hermanos, exclamó:

—Al daros á conocer algunas mujeres célebres de las muchísimas que se han hecho notables en la historia del mundo, no me propongo mostráros las por rigoroso orden segun la sucesion de los tiempos, sino en séries ó grupos, que comprendan varias de las mujeres que se han distinguido por su *virtud*, su *talento* ó su *heroismo*.

—Bien, bien.

—Pues ea, prestadme atencion y contemplad la primera mujer que hubo en el mundo y que debe servirnos de introduccion para las demás.

Miró Julia el interior del estereoscopio, y vió una mujer de perfectísima hermosura, de sedosa y flotante cabellera, que parecia mirar con inocente satisfaccion la virgen naturaleza que la rodeaba: don Antonio dijo así:

—Ved en esa hermosa mujer á vuestra primera madre ó *Eva*, compañera de *Adan*, á los que Dios otorgó todos los bienes del Paraiso Terrenal. En la espresion risueña de su fisonomia, está retratada la tranquilidad de su alma, que aun no conocia el remordimiento y en su desnudez que ostenta sin rubor, se pinta su inocencia: vedla reina de la paz, soberana de la armonia, verdaderamente dichosa hasta el instante que desobedeció á su Dios, atreviéndose á probar la fruta del *árbol de la ciencia*, único que le estaba prohibido tocar, entre los infinitos que le brindaban sazonados frutos. Probó la fruta prohibida, y su alma perdió la tranqui-

lidad, su frente que veis tan pura se cubrió de rubor y ella y Adan fueron arrojados del Paraiso, principiando desde aquel punto para ambos la vida comun que arrastramos todos los mortales, vida de sufrimientos y trabajos.

—¡Pobrecilla! dijeron los niños.

—Sino hubiera desobedecido á su Dios, siempre hubiese disfrutado la felicidad, dijo Julia.

—En efecto, no puede haberla para quien le desobedece: no lo olvideis y sirvaos el ejemplo de nuestra primera madre, para no enojar á Dios, ni merecer castigo por vuestras culpas. Ved ahora en ese grupo tres mujeres que resplandecen en la historia por su virtud.

Miraron los niños y vieron en el fondo del estereoscopio tres mujeres de distinta fisonomía y trajes tan diversos, que se hubiese juzgado á burla el reunir las, si la espresion uniforme que hermoseaba sus rostros no hubiesen revelado que aquellas tres mujeres se parecian en el corazon: era la primera una *monja carmelita*, con una pluma en una mano y un libro en la otra, la segunda una *reina*, y la tercera una *mora* á juzgar por su turbante, y de cuya falda recogida se escapan rosas que alfombraban su pié.

—¿Quien es esa monja? preguntó Maria.

—Santa Teresa debe ser, añadió Julia.

—La misma, exclamó don Antonio, *Santa Teresa de Jesus*, compatrona de España: nacida de noble aunque

modesta familia, mostró desde sus primeros años grande afición á la lectura de libros piadosos y prácticas religiosas; y exaltada su mente infantil por la lectura de la vida de los mártires, anheló merecer también la gloriosa palma del martirio. Convencida de lo imposible de su deseo, volvió los ojos á la vida de ermitaña, llegando en estas piadosas esperanzas á la edad en que el mundo le ofrecía mayores encantos, y encontrando en sí misma valor y fortaleza para adelantarse sola por el camino de la virtud, penetró siendo todavía muy joven en el convento de Carmelitas de la ciudad de Avila, donde tomó á poco tiempo el velo, consagrándose á la reforma de su orden y á cantar las alabanzas de Dios en las obras que dejó escritas, todas impregnadas de uncion divina; resaltando entre ellas sus célebres *Cartas*. La segunda que veis en el grupo.,

—¿La reina? dijo Ricardo.

—Justo: es *Santa Isabel*, reina de Hungría, que olvidada de la pompa y las vanidades del mundo, pasó su vida en ejercicios de virtud y en socorrer á los pobres. La tercera es *Santa Casilda*, hija de un rey moro de Toledo: esta hermosa joven socorria á los cautivos cristianos y les llevaba alimentos contra las órdenes de su padre, y cierto dia que aquel la encontró, á tiempo que llevaba entre sus ropas el caritativo alimento, y la detuvo preguntándola qué llevaba, la joven aterrada pidió auxilio á Dios y respondió con firmeza «*Rosas*,»

abrió su falda y rosas emperazon á escaparse de ella. Iluminada con este milagro su alma por la verdadera luz, se convirtió al cristianismo, se hizo ermitaña y hoy la contamos en el número de las Santas.

—¿Como á las otras dos? dijo María.

—Lo mismo: ya ves por cuantos medios se llega al cielo, siempre que para llegar á él se elija la senda de la virtud.

Mudó don Antonio la lámina y exclamó:

—Admirad ahora esas otras tres mujeres de quien se ocupa con elogio la Sagrada Escritura y son:

Ester, Abigail y Judith.

—La primera, continuó don Antonio, era israelita y se casó con Asuer, rey de Persia, que ignoraba el origen y la patria de su esposa. Ester á quien pidieron favor los hebreos contra un edicto promulgado por el rey, en que ordenaba diesen á todos muerte sin excepción de sexo ni edad se espuso valerosamente á perder la vida por salvarlos, penetrando hasta el mismo trono del rey, lo que le estaba severamente prohibido, y suplicando con lágrimas perdon para ella y su pueblo: el rey se lo otorgó en atención á su belleza y sus virtudes, y su heroica accion será siempre acalada por la posteridad.

—¿Y Abigail?

—Abigail *la prudentísima*, como dice la Escritura, era esposa de un labrador, que negó á David el sus-

tento que le pedía, y enterada del suceso para desar-
mar la justa cólera del ofendido, fué á ofrecérselo de
rodillas, llegando despues á ser, muerto su primer ma-
rido, esposa del propio David, que así recompensó su
noble proceder. La tercera que es Judiht...

—¿Esa fué la que cortó la cabeza á *Holofernes*? dijo
Julia.

—La misma: natural de Betulia, cuya ciudad estaba
sitiada por *Holofernes*, general del ejército Asirio, sal-
vó á su pueblo y sus compatriotas, cuando aquellos
faltos ya de sustento y hasta de agua acordaron rendir-
se á sus enemigos. La noble Judiht, que era respetada
por sus virtudes, enterada de la desesperada resolución
de sus conciudadanos, reunió á los magistrados y sa-
cerdotes, diciéndoles que no se entregasen todavía, que
la dejasen salir de la ciudad y rogasen por ella. Salió
en efecto acompañada de una esclava y se presentó
deslumbradora de galas á *Holofernes*, que fascinado
con su mucha belleza la convidó á un banquete; le
aceptó la heroína, y al terminarse viéndolo á *Holofernes*
embriagado, le cortó la cabeza, la metió en un saco y
volvió á Betulia, cuyos moradores triunfaron entonces
de un ejército sin jefe, volviendo cargados de despojos
á coronar de oliva la frente de Judiht.

—Estas mujeres me gustan á mí, las heroínas, dijo
Ricardo.

—Pues una vez que te gustan, admira esas cua-

tro que vivieron mucho mas cerca de nosotros.

Miró Ricardo, y exclamó:

—Estas son reinas, aunque dos de ellas no tienen corona.

—¿En qué lo conoces?

—En su noble apostura; exclamó el niño.

—Si lo son; la de la toca, por lo menos, es *Isabel la Católica*; añadió Julia.

—Veo, repuso D. Antonio, que tienes idea de esa gran figura.

—La he visto en estampas.

—¿Y quién es la que se quema en aquella hoguera? dijo María.

—La desgraciada *Juana de Arco*, exclamó D. Antonio.

—¡Pobrecita!

—¡Pues qué hizo para que así la castigasen!

—Prestarme atencion y lo sabreis. La primera de esas figuras representa en efecto á *Isabel la Católica*, reina de Castilla, princesa de hermosa presencia, mirar recatado, modales magestuosos, voz dulce, ingenio agudo, honestidad como pocas, y corazon cual ninguna. Esta princesa que ya por su casamiento unió á Aragon y Castilla, supo hacer de los diferentes reinos que en España había, uno solo, grande y poderoso como le vemos hoy, al que dotó de sábias leyes. Isabel que por sus virtudes y singular piedad mereció la calificación

de *Católica*, con que se la conoce en la historia, lo mismo se ocupaba de los asuntos domésticos, educando por sí misma á sus hijos, y manejando la rueca y la aguja, como resolvía las mas difíciles cuestiones políticas, y se ponía al frente de sus tropas para conquistar un reino: así conquistó á Granada, última residencia que tenían los moros en España, logrando clavar sobre las torres de la Alhambra la enseña de la Cruz, y bajo su reinado ondearon victoriosas nuestras banderas en Italia guiadas por el Gran Capitan y con el importe de sus joyas, tuvo Cristóbal Colon barcos en que ir á descubrir un Nuevo Mundo que volvió á ofrecer á la piadosa reina de España, quien vió recompensados sus sacrificios con vastos dominios y pingües riquezas. Esta ejemplar mujer á quien debemos la espulsion de los moros, la organizacion del Estado, y sobre todo el descubrimiento de un Nuevo Mundo, murió en Medina del Campo, desde donde llevaron sus restos á la ciudad de Granada que tan gloriosamente conquistó, y su nombre y su memoria serán eternamente blason de gloria para los españoles. La otra reina que al lado de esta ostenta con altivez su diadema, es *Catalina II* de Rusia, llamada la Semiramis del Norte. Esta mujer de singular hermosura, vasta instruccion, poderoso genio y ambicion de gloria, ha sido por unos elogiada hasta la exageracion, y por otros deprimida en demasia: unos y otros han estado injustos, en especial los últimos,

que han atendido á sus extravios antes que á su firmeza de carácter, á las prudentes leyes que dió á su pueblo, á la proteccion que dispensó á todos los ramos del saber humano, y á las colosales empresas y conquistas que llevó á cabo, dando una de ellas por resultado la supresion de la Polonia que en parte agregó á su reino. La figura de *Catalina II de Rusia* será siempre una de las que mas se destaquen en la historia del mundo.

—¿Ahora nos va V. á hablar de la que se quemó? dijo María con interés.

—Sí, ahora voy á satisfacer tu mal disimulada curiosidad: *Juana de Arco*, llamada tambien *la Doncella de Orleans*, era hija de unos labradores y devolvió en un momento sin duda de inspiracion divina, el trono á Carlos VII rey de Francia, que los ingleses le disputaban. El reino estaba dividido en bandos, y cuando Carlos vencido por la suerte de las armas estaba resuelto á ceder su derecho, se presentó Juana diciendo: «que ella al frente del ejército, ofrecia salvar la Francia y llevar al rey á la ciudad de Reims, donde seria coronado á despecho de sus enemigos;» en un principio se rieron de su oferta, pero luego al ver su firmeza é inspirado acento, la aceptaron, la dieron armas y ejército, y la humilde labradora trocando la rueca por la espada, guió al ejército á la victoria, dispersando al inglés y conduciendo en efecto al rey á la ciudad donde debia coronarse como lo hizo. Despues de esta ceremonia,

Juana sintió agotarse su valor y dijo: «Mi misión está ya cumplida;» suplicando la dejasen retirarse de nuevo á su humilde vida; pero el rey y los grandes la comprometieron en nuevos combates, cayendo en uno de ellos en poder de los ingleses, ó mas bien de sus aliados, que la quemaron viva como os la representa la lámina.

—¡Que picardía! exclamó Ricardo.

—¡Pobrecilla! exclamó Maria medio llorando.

—Réstame solo hablaros de esa última figura que representa á *María Teresa*, emperatriz de Alemania, reina de Hungría y de Bohemia; quien sostuvo contra Federico el Grande los derechos de su hijo, dando ejemplos de valor y talento, y logrando al cabo la victoria para su noble causa.

—¿Y qué mujeres siguen ahora?

—Miradlas dijo D. Antonio.

La nueva lámina representaba tres mujeres que á juzgar por su ropaje y actitudes pertenecían á la antigüedad: la una parecia dispuesta á arrojarse á una hoguera, otra se atravesaba el pecho con un puñal y la tercera tejía una primorosa tela.

—¿Otra que se quema? dijo Maria.

—Esa es *Dido*, reina fundadora de Cartago, que despues que erigió dicha ciudad, por salvarla del furor de otro rey que quería destruirla si ella no aceptaba su mano, mandó encender una hoguera, reunió á sus

súbditos, les dió sábias leyes y antes que nadie pudiese impedirlo se atravesó el pecho con un puñal y se precipitó en las llamas.

—¡Qué horror!

—La que está á su lado es *Lucrecia*, que se atravesó tambien el pecho con un puñal por no sobrevivir á su deshonra.

—¿Y la qué cose?

—No cose, teje, y es *Penelope* mujer de *Ulises*, que asediada por numerosos amantes que creian muerto á su marido, los entretenia diciendo que escogeria uno en cuanto acabase un tegido primoroso que tenia empezado y que nunca adelantaba, porque deshacia por la noche la labor del dia. Mujer digna de admiracion por la fidelidad que guardó á su marido.

—¿Faltan muchas? dijo Maria algo cansada.

—Si os hubiera de mostrar todas las que se han hecho célebres, la lista seria interminable, pero como no trato de daros á conocer mas que un corto número, terminaremos ya con las que os muestra la presente lámina.

En ella se veian tres mujeres, la primera con un libro en la mano, la segunda tenia atributos de todas las artes y la tercera una lira que parecia pulsar con inspirado acento.

—¿Quién son estas? exclamó Julia con mucho interés.

—Estas son *Agnodice*, célebre ateniense que cultivó la medicina con tanto acierto que las enfermas la preferían á los hombres que ejercían dicha profesion y ellos acudieron al Areópago ó Tribunal de Atenas para que prohibiese á las mujeres ejercer una profesion que á ellos perjudicaba: *Agnodice*, entonces, se disfrazó de hombre para seguir profesando su ciencia, y descubierto un dia el engaño y sentenciada á muerte, todas las mujeres de Atenas pidieron por ella y la sacaron en triunfo del Areópago.

—¡Así me gusta! dijo Ricardo.

—¡Calla! añadió Julia.

—La segunda es *Aspasia*, mujer de Pericles, que fomentó en Atenas las ciencias y las artes, y la tercera es *Safo*, la mas célebre de las poetisas que han existido, conocida tambien por la *Décima Musa*. Brilló esta notable mujer en todos los géneros de poesia, é inventó un metro que aun se le dá el nombre de *Sáfico*: murió arrojándose al mar desde la montaña de Leucades y su nombre es y será siempre respetado por la posteridad, habiendo dicho de ella un moderno escritor:

«Se dice de *Safo* que encontró la lira de Orfeo, nadie, ni Virgilio, ha encontrado la lira de *Safo*.» (1)

—Todas las mujeres que acabo de mostraros, continuó D. Antonio, os dan distintos ejemplos de celebri-

(1) Alejandro Dumas.

dad que podeis imitar segun vuestras inclinaciones, pues como os dije en un principio por muchas puertas se entra en el cielo siempre que se elija para llegar á él la senda de la virtud.

—Vamos, dijo entonces su mamá dirigiéndose á Julia, ¿te has convencido de que las mujeres pueden tambien alcanzar celebridad?

—Sí, sí, dijeron los niños.

—Pues bien, sirvaos el conocimiento de esas mujeres para vencer los obstáculos que se opongan á vuestros nobles propósitos, y tened presente que todo lo consigue una firme voluntad.

—Pobre Juana de Arco, decia al siguiente dia Julia, suspendiendo su labor.

—¡Pobre mártir! como dijo D. Antonio, añadió Ricardo cerrando su gramática.

—¿Era la que se quemaba? esa me dió pena. La que me gustó mas, añadió Maria, que á su lado bordaba, era aquella que estaba muy despeinada tocando el arpa.

—Aquella era Safo: pero advierte que lo que tocaba no era el arpa sino la lira, replicó su mamá sonriendo.

—Pues las que mas llamaron mi atencion, dijo Ricardo con entusiasmo, fueron Catalina, María Teresa é Isabel la Católica, esas reinas que con carácter altivo; sabian gobernar su reino y tomar parte en los combates.

—Pero ¿quién habrá enseñado á D. Antonio tantas cosas bonitas?

—Y verdaderas, debes añadir, replicó Julia.

—¿Sabes quién se las ha enseñado? exclamó su mamá, quien no deja nunca de corresponder á los que le consagran sus horas... el estudio; quien á nadie niegan sus noticias... *los libros*.

—¿Cómo? todo lo qué nos explicó...

—Todo lo ha aprendido en ellos, que son el tesoro de ciencia de la humanidad.

—Y dime, mamá, exclamó Julia pensativa, ¿quién ha podido escribir la historia de Eva cuando ella y Adán eran los únicos que habitaban el mundo?

—Tu pregunta, que no carece de madurez, tiene una contestacion categórica. Los cinco primeros libros de historia, que comprenden desde la creacion del mundo hasta la libertad del pueblo hebreo, fueron escritos por Moisés, el elegido de Dios, que sino le debiéramos veneracion por haber sido el intérprete entre el Señor y su pueblo, se la deberíamos por habernos dejado ese principio de historia; precioso monumento que bastaria á inmortalizar su memoria. Despues ya comprenderás que otros hombres han continuado ese empezado libro, en el cual se retratan todos los dolores, todas las alegrías de la humanidad.

—¿Y esa historia es la que luego habla de las mujeres célebres?

—Sí, de aquellas que D. Antonio os dijo que eran de la Sagrada Escritura, porque la historia se divide en Sagrada y profana: es Sagrada, la que empezada por Moisés llega hasta la muerte y pasión de Nuestro Señor Jesucristo; es profana la que se continúa hasta nuestros días.

—¡Oh! ¡cómo me agradaría leer la historia Sagrada! exclamó Julia con dulzura.

—Yo te prometo que desde el próximo Otoño, ocuparemos las noches, tú en leer, y nosotros en oír esas preciosas páginas del Antiguo y Moderno Testamento.

—¿Cómo, dijo María, Testamento?

—Sí, la Historia Sagrada se divide en dos partes; la primera llamada Antiguo Testamento, llega hasta el nacimiento del Hijo de Dios; la segunda que contiene su gloriosa vida, los Evangelios y el Apocalipsis, se llama Nuevo Testamento. El primero os enseñará como colocado nuestro primer padre en medio de las dulzuras del Paraíso, se precipitó por su desobediencia desde un estado de perfección á otro de imperfección y miseria, mereciendo para sí y su posteridad la terrible sentencia de fecundar la tierra con el sudor de su frente, sentencia que aun pesa y pesará eternamente sobre la humanidad os mostrará despues las culpas de los hombres que llegaron á enojar á su Dios hasta el punto de mandarles un Diluvio universal para que pereciesen ahogados, salvándose del castigo una sola

familia, la de Noé, que fué la destinada á poblar el mundo de nuevo; os describirá las virtudes de los Patriarcas, el cautiverio de los hebreos tiranizados por los egipcios y libertados por Moisés, al que Dios salvó la vida de enmedio de las aguas y por su orden condujo á los hebreos á través del Desierto en busca de la tierra prometida y de la felicidad, que otorga siempre el Eterno á los que le aman y esperan en su infinita misericordia. Entonces fué cuando faltó el pueblo de alimento, le envió el Señor el maná para su sustento, y cuando para que le sirviesen de norte y guía, si querian merecer su gracia, les entregó por medio de Moisés las Tablas de la Ley, que son los diez *Mandamientos* que todos conoceis, breves reglas de los deberes del cristiano. Siguiendo su lectura admirareis en David la mansedumbre, en Salomon la sabiduría, en los Profetas el espíritu en Dios y en todos juntos el castigo del malo, la recompensa del bueno, y la infinita misericordia del Todopoderoso, siempre perdonando á su pueblo, siempre derramando sobre él beneficios; hasta consentir que su Unico Hijo viniese al mundo á dar su vida en redencion de nuestras culpas. Aquí, con el nacimiento del Salvador, principia el Nuevo Testamento y en él ¡qué divinos preceptos, qué elocuentes lecciones, que sublimes ejemplos encontramos! El que era Rey de los cielos quiso nacer entre un poco de heno para enseñarnos humildad; pasó su vida predicando la obediencia, pro-

tegiendo á los humildes, diciéndonos que *el mas pequeño será el mayor en el Reino de los cielos*, y muriendo en la Cruz por redimir nuestros pecados. Al morir *el Hijo de Dios*; se anubló el sol, se estremeció la tierra y solo entonces conocieron los hombres su delito: al tercer dia Jesucristo resucitó y subió á los cielos, después de abrir con su muerte gloriosa las puertas de la celeste morada á cuantos guían sus pasos por la senda de la virtud y de habernos dejado su preciosa doctrina que nos guía, nos fortalece y nos salva.

—¡Que historia tan bonita! dijo María.

—¡Preciosa! añadió Julia, y espero leerla con mucho interés.

—En ella, hija mia, encontrarás multitud de ejemplos que suspenderán tu ánimo ó arrancarán lágrimas á tus ojos. Como historia de los hombres, que nunca han sido perfectos, te mostrará confundido el bien y el mal, triunfante aquel, castigado éste cuando no lo redime un verdadero arrepentimiento. Ese santo libro será, no lo dudo, quien logre imprimir en vuestras tiernas almas la verdadera virtud.

—¿Y la otra historia? repitió Ricardo al ver que su mamá dejaba de hablar.

—¿Cual?

—La que habla de las heroínas.

—¡Ah! ¿La universal? De ella nos ocuparemos otro dia, por mas que mi sucinto relato no pueda tener otro

objeto que despertar vuestra afición á estas lecturas provechosas.

UTILIDAD DE LA HISTORIA.

Al día siguiente exclamó Ricardo:

—¿Con qué mamá, nos hablarás hoy también de historia?

—Si, os recomendaré la historia en general, la de nuestro país en particular, como continuación de la Historia Sagrada, primera que deben ojear vuestras manos. Después de haber grabado en el alma los ejemplos de virtud que os ofrecerá esa historia, la general á su vez os descubrirá hechos notables en medio de la ignorancia de los pueblos primitivos y os mostrará las vidas de los héroes que tanto os agradan, al par que la marcha progresiva de las ciencias, las artes y la industria.

Los niños escuchaban con gran interés y su mamá continuó:

—Los primeros tiempos de cada nación, están rodeados de oscuridad, y no todos los sucesos que á ellos se refieren los tenemos como verídicos, porque esas

primitivas noticias se las debemos mas que á los historiadores á los poetas que, como Homero y Virgilio, nos han dado á conocer las de Grecia y Roma confundidas con las supersticiones de su tiempo. A estos han seguido algunos historiadores que, ó sin mejores datos, ó por demasiada veneracion á aquellos hombres célebres, han aceptado muchas de sus ingeniosas ficciones, siendo muy difícil conocer entre tantos sucesos inverosímiles los verdaderos. Esto fué en un principio: despues no ha sucedido asi, y la historia de todos los pueblos con sus guerras, sus leyes, sus héroes y sus menores pasos en todos los ramos del saber, han sido por órden de fechas consignados en multitud de libros, pudiendo decir el hombre instruido que los lea, que ha vivido en todos tiempos y es natural de todos los paises.

—Esa historia será muy larga, exclamó Julia.

—Lo es en efecto, porque comprende muchos siglos y se refiere á todos los pueblos.

—¡Y quién ha podido escribir tanto! murmuró Ricardo asombrado.

—No vayas á creer que un solo hombre ha escrito la historia del mundo: numerosos historiadores han continuado la que uno empezó, y otros muchos han trazado separadamente la historia particular de cada pueblo. Estas historias son las que principalmente debéis leer, porque la Historia Universal os desanimaría por su gran estension y os confundiría con sus muchos

episodios. En primer lugar la de nuestro pueblo, la de España que es una de las mas interesantes del mundo. Al leer sus primeras páginas admirareis las riquezas de nuestro fértil suelo, lo poético de sus primitivos moradores, sin haciendas, sin leyes, ni religion: despues con la invasion de los egipcios y romanos os enterareis al tiempo de la historia de Roma que por entonces se la llamó *Reina del mundo*; de los heróicos esfuerzos de los españoles por rechazar á los romanos y de los suntuosos monumentos que aquellos orgullosos dominadores nos dejaron. Con la venida de los *Godos* admirareis el fundamento de la monarquia en España y la adopcion del cristianismo que aceptado por el piadoso *Recaredo*, fué acogido con piadosa uncion por este pueblo católico y virtuoso...

—¿Pues qué, antes los españoles no eran cristianos?

—Te he dicho que en su principio los habitantes de España no tuvieron Religion, y si la tuvieron fué la que conocian otros pueblos, la *gentilica*, que consistia en rendir culto á los astros y á estatuas de barro indignas de adoracion. Pero en quanto unió en la *Cruz* el Redentor del mundo, dejándonos su salvadora doctrina, fué acatada al punto por todos los españoles, que desde entonces guian sus pasos y su espíritu con sus admirables preceptos. Despues estoy cierta de que no os ofrecerá menos interés la venida de los árabes á España.

—¿No eran esos los *moros* contra quienes peleó Isabel la Católica? preguntó Ricardo.

—Precisamente. Esas turbas del Africa vinieron á España guiadas (admiraos) por un español, que ofendido por su rey, no vaciló en comprometer á su patria con tal de vengarse de su ofensor. ¡Triste ejemplo de lo que puede el odio si una vez se abriga en el alma y de que el que mal obra obtiene un castigo inmediato! El rey D. Rodrigo obró mal y perdió la corona y la vida: el conde D. Julian, aunque ofendido, dió cabida en su pecho á la venganza, y sobre su nombre pesa y pesará eternamente la execracion de la posteridad.

—¿Y á esos moros los echó Doña Isabel?

—Sí, pero no fué sin que muchos siglos estuvieran sosteniendo guerras sangrientas hasta que por fin la constancia, el valor de nuestros guerreros, y sobre todo, Dios, en quien ponian su esperanza y les prestó su auxilio, consiguieron arrojarlos, logrando los Reyes católicos D. Fernando y D.^a Isabel conquistar á Granada, última y la mas bella residencia que tuvieron los moros en España.

—¡Qué bonito debe ser ese trozo de historia! exclamó Ricardo.

—Toda ella contiene episodios interesantes y como á nuestra memoria no le es fácil retenir todo lo que lee, cuando encontréis algun trozo que os impresione, escribidle, sea en forma de carta á cualquier amigo,

sea en lugar de la leccion de escritura que aquel dia os corresponda, y de este modo se quedará grabado en vuestra memoria.

—Así lo haremos, exclamaron Julia y Ricardo.

—Si despues de haber leído la de vuestro país, recorreis la historia de Grecia y de Roma, cuna de las artes, de las ciencias y la civilizacion, caminareis de sorpresa en sorpresa por sus numerosos hechos de virtud y de heroísmo.

—¿De veras?

—Si, hijo mio, en esos pueblos el amor á la virtud y á la pátria, inspiraba acciones de tal grandeza, de tal elevacion que hoy nos parecen inverosímiles. Esos pueblos dando ejemplo en todos terrenos á los demas han influido poderosamente en su marcha y sus adelantos, y hé aquí porque su historia no deben ignorarla ni aun las mujeres. En fin, el conocimiento de cualquier país ó cualquiera edad os interesará siempre: despues de admirar la sabiduria de los atenienses os estremecerá la fiereza de los romanos, y despues de sentir entusiasmo con los hechos del Cid, del Gran Capitan, de Cristóbal Colon ó Isabel la Católica, llorareis ante el cadalso de Carlos I de Inglaterra y ante las llamas que consumieron á Juana de Arco.

—No la nombres, que me dá lástima otra vez, exclamó la pequeña Maria.

—Creo que despues de haberme escuchado sentireis inclinacion á leer la historia.

—¡Oh! sí, sí, exclamaron los niños.

—Si lo haceis así, cultivareis uno de los estudios mas útiles, mas necesarios, si no quereis hacer mañana un triste papel, viéndoos reducidos á decir una tenteria ó guardar silencio en las distintas ocasiones en que delante de vosotros se trate de algun hecho histórico. Leed, estudiad, y solo de este modo lograreis ser distinguidos y apreciados.

LA GEOGRAFIA

COMO COMPLEMENTO DE LA HISTORIA.

No habian trascurrido muchos dias de la anterior conversacion, cuando despues de dar Ricardo y María sus lecciones, exclamó aquel:

—¿No sabe V., que desde el mes que viene principamos á leer la historia?

—Lo apruebo, exclamó D. Antonio, como aprobaré siempre cuanto contribuya á desarrollar vuestra inteligencia; ¿pero en que forma vais á emprender esa interesante lectura?

—¡Toma! con libros que nos dará mamá, exclamó María.

—No es eso; se apresuró á decir Ricardo, yo lo explicaré.

Y con su natural inteligencia, refirió á D. Antonio el plan que habia trazado su mamá, el órden en que les iria facilitando la historia y como Julia iba á ser la encargada de dársela á conocer.

—Sábiamente dispuesto, exclamó D. Antonio, y si vuestra buena mamá me permite una observacion, mas bien una adición á su plan, será perfecto.

—¿Cual, cual? exclamaron los niños.

—La aceptamos desde luego, dijo su mamá.

—Pues será unir al estudio de la historia el de la Geografía.

—¿Cómo? exclamaron Julia y su mamá.

—Muy fácilmente: colocando el mapa sobre la mesa cuando empecéis á leer, y mostrándoos el lugar que ocupa el país de que tratais, con sus límites, su estension, su clima y sus costumbres.

—Es verdad, se apresuró á decir la señora de Alvaréz, acogiendo con interés la idea.

—Pero podrá confundirnos, observó Julia con timidez.

—Por el contrario, hija mía, añadió su mamá, fijará doblemente los hechos en vuestra imaginación.

—Precisamente, añadió D. Antonio: el estudio de

la Geografía como ya os lo he dicho alguna vez, es el que explica este mundo que habitamos, y como nuestra memoria es tan débil que no siempre conserva los conocimientos que leyendo adquiere, si al leer por ejemplo, la historia antigua, preguntais: «Mamá, en que sitio está el mar Rojo que pasó Moises dividiendo sus aguas?» «¿Donde está el Egipto, en el cual se refugió la sagrada Familia huyendo de Herodes?» «¿Dónde Jerusalem, en cuyo recinto murió en la Cruz el Salvador del mundo?» Vuestra madre, os dirá: «Aquí: este pico que veis en el mapa, es el Egipto, tal es su estension, tal su clima, tal nombre tienen los pueblos que con él lindan: aquí está Jerusalem, cuna de nuestra Santa Religión.» Y de este modo, niños míos, la historia os dará á conocer esos lugares y ellos grabarán en vuestra memoria los hechos de que fueron testigo.

—Es cierto, exclamó Julia, mientras Ricardo y María escuchaban con atencion.

—Así enlazados, cultivareis estos útiles estudios que mutuamente os amenizarán. De otro modo, ¿de que os serviría saber que los árabes vinieron á España, sino sabeis de que país venian? Si al leer en la historia, que habitaban en Africa, no sabeis si ésta parte del mundo está lejos ó cerca de la que nosotros habitamos.

—¿Y el mapa nos lo dirá? preguntó Ricardo.

—Sin duda: te mostrará la forma de la tierra, los inmensos mares que ocupan su superficie, el continente

ó tierra firme con las penínsulas, islas, istmos, ríos y montañas, dándote á conocer sobre todo el lugar que tu habitas en el globo.

—Sí, sí, ya tengo idea de lo que es la Geografía.

—Pues bien, considera, que si á tí, que tanto te gustan las batallas, al referirte una te dicen: «aquí tuvo lugar,» la comprenderas con tal exactitud, como si te hubieras hallado en ella; á Julia que tanto le agradan las mujeres célebres, le diremos. «Aquí está Hungría, donde reinó María Teresa, aquí Rusia que acató las leyes de Catalina II, y aquí Granada don clavó victoriosa la enseña de la Cruz Isabel I.»

—¡Oh! sí, eso será conocer verdaderamente la historia, exclamó Julia.

—Pues desde el mes que viene principiaremos ambos estudios. Tú, Julia, serás la encargada de darnos á conocer sus hermosas páginas, y tú, Ricardo, guiado por tu mamá ó por mí, irás mostrando los países de que nos ocupemos. *La Geografía* será los ojos con que leáis la *Historia*, así como ésta será el buril que grabe en vuestra mente la Geografía.

ECONOMÍA DOMÉSTICA.

—Mirá, mamá, decia un día Julia al verla entrar en la pieza donde estaba cosiendo, en el rafo que has es-

tado por allá dentro, he concluido el pantalon de María.

—Lo creo, contestó aquella, porque yo me he detenido en la cocina largo rato.

—En efecto, mamá yo no sé por qué tehas de ocupar tanto de lo que pasa en la cocina, siendo Agustina tan buena criada.

—Aunque en efecto lo es, hija mia, nunca se puede confiar por completo en los criados, y es el principal deber de un ama de casa, velar por todo cuanto pasa en ella, lo mismo en la cocina que en el salon.

—¡Ay, mamá, la cocina es tan poco agradable!

—No te figures que trato yo de obligar á la señora á desempeñar por sí ciertos quehaceres, que trasformándola en una verdadera criada, la hagan insoportable á su familia y sus amigos, nó: el deber de una madre de familia, es ordenarlo todo, entender de todo para saber siempre lo que manda, y euidar constantemente de que sus órdenes se cumplan por sus criados. *La economía doméstica*, es una de las virtudes que principalmente deben adornar á una mujer, y como tú, hija mia, acaso dentro de pocos años te verás colocada al frente del gobierno de una casa, presta atencion á lo que voy á decirte, y no olvides que del órden y buena direccion de la mujer depende la fortuna de la familia y por consecuencia el cariño de ésta que dá la felicidad.

—Bien, ya escucho.

—La base, el fundamento de la economía, bien comprenderás, Julia, que es arreglar los gastos con los ingresos, de manera que siempre gastemos menos de lo que recibimos, para ir formando algunos ahorros, no tanto por atesorar y crearse una fortuna, aunque este sea un deber en toda madre de familia, como para el día en que un contratiempo nos prive de nuestras rentas habituales, ó también para de vez en cuando proporcionarnos alguna diversion.

—Y para ellas...

—Para ellas debes tratar de economizar en otros gastos, como también para hacer limosnas y beneficios, á cuyo destino, hija mía, deberás consagrar siempre una cantidad mensual.

—¿Como hacemos ahora, Ricardo, María y yo?

—Precisamente: conserva siempre esa piadosa costumbre que te abrirá las puertas del cielo. Otra de las materias mas importantes respecto de economía, es que jamás el amor propio, la vanidad te lleven á colocarte en la sociedad á mayor altura de la que tu fortuna permita. No por rodearnos de ostentacion valemos mas en el mundo, y con frecuencia el deseo de brillar de algunas mujeres, ha comprometido el porvenir de sus familias arrastrándolas á una horrible miseria.

—¡Qué horror!

—Si, hija mía, horrorízate y trata de ser siempre humilde y aplicada, sacrificando la vanidad á la convenien-

cia. Para el orden interior de tu casa, esto es, para dar las disposiciones á tus criados, cuidar de la limpieza de las habitaciones, recibir cuentas y pagarlas, levántate con tiempo y destina las primeras horas de la mañana, á fin de ocuparte en las restantes del día, de tu aseo y adorno, de tu familia, de tus labores, de tus amigos y de tus diversiones, si la suerte te coloca en posicion de poder disfrutarlas: la exactitud en tus pagos, deberá ser uno de tus mayores cuidados, pues de él dependerá la suerte de numerosos menestrales y familias necesitadas, á las que es un crimen retardar sus intereses vencidos. Otro de los ramos principales de economia doméstica, consiste en saber comprar.

—¡Cómo, comprar! ¿todo lo que se gasta en la casa?

—Todo: ¿ignoras que sino te espondrias á verte engañada por un criado poco fiel, ó poco cuidadoso? La dueña de la casa, debe hacer sus provisiones en grande para poder tasar las cosas en pequeño; y por sí hará las compras de ropas, muebles, y cuanto necesite para el interior de su casa. ¡Que jamás en la tuya se ve, hija mia, la miseria escondida entre las apariencias del lujo, sino la abundancia destacando entre el orden la limpieza y una elegancie sencillez!

—¿Como estás tú, y como está nuestra casa?

—Mi deseo es que tú, hija mia, por tu buen proceder llegues un dia á la perfeccion, que yo comprendo, por mas que acaso no haya llegado á practicarla. Tus

labores, es otro ramo de economía que no dudo atenderás, al notar tu afición á ellas: en primer lugar la ropa blanca, haréla, repasarla é irla renovando, deberá ser tu principal cuidado: despues cuantas labores quieras, que ellas te proporcionaran utilidad y recreo.

—Mamá, mamá, dijeron María y Ricardo, entrando en aquel instante: ¿nos repasas las lecciones?

—Al momento: en cuanto concluya la que ahora doy á Julia.

—¡A Julia! ¿Cuál?

—Una de *economía doméstica*.

—¡Huy! dijeron los dos niños haciendo un gesto.

—A vuestra edad no es extraño ignoreis la importancia de esta leccion: lo extraño, lo doloroso es, que muchas jóvenes frívolas, crean que se degradan ocupándose del orden de su casa, y tengan una gloria en proclamar que desconocen esos detalles de la vida íntima. ¡Desgraciadas! Muchas han perdido en el seno del hogar doméstico el cariño de su esposo, y otras han precipitado al suyo por la senda del crimen... ¡Basta, hijos míos! Tú, Julia, que ya estás en edad de comprender lo que vale el orden de una casa, vosotros que todavía no lo podeis apreciar, respetadlo igualmente: él es la base de todas las fortunas, y en él descansa la felicidad de las familias. Consagraos á él con un cuidado asídúo, adquiriendo ese familiar abandono hijo de la costumbre, que hace que cuanto nos rodea demuestre

sencillez sin abandono y orden sin afectacion: cuando en una casa nada choca á nuestra vista, ni por bueno, ni por malo; cuando salimos de ella habiéndonos encontrado con soltura, sin que ninguna particularidad haya fijado nuestra mente; admiradla, tomadla por modelos: *Hé ahí la casa bien arreglada.*

LABORES.

—Aquella misma tarde bordaba Maria un canesú de camisa cerca de Julia, mientras Ricardo estaba en su cuarto acabando sus planas, y su mamá habia bajado á hacer unos pagos.

—Dime, exclamó Maria; ¿por qué dices que mamá comprende en la economia las labores?

—Es muy sencillo, exclamó Julia con cierto énfasis, porque si coser es preciso, es mas económico coserse uno su ropa que pagar á otro porque la cosa.

—Si, pero el almohadon de cañamazo que tú bordaste el año pasado, no era preciso hacerle, y mamá se lamentó varias veces de lo mucho que costaron los estambres y todo lo que empleaste en él.

—Bien, eso no importa, tambien hice una labor bonita.

—¡Vanidosa! todo es porque te han dicho que está bien hecho; pero ese almohadon, vuelvo á repetir, que para nada sirve, puesto que mamá le tiene escondido como cosa inútil.

—Te equivocas; le tiene guardado para que no se estropee. Además, mamá ordenó que le bordase, y cuando ella lo dispuso no seria inútil, ni tu debes murmurar de lo que mandó.

Julia supo bien lo que se hacia al recordar á su hermana la sumision que debia á los mandatos de su mamá, porque aquella, lejos de seguir rebajando la labor de Julia, calló sin saber qué replicar.

—¿Estás ya acabando tu canesú? exclamó Julia despues de una pausa.

—Sí, contestó Maria sin poder disimular su contento; en cuanto haga estas dos estrellas, le acabé.

—Pues ahí tienes otro ejemplo como el anterior; ¿por qué te gustan bordadas las camisas y enaguas, si tampoco es preciso que lo esten?

—¡Toma! las camisas se gastan siempre, y cuanto mas bordadas mas bonitas.

—Pues bien; esa es otra economia de las labores.

—¿Cómo?

—Si en lugar de hacerte tu las camisas se las dieras

á una costurera, de seguro no las gastarias bordadas, porque te llevaria muy caro.

—La ropa de ponerse ya he dicho que sí, pero esos otros bordados que no son ropa...

—Esos otros bordados, esclamó su mamá, que penetrando en aquel instante habia oido las últimas palabras, de Maria, perfeccionan el gusto y la habilidad de las niñas y las recomiendan á todo el mundo.

Las dos niñas levantaron la cabeza y vieron á su mamá que se adelantó hasta ellas, y tomó tambien su labor, añadiendo:

—Páreceme, á juzgar por las últimas palabras, que hablabais de labores.

—Sí, esclamó Julia; me decia Maria que ya acababa el canesú para su camisa, y yo le demostraba que si lá hubiese dado á hacer, no la gastaria bordada.

—Ciertamente; á no hacértela tú, hubieras tenido que prescindir de ese lujo.

—¿Costará muy caro dar á bordar una prenda?

—Te lo probaré; ¿cuánto tiempo has gastado en bordar el canesú y las mangas para tu camisa?

Maria principiò á reflexionar, y Julia soltando una carcajada, dijo:

—Lo menos tres meses.

—No por cierto, se apresuró á añadir Maria poniéndose encarnada; he tardado mes y medio.

—¡Tardar és! Pues bien; si tu hubieses tenido que

bordarlo para otra persona y mantenerte de su importe, que es lo que sucede á todo el que no trabaja para sí, hubieras querido sacar una peseta cada día que es lo menos que puede ganar una mujer, llevando por tí canesú nueve ó diez duros.

—¡Ave-María! exclamó Maria absorta.

—Una persona mas acostumbrada á bordar que tú, lo hubiera hecho en menos tiempo, pero de todos modos, bordar es una labor delicada que se paga con ceso.

—De modo, que quien no sea rico...

—Le sucede lo que á tí, hija mia, que tiene que bordarse su ropa, ó gastarla lisa costándole doble.

—¡Ah! ¡qué bueno es saber bordar! exclamó Maria.

—¡Ya ves si es conveniente! añadió Julia.

—Todo lo que es aprender es bueno y útil, pero en la mujer sus labores, son un manantial inagotable de economía, lujo y recreo.

—¿Tambien de recreo? dijo Maria.

—¿Quién lo duda? En las tardes largas del verano, ¿qué harías si no supieras coser y bordar?

—¡Toma! me pasearía.

—¿Y en las noches largas del invierno?

—Leería.

—¿Y durante todo el día, despues que das tus lecciones y te aseas?

—Me...

—Te aburrirías.

Una ruidosa carcajada de las dos niñas acogió esta definición.

—No os riais, hijas mías; las labores de la mujer, tan en armonía con sus deberes y costumbres, son una de las ocupaciones que la granjean mas cariño, que mas la recomiendan en general, y que mas puras satisfacciones le ofrecen. La mujer hacendosa y de humilde fortuna, que tiene repartidos los días de la semana en cuidar del aseo y repaso de su ropa, deja asomar á sus lábios una sonrisa de satisfacción, al guardarla el sábado limpia y planchada; la que con mayor fortuna puede rodearse de criados que se la cuidan siempre bajo su estrecha vigilancia, se proporciona mayor placer al emprender unas *zapatillas* con que abrigar los pies de una madre cariñosa, ó un *almohadon* donde repose la cabeza de un esposo enfermo, y cada vez que su labor la utilizan estas personas queridas, un nuevo destello de amor enlaza aquellos corazones, y la bendición de Dios descende sobre la hija ó la esposa que así sabe cumplir con sus deberes.

—¿Es posible, mamá? exclamaron las dos niñas que ya no cosían, escuchaban.

—Sí, hijas mías, las labores á mas de proclamar la habilidad de la mujer, la conquistan el aprecio de una familia, y hasta la recomiendan á los estraños. ¿Sabeis la impresion que causa penetrar en una habitación doa-

de una madre cariñosa, dice; «Ese *almohadon* es obra de mi hija; mi Maria bordó esos *cortinajes*; esos *antimacares*, esas *arandelas* y esa *pantalla*, son obra de mi hija.» Esa hija, no lo dudeis, entra en el corazón de las demás por la puerta del aprecio, y esa puerta, si se logra ver legalmente abierta, nunca vuelve á encontrarse cerrada.

—¡Ay! Mamá, ¿me enseñarás á mí tambien como á Julia á bordar en cañamazo, en sedas y en felpillas?

—¿Puedes dudarlo? en cuanto te perfecciones en el bordado en blanco, que es el mas útil porque conviene á todas las fortunas, y el que sirve de clave á todos los demás; aprenderás cuanto desees, principiando por hacer otro *almohadon* que forme juego con el que hizo Julia, para cuando en Madrid tengamos que poner nuestra casa con mayor esmero.

—¡Ay! sí, sí.

—Para entonces tendreis ya hechos *antimacases de rochel* que preserven nuestras butacas de la grasa del pelo, *cortinajes de agujas* con los que adornaremos los balcones, y lindas *arandelas* para debajo de los candelabros hechas con estambres y felpillas.

—¡Cuántas cosas! exclamó Julia.

—Pues todas ellas son cuestion de un poco de hilo, un poco de estambre y otro poco de habilidad.

—¿Y cuándo empezaremos? exclamó Maria.

—Pronto. Mi objeto ha sido perfeccionaros en la cos-

tura, que es lo primero como os he dicho que debe saber una mujer; ya lo estais, y tambien en el bordado en blanco, ahora principiaremos por los encajes de *aguja de media* y de *crochet*, que sirven tambien para guarnecer la ropa blanca y que como no exigen preparativo ninguno siempre debe tenerse alguno empezado; despues comenzaremos los *bordados en sedas*, *estambres* y *oro*, que completan el ramo de labores. —

—¡Bueno, bueno!

—Y cuando tengais, hijas mias, toda vuestra ropa cosida y bordada por vuestras manos; cuando en vuestra casa se admiren multitud de objetos esparcidos, fruto de vuestra habilidad; los justos elogios que escucharéis henchirán de noble orgullo vuestro pecho.

—Yo mamá, si me lo permites, lo primero que emprenderé será un *antimacasar* para tu sillón, esclamó Julia.

—Y yo mamá, unas zapatillas para tí, añadió Maria.

—Y yo, hijas mias, os guardaré las mas espresivas de mis caricias para cuando reciba esos objetos, con los que agradareis á Dios, como le agradan todas las demostraciones de amor y respeto que los niños consagran á sus madres.

ESTUDIOS DE ADORNO.

—He concluido mis planas, dijo Ricardo, aparecien-
do en el dintel de la puerta con una plana en la mano.

—A ver, dijo su mamá.

El niño presentó el papel á ésta, que dijo:

—Creo que hoy el profesor no quedará contento de ti. Hay poca firmeza en el pulso y por consecuencia mucha desigualdad en la letra y tantas enmiendas como si ahora empezaras á escribir.

—Por mas que lo he procurado no he podido hoy escribir mejor.

—¿Pero que es esto? exclamó su mamá volviendo la plana en cuya espalda habia un perro dibujado con bastante perfeccion. ¿Es en esto en lo que has pasado el tiempo?

Ricardo bajó los ojos, y Julia y María celebraron la exactitud del dibujo.

—No está mal en efecto, dijo su mamá; pero ni está es hora de dibujar, ni el papel de las planas el destinado á pintar mamarrachos.

Las niñas principiaron á reir; en los labios de la mamá tambien se dibujó una sonrisa y alentado por ella Ricardo exclamó:

—Me gusta tanto dibujar!

—Si te aplicas en los otros estudios, yo te prometo que cuando vayamos á Madrid, que será en la Primavera próxima, aprenderás el dibujo.

—¡Ah! que alegría me das, añadió el niño.

—El dibujo, la música, y los idiomas, son estudios que completan una buena educacion, y en la imposibilidad de cultivarlos todos se debe dar la preferencia á aquel porque se sienta mas aficion.

—Yo el dibujo, exclamó Ricardo.

—Yo la música, exclamaron las dos niñas.

—Lo sé, hijos míos, y espero que llegue un día en que adquiriendo esos conocimientos, embellecereis mi vida y la vuestra propia. El dibujo sirve de útil recreo al que lo posee, y le realza á los ojos de los demás, permitiéndole alternar con los inteligentes en el divino arte de la pintura cuando se suscita una cuestion artistica: la música ¿qué diré de ella? ¡De ese universal idioma que conmueve todos los corazones, que hace asomar las lágrimas á todos los ojos, ó la sonrisa á todos los labios!

—Es verdad, exclamó Julia con su dulce voz, hay canciones tan tristes que hacen llorar.

—La música es el lenguaje mas expresivo que se conoce y uno de los estudios que mas distinguen á las niñas. Los idiomas revelan instruccion en quien los posee y la aficion á la poesia despierta en el alma todos los sentimientos nobles y generosos, elevándola con el

poeta á las mas sublimes contemplaciones de la Religion, de la naturaleza ó de las artes. En suma, hijos míos, estos elevados estudios desarrollarán vuestra inteligencia y os harán ser apreciables en la sociedad embelleciendo además las boras de vuestra vida.

— ¡ Oh ! yo te prometo aprender mucho, dijo Ricardo.

— Eso debes hacer : leer , estudiar ; el hombre debe entender de todo , y si todo no puede saberlo con perfeccion , al menos debe aprender lo necesario para poder hablar con conocimiento de causa en todas ocasiones. Los libros solos pueden proporcionarte esa instruccion y desarrollar en tu alma aficion á lo bello , y por mucho que sepas , no lo dudes , en cada nuevo libro encontraras algo que aprender.

— Pues á no ser por el perro pintado en mi plana, no nos hubieras dicho todas esas cosas, dijo Ricardo despues de una pausa.

— Tienes razon ; como ha dicho un célebre escritor, « á veces los mayores efectos provienen de las mas penñas causas. »

EL UNIVERSO, (1)

Pasó el Otoño mas rápido que de costumbre, porque apenas el mes de octubre habia sustituido á su antecesor, nevadas prematuras cubrieron toda la campiña, y repetidas heladas paralizaron la labranza, poniendo á prueba la resignacion de aquellos honrados aldeanos que sufrieron los rigores de la estacion con esa paciencia, hija de un alma cristiana, que espera en la bondad de Dios el remedio de todos sus males.

Los niños de la señora de Alvarez, á pesar de que la solitud y buena direccion de su mamá les enseñaba á sacar partido de todas las estaciones, se veian privados hacia muchos dias de bajar al jardin y correr por el campo, lo cual les hacia esclamar con sentimiento.

—¡Dios mio, cuando vendrá la Primavera!

Una tarde, en la cual el cielo estaba cubierto de apinadas nubes que se deshacian en copiosa lluvia, Ricardo y Maria acurrucados como el resto de la familia en torno del hogar, volvieron á prorrumpir en exclamaciones contra el mal tiempo, prodigando á la Primavera cuantos elogios les sugeria su infantil imaginacion.

(1) Este capítulo es imitacion de otro francés.

—Bien haceis, hijos míos, dijo D. Antonio que presente se hallaba, en suspirar por la Primavera; yo también participo de vuestro entusiasmo, aunque con razón más perfecta pueda apreciar las maravillas de la creación en todas las estaciones. Desde mi infancia vengo observando su periódico cambio, y cuanto más viejo me voy haciendo, tanto más me asombra y suspende ese espectáculo: cuanto más se contempla, más admira la hermosura del universo, en el cual todo es movimiento y vida, nada permanece estacionado, todo camina en un orden prescrito. La tierra gira sin cesar, las llanuras cubiertas de nieve se trasforman en doradas mieses y en valles floridos, las plantas nacen, crecen y se desarrollan, los animales nacen y mueren; todo envejece y vuelve á rejuvenecer... Tal es, hijos míos, la historia de la naturaleza, en el trascurso de millares de años.

—¡Oh! sí, exclamó tímidamente Julia, algunas veces ha llamado mi atención el orden inalterable que reina en la naturaleza.

—Y tú, que eres tan reflexiva, no habrás dejado de advertir la misteriosa dependencia que encadena á todos los seres, y lo admirable de eso que llamamos cambios y que no lo son sino en la apariencia; por que el sol y todos los astros, aunque nos parece que se alejan para volver al otro día, están fijos en un sitio ó al menos nuestros débiles ojos no son capaces de notar su curso.

El día y la noche, la mañana y la tarde, las diversas estaciones, reinan á la vez sobre la tierra, interin nosotros admiramos su vuelta periódica, pudiendo decir que la historia del año con todas sus maravillas, sus nieves, sus frutos, su Verano y su Invierno, su Primavera y su Otoño, reinan al mismo tiempo en el universo.

—¡Imposible! exclamó Ricardo absorto. ¿Cómo puede ser que ahora que estamos acurrucados al amor de la lumbre sea verano?

—No lo es para nosotros, pero sí para otros que ocupan en el globo la parte opuesta de la que habitamos: si fuese posible que provisto de las alas de un ángel te remontases en el aire á grande altura, verias á tus piés la tierra como un enorme globo girar sobre sí misma en el espacio, y que el sol, siempre iluminando alguna parte de ella, le daba el día mientras que la parte que el sol no iluminaba disfrutaba de la noche; notarias como en cada parte de la tierra recibiendo, mas ó menos directamente los rayos del sol, obtenian al mismo tiempo una de las cuatro estaciones; y si por un momento tu vista pudiese dominar toda la tierra, verias una parte de sus habitantes despertarse con la aurora al mismo tiempo que otros rendidos del trabajo del día se entregaban al reposo con el crepúsculo de la tarde; en las comarcas iluminadas por el sol movimiento, agitación y vida, mientras en las que ocu-

paban el sitio contrario sombra, silencio y reposo: en un sitio el esplendor del Mediodia y al opuesto las tinieblas de la noche; en una parte la inerte naturaleza envuelta en sábanas de nieve, mientras en otra llamarían tu atención inmensos campos de doradas mieses y sazoadas frutas pendientes de los árboles.

— ¡Qué cosa tan admirable! esclamaron Ricardo y María.

— ¡Oh! si, continuó Julia, quien pudiera contemplar el espectáculo de ese *sol* apareciendo para unos y desapareciendo para otros: admirar á un tiempo todas las horas del dia y de la noche, el verano y el invierno, las nieves y los frutos, la muerte y la vida, y todo, todo en el mismo instante.

— Eso es, eso precisamente: Tú hija mia, has resumido en pocas palabras todas mis esplicaciones sobre la creacion cuyos cambios, dependiendo siempre de la luz del sol, siempre deben reinar en la naturaleza, puesto que el sol no se esconde nunca para toda ella.

— ¡Oh! qué hermoso es este mundo que habitamos!

— Y sin embargo, él es un grano de arena en la creacion sin límites del Todopoderoso.

— Y aparece tan grande, añadió Maria.

— Si, grandéza y hermosura, dijo entonces su mamá, tal son las condiciones que caracterizan las obras de Dios. El órden de la naturaleza es inmutable y por eso al ver los campos yerinos abrigamos la contianza de

contemplanlos en breve cubiertos de espigas, y los rosales que estan marchitos adornados de rosas. Las leyes de los hombres ellos mismos las varian ó las destruyen; solo las de Dios son invariables y sólo en ellas debéis confiar por completo.

—Para mi, exclamó Julia, siempre habrá nuevos motivos de admiracion en esa misteriosa encadenacion de séres que mueren hoy para resucitar mañana llenos de vida y hermosura.

—Hay otra cosa más sorprendente aún, añadió don Antonio, y es la fuerza vital de que Dios ha dotado á la creacion. Todo en ella, nace, vive y muere para volver á resucitar, sin que á pesar del trascurso de los siglos haya perdido nada en vigor ni en galas. Las flores no eran mas bellas ni perfumadas que lo son ahora cuando Dios las crió; y las aves, los peces, los reptiles y los insectos se conservan tal como salieron de las manos del Criador. Sin embargo, en medio de esta uniformidad se advierte una notable escepcion, y es el entendimiento del hombre: su cuerpo es exacto al primero que Dios crió, pero su espíritu inmortal no puede permanecer estacionado y progresivamente se va desenvolviendo y mejorando: infinitos hombres de ciencia han sucumbido, naciones ilustradas han desaparecido de la superficie de la tierra, pero sus luces y su génio no ha desaparecido con ellos: la humanidad es su heredera. Un siglo, aprovecha los descubrimientos

del anterior; un hombre muere, y sus elevadas ideas se reaniman en sus hijos; los pueblos desaparecen y la humanidad permanece brillante, enriquecida con los descubrimientos que le van legando las generaciones y caminando con paso firme, aunque lento, por la senda de la perfeccion.

—¡Ah! exclamó Julia, si fuera posible llegar á la verdadera perfeccion, á la virtud verdadera.

—Una de las causas que con frecuencia nos lo estorban, es nuestra inaccion, nuestra indolencia. Huid, hijos míos de esos dos enemigos de la virtud; marchad con paso firme por el camino del bien y tened entendido que quien en él no avanza, retrocede, porque el hombre nunca permanece estacionado.

—El diálogo habia ido adquiriendo progresivamente mayor elevacion de ideas que se escapaban á la penetracion de los dos niños menores, en particular á la de María, que principió á estar inquieta en la silla. En atencion á esto, la conversacion se cortó; los dos niños se levantaron y recordando el principio del diálogo fueron á buscar su globo de goma, en el cual trazaron con tinta las diversas partes de la tierra, dando luego vueltas al globo alrededor de la luz la que figuraban ser el sol: el resplandor que sucesivamente iba iluminando las distintas partes del globo, les demostraba con absoluta claridad el dia y la noche y en este inocente é instructivo juego dejaron correr largo rato,

hasta que su mamá les advirtió era hora de recogerse; entonces se despidieron de su mamá y de D. Antonio y se alejaron conducidos por Julia, quien despues de haberlos hecho rezar y dejarlos acostados, volvió á hacer compañía á su mamá y su respetable amigo, privilegio que disfrutaba, merced á sus once años y en particular al reconocido juicio que la adornaba.

LÁ PRIMERA COMUNION.

Acababa Julia de cumplir doce años y su bondadosa fisonomía habia ido adquiriendo progresivamente mayor dulzura, á causa de la virtud siempre creciente que atesoraba su alma, y de las atenciones cada vez mas graves que ocupaban su mente.

En vista de su instruccion moral y religiosa y de su buen juicio, sobre todo para apreciar los actos mas solemnnes de la vida, su mamá resolvió despues de algunas consultas, que la niña se dispusiese á cumplir uno de los primeros deberes del cristiano; el de acercarse por vez primera al Ara Santa á recibir su primera Comunion.

La tierna ceremonia se fijó para un dia festivo in-

mediato, y en los que le precedieron Julia, apartada de toda ocupacion profana, fué instruida y preparada para recibir dignamente la sagrada Comunion, á mas que por su virtuosa madre, por el venerable sacerdote de la Aldea que con el lenguaje dulce é inspirado de los ministros del Señor, esplicó á la niña la importancia del acto que iba á verificar y como á él debia preceder la confesion que purifica el alma dejándola limpia de toda culpa: le hizo comprender cómo una buena confesion consiste en esponer todas las faltas que hayamos cometido, abrigando verdadero dolor de haber ofendido á Dios á la par que una firme resolucion de no volver á ofenderle; piadosas palabras que grabaron en el alma de la niña, la contricion, la fé y la esperanza, virtudes indispensables si tan solemne acto ha de ser agradable á los ojos de Dios.

Gracias á estos preparativos y á su natural bondad, cuando llegó el dia designado, asistió á la Iglesia con un recogimiento digno de los ángeles, elevando su alma un éxtasis religioso que aumentaba la dulzura de su fisonomia.

Su mamá quiso que la ceremonia se verificase como en las grandes poblaciones, y al efecto Julia se dirigió al templo vestida de blanco con largo velo, blanco tambien, traje sencillo que es emblema de la pureza del alma: al salir de la Iglesia, los aldeanos á quien este aparato habia llamado la atencion se agolparon al

paso de la niña colmándola de alabanzas y de bendiciones, al ver que su mano repartía limosna con profusión á los mas pobres. Poseidos de admiración y gratitud formaron la mayor parte de aquellos honrados campesinos, un grupo que escoltó á la niña y su familia hasta la puerta de su casa, llegándose algunos á presentar á la primera ramilletes de violetas que ya empezaban á esmaltar el valle.

Conmovida el alma de Julia con tan dulces impresiones, en cuanto llegó á su casa se arrojó en brazos de su madre dando libre curso á su llanto, pero llanto bienhechor porque era hijo de una emoción grata y virtuosa.

—Hija querida, exclamó entonces su madre también profundamente conmovida, la solemnidad del templo, tu virginal ropaje, la emoción de todos los corazones, y la que tú misma experimentas, te prueban la importancia del acto de hoy: por él te unes de nuevo, á la Santa Madre Iglesia, á la cual ya estabas consagrada desde el Bautismo, y te haces merecedora del perdón de tus faltas y de la misericordia de Dios. Hoy abandonas los senderos floridos de la infancia penetrando en otros mas espinosos, y para recorrerlos con firmeza, deberás apoyarte en tu propia virtud y en nuestra Santa Religión que te dará el valor del alma, llamado resignación. Otro sentimiento hay también, hija mía, que atesora cuanto hay de dulce y noble en el corazón de

una jóven: ese sentimiento es la *inocencia*, base de todas las virtudes y cuya hermana gemela es la *modestia*. La mano de Dios coloca en el alma de toda mujer ese precioso depósito y es nuestro principal deber guardarle intacto de las tentaciones del mundo. Para conseguirlo evita las *malas compañías*, cierra el oído á la *lisonja*, y huye de la *ociosidad*, porque una jóven útilmente ocupada está al abrigo de infinitos peligros. Sé siempre dulce, bondadosa, caritativa, y si un dia el destino te coloca al frente de tu familia, sé cariñosa con aquellos que de tí dependan, teniendo presente que la mision de la mujer en la tierra es derramar en torno suyo paz y ventura. Ahora recibe, hija querida, mi bendicion y termine ella la tierna ceremonia de este dia.

A estas palabras Ricardo y Maria, que habian asistido silenciosos á la Iglesia y á la anterior escena, se acercaron á su mamá y hermana que se volvieron á ellos y llenaron de caricias al ver que sus ojos estaban tambien humedecidos por las lágrimas.

—¿Por qué llorais, hijos míos? dijo su mamá.

—Yo no sé, respondió Maria.

—Yo sí, replicó Ricardo, lloramos porque os vemos llorar.

—No importa; las lágrimas que há poco vertian nuestros ojos, eran dulces y consoladores: por eso las veis ya completamente secas. Quanto siatais que á

—vuestros ojos afluyé el llanto á consecuencia de una
 —emocion generosa, dejadle correr; ese llanto fe-
 —cundizará la virtud en vuestra alma como el ro-
 —ció las flores. Temed solo el llanto del dolor ó del ar-
 —repentimiento, que ese es el único que inunda el cora-
 —zon de amargura.

—¿Y cuándo podré yo como Julia hacer mi prime-
 —ra Comunion? exclamó María.
 —Cuando algunos años más te hayan dado el juicio
 —y la reflexion de que careces; porque ese acto, uno
 —de los mas importantes de la vida del cristiano, es ne-
 —cesario hacerle cuando nuestra razon ha grabado ya
 —en el alma los sentimientos religiosos que adquirimos
 —en la infancia: de otro modo no puede ser agradable á
 —los ojos de Dios.

Con esto se terminó la conferencia y fueron los dos
 —niños á jugar, quedando Julia al lado de su madre ocu-
 —pada en lecturas piadosas. Aquella misma tarde, quan-
 —do el sol escondiéndose en el horizonte doraba débil-
 —mente las cumbres de las montañas y las copas de los
 —arboles, en el jardín de la casa de Julia, se veia una
 —dilatada mesa, á la cual estaban sentados treinta ó
 —cuarenta niños, entre los que se contaban los tres de
 —la casa: era una espléndida merienda con que Julia,
 —por disposicion de su mamá obsequiaba á los niños
 —mas pobres de la Aldea, tanto para solemnizar la ce-
 —remonia religiosa de aquel dia, por la cual es tan me-

itorio hacer bien, como para que sirviese de despedida á los niños, que llamados á la corte para emprender estudios mas serios, se veian próximos á abandonar aquel frondoso valle, en el que habian visto deslizar su dichosa infancia.

CONCLUSION.

Pocos dias habian pasado desde la escena anterior, cuando á la caída de la tarde de un hermoso dia, Julia y su mama se ocupaban en arreglar maléas, Santiago y Agustina empaquetaban tambien algunos objetos de la casa y hasta Ricardo y Maria con sonrisa angelical, sonrisa que arranca á los niños cualquier variacion de fortuna ó costumbres, sea próspera ó adversa, traian el primero sus libros, mapas y dibujos y la segunda sus juguetes diciendo:

—Toma mamá, que no se te olviden estos libros.

—Mira, Julia, cuidado donde pones mi muñeca que no se estropée.

Solo una persona permanecia inmóvil en medio de aquel animado cuadro, y contemplaba silenciosa y conmovida los preparativos de marcha de la mamá y los niños. Aquella persona grave, silenciosa y digna, era don Antonio que veía con dolor separarse de él los hermosos niños, cuya infantil alegría la habia comunicado tambien á su alma por espacio de algunos años. Por fin, tomando á María en sus brazos exclamó:

—¿Con qué me dejais?

—Sí; mañana muy temprano, cuando todavia no haya salido el sol, saldremos nosotros caminito de Madrid.

—¡Y en él, ya no os acordareis de vuestro anciano amigo!

—Estas palabras fijaron tristemente el pensamiento de la niña, que añadió con cariño:

—Pues véngase V. con nosotros.

—Imposible, hija mia, cada uno tiene deberes que llenar en distinto punto. ¿Por qué vais vosotros á Madrid?

—María vaciló al ir á contestar, y Ricardo que habia sido testigo mudo de esta escena, exclamó con cierta presuncion:

—Vamos, para que yo estudie matemáticas, filosofía, leyes, y sea mañana todo un abogado como fue papá.

—Dios quiera, hijo mio. que gloriosamente como él

llegues al término de tu carrera: esa ley que un día la sociedad pondrá en tu mano, empléala en amparar la virtud y defender al desvalido, que los derechos de esas nobles causas las abandona Dios. Pues bien, hé ahí María lo que te decia yo; cada uno tiene deberes que llenar en punto distinto y como ves ni Ricardo sin salir de aquí llegaría á ser abogado, ni yo saliendo debo abandonar á mis enfermos. No hay alegría que no pase, no hay dicha que no termine, no hay lazo de familia, amistad ó cariño que, por fuerte que parezca, no lo rompa un día la separacion ó la muerte.

—¡Es posible!

—Nosotros por fin, prosiguió el anciano, aunque vamos á separarnos, continuadas cartas hablarán á unos de otros y yo espero que vivire siempre en vuestra memoria, como vosotros vivireis en la mía.

—¡Pero qué, no hemos de volver á vernos! exclamó Julia con dulzura.

—¿Quién se atreve á dudarlo? dijo entonces su mamá. En esas vacaciones en que Ricardo estará libre, en esas temporadas en que desearemos dejar la agitada vida de la corte, ¿dónde iremos á buscar paz y ventura, mas que á estos sitios que nos ofrecen corazones que nos aman, y recuerdos que infundan en nuestros pechos la virtud?

—¡Oh! sí, sí, volveremos, añadió alegremente María.

—Sí, volved, añadió conmovido D. Antonio; sean

siempre sagrados para vosotros estos sitios en los que se deslizó vuestra infancia, en los que vuestra alma se abrió á los primeros sentimientos de virtud y en los que vuestra inteligencia reconoció á Dios en las maravillas de la naturaleza. Tú, Julia, que por tu edad serás la primera á quien hieran las espinas del mundo, el día que sientas asomar lágrimas á tus ojos, vuelve á buscar la dicha á este valle donde no se alberga la perfidia y la doblez: tú, Ricardo, cuando esa sociedad que con tanto anhelo buscas te pague tus desvelos con amarguras, ven y hallarás fortaleza y resignacion en medio de esta naturaleza virgen que nos habla de Dios; y tú, mi querida María, ven tambien alguna vez á visitar estos lugares en los que por primera vez rezaste, que ellos robustecerán en tu pecho la virtud.

Cuando terminó de hablar D. Antonio todos estaban visiblemente conmovidos, por lo cual hubo un momento de silencio. La señora de Alvarez fué la primera que se atrevió á romperle exclamando:

—Yo procuraré mantener vivo en el corazon de mis hijos el amor á estos sitios y la gratitud que á V. le deben: yo procuraré que Julia y María al gozar las dulces consecuencias de una vida virtuosa, bendigan al noble anciano que con sus máximas supo inspirarles la virtud; yo haré que Ricardo al ir mereciendo y conquistando un honroso lugar en el mundo, recuerde á quien en su niñez le hizo amar el estudio.

—¡Oh! no, no merezco yo semejante gratitud; si he puesto algo de mi parte, deber es de la ancianidad guiar á la niñez.

—Y deber es del hombre honrado amar á quien le guió cuando niño: las *primeras impresiones* son las que con mas fuerza se graban en el alma y deciden de la suerte futura; á ellas debemos la tranquilidad de la conciencia y como fruto de ella la felicidad.

A poco terminó este sentido diálogo, despidiéndose el anciano hasta el dia siguiente que vendria á verlos partir y despedirlos. Todos se entregaron á un sueño intranquilo y antes de despuntar el alba estaban ataviados con sus sencillos trajes de camino, y un antiguo coche arrastrado por dos mulas en el que iban á trasladarse á la ciudad mas inmediata, en la que tomarian la diligencia, se veia á la puerta de la casa y á Santiago subido en el pescante dispuesto á guiarle.

En breve D. Antonio llegó, y despues de nuevas recomendaciones de que fueran siempre virtuosos, se acordasen de él y le escribiesen con frecuencia; subieron todos en el coche, incluso D. Antonio que les iba á acompañar hasta media legua del pueblo. Llegados allí, un afectuoso adios á la madre, un abrazo silencioso á cada niño dió fin á aquella tierna despedida.

Una hora despues D. Antonio estaba en el pueblo que le pareció triste y sombrío, y del que no salió ni pisó el valle en una larga temporada, por no dar en su

mente cabida á tristes recuerdos. En cuanto á los viajeros; pasado el primer momento de emocion, recobraron la serenidad del ánimo, merced á esa paciencia, esa humildad y resignacion que posee el verdadero cristiano, y le dá la tranquilidad en la tierra y la esperanza de una vida mejor en el cielo.

FIN.

INDICE

	Páginas.
Mujeres célebres.	124
Utilidad de la Historia.	143
La Geografía como complemento de la Historia.	148
Economía doméstica.	151
Labores.	156
Estudios de adorno.	163
El universo.	166
La primera Comunión.	172
Conclusion.	177
Las Oraciones.	13
Los Mandamientos.	17
El bien y el mal.	22
Higiene.	24
Deberes de los niños.	29
El valor y el tiempo.	30
Las cuatro estaciones.	40
Fe, Esperanza y Caridad.	46
Los cinco sentidos.	51
La vista.	54
El oído.	56
El tacto.	61
El olfato y el gusto.	62
La muñeca.	66
Las cuatro partes del día.	69
El día y la noche.	73
Juegos.	82
La primera falta.	89
Noche-buena.	95
El aire.	99
La nieve.	107
La Tormenta.	117

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
540 EAST 57TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637
U.S.A.

Se vende en Madrid á 4 rs. en la Imprenta del Editor **D. Anselmo Santa Coloma**, calle de las dos Hermanas, núm. 19; y en las librerías de **D. Victoriano Hernando**, calle del Arenal, núm. 11; **Leocadio Lopez**, calle de Carretas; **Villaverde** id, número 4; y en casa de la **Autora** calle de S. Agustín, núm. 14, cuarto tercero, á donde podrán dirigirse los pedidos.